

LA VIDA DE DOMINGUITO

IN MEMORIAM

DEL VALIENTE Y DEPLORADO CAPITAN

DOMINGO FIDEL SARMIENTO

MUERTO EN CURUPAITÍ

A LOS VEINTE AÑOS DE EDAD

AUTOR DE VARIOS ESCRITOS, BIOGRAFÍAS Y CORRESPONDENCIAS
Y TRADUCTOR DE "PARIS EN AMÉRICA"

POR D. F. SARMIENTO

General de División

BUENOS AIRES

SOCIEDAD TIPOGRÁFICA "EL CENSOR"

1886

Reproducción facsimilar de la edición originaria de "La vida de
Dominguito".

Nota a esta edición:

Reproducimos aquí la edición original de la *La vida de Dominguito (1886)*. La misma incluye los siete últimos capítulos que comúnmente han sido suprimidos en ediciones posteriores.

Hemos corregido pequeñas erratas y conservado la ortografía original salvo mínimas modificaciones.

Proyecto Sarmiento

www.proyectosarmiento.com.ar

Copyright 2001

Estas páginas
son afectuosamente dedicadas
a los amigos de infancia,
a los concolegas de estudios, y a los
compañeros de armas del que
contando con su recuerdo grato,
escribía en su cartera
combatiendo en Curupaití:
"MORIR POR LA PATRIA ES VIVIR"

INTRODUCCIÓN

La *Ilustración Argentina* ha publicado con un retrato sacado de una fotografía poco parecida del capitán Domingo Fidel Sarmiento, una brevísima aunque encomiástica y verídica noticia de los actos que en tan corta vida, veintiún años, le valieron la universal estimación y el aprecio de los prohombres de nuestro país.

Hábíame pedido, es verdad, datos más completos el Editor; pero no teniendo en orden los apuntes ligeros, fué imposible suministrarlos en tiempo; y sin embargo, la reproducción de la simpática figura del héroe de Curupaití, venía a refrescar afectos que dormían y amenazaban desaparecer como los escritos de la pizarra, que esa es la pobre memoria humana, expuestos a la acción del aire. Disminuyendo en intensidad, se debilitan, como se extinguen las armonías de música que se aleja, hasta que el oído no percibe ni aun los acordes del arpa eólica que nos llegan en la quietud de la noche en las pampas argentinas, sin poder discernir de donde, sino es por la dirección en que sopla el céfiro nos los trae.

Cuando aun no se serenaba la dolorosa impresión que me causó la noticia de su temprana muerte, llegada a Washington con la del rechazo de Curupaití, ante cuyas fuertes trincheras murió el joven capitán, escribía a doña Juana Manso que me había trasmitido la triste nueva, como si comprendiese que la mano de la mujer, de la madre o de la amiga, sabe pulsar con más delicadeza las cuerdas del dolor, escribíale y lo publicó en los diarios de la época lo que sigue:

"A veces me viene la idea de escribir una biografía de esta vida tan rica en incidentes, tan instructiva como educación; pero siento que las fuerzas me faltan para recorrer y referir hechos que sólo yo sabría estimar, aun fuera de las predilecciones paternas.

"Entre sus papeles está un librito blanco en que le enseñé a leer sin libro, sólo trazándole las sílabas con un carbón, al lado de la chimenea, a la edad de tres años y medio. Su primera infancia, hasta los diez años, fué la más fecunda para el cultivo de su inteligencia y su instrucción. Después se pervertía o se atrasaba en los colegios, y sólo yo tenía poder para traerlo al buen camino, porque solo conocía el resorte de su alma que era la gloria, la estimación y el aplauso. Con este viento se hinchaban a reventar las velas de aquella inteligencia y su entusiasmo una vez excitado le hacía grata y fácil la tarea.

"¡Qué escenas tan variadas, qué ilusiones tan vivas, las que él tomaba por realidades! ¡Qué cruel fué al fin la realidad!"

Don Santiago Estrada decía sobre sus inanimados restos traídos a Buenos Aires para honrarlos: - "Su dramática existencia no consta sino de un acto, porque no ha habido intermedio entre el niño y el hombre, entre su aurora y su crepúsculo. Su cuna y su tumba, su sacrificio y su gloria, su vida y su muerte han estado ligadas como el relámpago al rayo!..."

"Ayer su voz conmovía el corazón de sus amigos e infundía pavor en el pecho de los enemigos de la patria. Hoy! Hoy... He aquí, señores, los fragmentos del frágil vaso que encerraba el alma generosa y fuerte del capitán Domingo Sarmiento."

Tan exquisita y poética expresión del dolor era, sin embargo, la realidad que estas páginas confirmarán, mostrando como se pudo, gracias a una naturaleza privilegiada, hacer lugar en la niñez a la adolescencia del espíritu sin deformarla, y en ésta, anticipar la vida del adulto administrada a grandes sorbos en sus trozos escogidos, la alegría casi infantil, la instrucción casi científica, el patriotismo llevado al sacrificio, la amistad de los grandes hombres, la estimación universal, y relámpagos de gloria que brillaron ante sus ojos.

"No hace mucho tiempo, decía don Pedro Goyena, que un ilustre pensador francés, arrojaba sobre el mundo en las hojas admirables de un libro, las últimas revelaciones de la libertad. Sarmiento se apresuró a recogerlas para difundirlas en el pueblo argentino. El joven, el niño, comprendió la saludable y trascendental influencia que aquel libro ejercía en la República, y le agregó una página que merece pasar con él a la posteridad.

"Tenía apenas diez y ocho años, y podía marcar con fijeza el rumbo que los pueblos deben seguir para llegar a la grandeza y la prosperidad.

"...Allá en el campo de la horrible batalla ha caído gloriosamente al pie del Lábaro que amó!!!

"Luminosa inteligencia, corazón generoso, inquebrantable voluntad! ¿Hasta dónde habría llegado Sarmiento? Este es el secreto de Dios!".

M. Laboulaye, el autor citado por Goyena, senador perpetuo de la república francesa, había atribuído, por la aparente igualdad de nombres, aquella sesuda introducción a su obra al padre conocido como escritor; y mucho fué su asombro al saber que era obra de un adolescente de diez y ocho años, tan impregnado lo encontraba del espíritu científico que *París en América* encubre para hacer más aceptables sus ideas.

Extractum vitae pudo, pues, llamarse la suya de veinte años, de tal manera se precipitaron los sucesos en tan corto lapso de tiempo, tan activa la marcha del tutor que lo conducía de la mano por los senderos de la vida, escritor y maestro en Chile, tan ardiente la atmósfera política que se respiraba en Buenos Aires a donde, como Eneas y Ascanio, trasladaron sus dioses Lares, en busca de una patria; tan fecunda y reparada la acción gubernativa en San Juan, donde va a ensayar su asumido rol de hombre adulto, antes que la ley reconozca los títulos a la virilidad que la naturaleza y la inteligencia le han anticipado. Para recorrer este camino, en otra época, en otro país y en otra situación un hombre del común habría necesitado cuarenta años a fin de desleír tantas y tan vivas emociones.

Debía, pues, a la grata memoria de aquel niño hombre, como un homenaje tributado a tantos de sus contemporáneos que lo amaron y recuerdan todavía con amor su nombre, reunir en breves páginas los títulos que a esa estimación general dieron motivo, narrando la serie de actos que constituyeron su corta vida, prolongándola, si aun es posible, como el galardón a que aspiran los buenos y la recompensa que pedirían en este mundo los que amaron a su patria, los que murieron temprano por salvarla.

Una mención gratísima debo a los que acompañaron sus restos al Panteón, en el más grande, simpático y espontáneo acompañamiento, que haya precedido por la vía Apia a los restos de Rivadavia, Lavalle, Alsina, San Martín, Avellaneda, guardando por la presente generación una hoja siquiera de las guirnaldas que depositaron sobre su tumba.

CORONA FÚNEBRE

NICOLAS AVELLANEDA

"Domingo Sarmiento era una parte de nuestra vida y lo habíamos asociado a nuestras más vivas esperanzas, creyéndolo prometido a todas las glorias. Se le había visto una vez; escuchándose su voz vibrante; y desde entonces no se desprendía de la memoria aquella aparición; y una curiosidad intuitiva y un secreto anhelo del corazón se ligaban a sus pasos".

NORBERTO QUIRNO COSTA

"Domingo Sarmiento en cuya frente se veía la luz de la inspiración, alma en que Dios había colocado una chispa del génio que remonta a las más elevadas regiones para descender con una verdad, alma que se agitaba por todo lo grande y generoso, Domingo Sarmiento, representa un sacrificio muy grande por el triunfo de una causa".

JOSÉ C. PAZ

"Colocado por su carrera a la vanguardia de la civilización, nuestro malogrado amigo, reunía ya en sí, el germen que debía presentarnos en la arena de los demócratas, al sabio, al guerrero, al pensador. ¡Sublime trinidad que solo a las almas grandes es dado alcanzar".

SANTIAGO ESTRADA

"Sus amigos no verán su alma triste y desolada vagar por los campos solitarios de la muerte y del olvido, mendigando el fallo de la historia.

"En la edad de los suyos no se hace sino amar, y el amor no ha esperado para fallar, como lo hace la inflexible Musa de Plutarco.

"Sarmiento ¡tu generación está contigo! ¡está contigo tu madre! Entra, entra en la Patria y pasa, no bajo los arcos de triunfo, sino por la puerta del sepulcro, en que te custodiarán tres amores, el de tus padres, el de tu pueblo, el de tu jeneración".

HÉCTOR F. VARELA

"Una vida!

"No la hay en el malogrado Sarmiento. Es un sueño, es la gota de rocío que la mañana llora y el sol seca; la vida de la flor que dura un día; la vida de la golondrina, que anuncia la primavera, se anida un instante en nuestros techos, y se vuelve cantando a otras rejiones, porque no puede ver la muerte natural de la naturaleza, bajo el sudario del aterido invierno. Soñó, cantó, amó, murió, he aquí la vida que lloramos".

MARTIN PIÑERO

"La vida del tiempo no es más que el exordio de la vida inmortal ¡oh jóvenes!

"La de estos vuestros amigos ha sido muy corta, el exordio de su ser fugaz ha sido muy breve. En cambio el discurso infinito del misterio del porvenir, del gran misterio de la inmortalidad, esos discursos sin límites, esa oración divina, de la gloria, será para ellos más prolongada".

PEDRO GOYENA

“Domingo Sarmiento que luchaba ayer por arrancar a la ciencia sus misterios, y se batía heroicamente a la sombra de nuestro glorioso pabellón, mora ya en la región de la verdad y la justicia.

“Tan breve como fué la vida de este jóven, nos creemos autorizados para afirmar que habría descollado notablemente entre sus contemporáneos por las dotes del carácter y de la inteligencia. Tu nombre oh noble mártir vivirá eternamente en la memoria de los argentinos, con los de Mayer, Solá y Paz, soldados y estudiantes como tú, cuya vida refleja las dos faces sublimes del hombre sobre la tierra, la meditación y el sacrificio!”.

DAMIANOVICHE (Cirujano de Marina)

"Yo he visto el camalote arrebatado,
Verde corona del pomposo río,
Y allí sobre la borda reclinado
Lloré mil veces su destino impío.

LA PRENSA

Los R. R. de los diarios de Buenos Aires invitan al pueblo a acompañar a su última morada, los restos del valiente e infortunado Capitán, Domingo F. Sarmiento, muerto en el glorioso combate del veinte y dos.

DE LA PRENSA DE CHILE

En la lista de oficiales argentinos que cayeron en el desgraciado ataque de Curupaití, se encuentra el nombre del capitán Sarmiento. Es éste el entenado del señor don Domingo Faustino Sarmiento, un compatriota nuestro por nacimiento y primera educación, joven de las mis altas promesas y dotado de un precoz y casi extraordinario talento. Aunque no contaría más de veinte años y no había aún concluído su carrera universitaria, era ya un escritor atrevido y vigoroso, traductor del *Paris en América*, y autor de muchos artículos de crítica literaria que llamaron una vez la atención del célebre Ventura de la Vega.

Arrasado por el torbellino de la guerra, y más que todo tal vez, por un hondo sentimiento del joven ardoroso, entró en las filas de la Guardia Nacional de Buenos Aires como soldado y fue elegido después capitán. Cuando su cuerpo regresó de la guerra, él prefirió quedarse en el campamento y continuar en la guerra con el grado de capitán de un batallón de línea. ¡No será éste el menor de los helocautos ofrecidos en aras de esta cruel guerra americana!

La muerte del jóven chileno don Domingo F. Sarmiento, acaecida en el combate de Curupaití el 22 de Setiembre último, ha arrancado profundos gritos de dolor a toda la prensa argentina. Era una rica esperanza, arrebatada de la vida en el albor de la juventud.

Su cadáver ha sido trasportado a Buenos Aires, y enterrado en medio de una ceremonia patética en que han tomado parte todos los jóvenes estudiantes de aquella capital. Entre las manifestaciones de estimación que ha recibido la memoria de aquel jóven nos ha llamado la atención la siguiente de que da cuenta *La Tribuna de Buenos Aires*:

"Los hijos de Florencio Várela que cayó mártir bajo el puñal de los asesinos, abren hoy el sepulcro de su padre para ofrecer un lugar al lado de

sus cenizas, a su compañero de redacción Domingo Sarmiento, mártir también a los veinte años de la vida”!

HECTOR Y MARIANO VARELA

Buenos Aires, Setiembre 28 de 1866

A la señora dona Benita Martínez de Sarmiento.

"Señora:

En los momentos de prueba porque V. pasa, solo Dios puede endulzar la profunda herida que ha abierto en su pecho de madre la espada que ha dado muerte a nuestro querido compañero de redacción, Domingo F. Sarmiento.

La voz de la amistad no interrumpirá su dolor con vanos consuelos...

Al alma de la cristiana hablará la voz de la religión, para suplir a aquel eco, estéril, cuando lo ahogan los sollazos de las madres.

Solo, señora, venimos a pedirnos un triste honor: que nos concedáis el cadáver de Domingo.

La Redacción de *La Tribuna* le abrió sus columnas, y él las honró con sus escrituras. Hermanos de él en ideas, Domingo pertenecía a nuestra familia... Queremos, señora, que sus cenizas reposen en nuestro sepulcro, al lado de las de nuestro buen padre, mártir y soldado del pensamiento, como el amigo que acabamos de perder.

Nosotros nos honraremos con que sus restos se encuentren reunidos en la tierra, como se hallan sus almas en el ciclo de los mártires, y el amor por el padre, con la amistad y gratitud por el amigo, en el corazón de SS.SS. Héctor F. Varela Mariano Varela.

LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

(Extracto de nota de pésame)

Queriendo la Universidad, como madre intelectual de Domingo Fidel Sarmiento, hacer una demostración en su honor, el Rector y el cuerpo de catedráticos han ordenado dirigir a las aulas de derecho la nota siguiente:

Buenos Aires. 1° de Octubre de 1866.

Señor Catedrático de Derecho Mercantil y Criminal Dr.

D. D. Miguel Esteves Saguí.

Con fecha de hoy he dispuesto que los nombres de los discípulos de esta Universidad que han fallecido en las filas del Ejército a que se incorporaron espontáneamente desde el principio de la presente campaña, se inscriban y coloquen en el testero de la sala principal destinada a las lecciones de Jurisprudencia. A más del nombre se indicará allí la edad, el día y lugar de la muerte y la clase a que concurrían al salir de Buenos Aires. He dispuesto también que se dirija una carta de pésame al nombre de la Universidad a los padres del joven D. Domingo F. Sarmiento, como una justa manifestación de sentimiento por una pérdida real para el lustre futuro de las letras argentinas. Me consta que el joven Sarmiento tenía fijo el pensamiento en sus amados estudios y condiscípulos y ansiaba los días de paz pública que le permitiesen volver a sus libros sin mortificación de su honra. Él no ha dejado de ser, ni por un momento, alumno de la Universidad y en ella debe vivir perpetuamente su recuerdo. La memoria de este joven que había subordinado, por el ejercicio de una voluntad bien dirigida, el ardor de sus pocos años al cumplimiento estricto

de deberes penosos y cuyo talento se desenvolvía sanamente por medio de escogidas lecturas y serios estudios, debe ser un consuelo para sus actuales compañeros, como será un ejemplo para los futuros alumnos que se sienten en los mismos bancos donde se sentó Sarmiento. Suplica al señor catedrático se sirva dar lectura a sus dignos discípulos de esta nota y aceptar las consideraciones de mi mas distinguido aprecio. (Firmado) *Juan María Gutiérrez*. Es cópia fiel: *Carlos José Alvarez*, Secretario.

¿Díjose tanto y tan sentido, nunca de un adolescente?

Y no será disculpable su anciano padre ensordecido ya por el fragor de instituciones que se derrumban, perdida la voz a fuerza de predicar en desierto sesenta años sin tregua, si quiere recoger todavía, al borde de su propia tumba, los fragmentos del rico vaso a que pensó trasegar su pensamiento, para que continuara la obra otros tantos, y que cayendo en las manos del sacerdote que lo presentaba al pueblo ante el altar de la patria, se rompió?

Queda del capitán Sarmiento un busto en mármol, obra de cincel romano, si bien conserva la frente cuadrada a lo Víctor Hugo, como el molde de la inteligencia. Una caña tronchada de estriada columna corintia señala en el Panteón de la Recoleta el lugar donde reposan las cenizas, bajo las siguientes inscripciones epigráficas, labradas por la piadosa amistad del doctor D. Nicolás Avellaneda. Presidente de la República y su tutor y amigo:

*

CAPITÁN D. F. SARMIENTO
ESTUDIANTE, ESCRITOR Y SOLDADO
EN LA GUERRA DEL PARAGUAY

*

SERÁ MÁS DURADERA QUE LOS AÑOS BREVES DE SU VIDA
LA MEMORIA EN EL CORAZÓN DE LOS QUE LO CONOCIERON

*

RECUERDO DE SUS PADRES

*

MURIÓ A LOS 21 AÑOS DE EDAD EN EL ASALTO DE CURUPAITÍ
EL 22 DE SEPTIEMBRE DE 1866

*

Y como en el discurso de los tiempos, si el busto se encontrase entre escombros, si la columna desapareciese y fragmentos lapidarios conservasen, aunque sin sentido propio, para otras generaciones nombre del capitán Domingo Fidel Sarmiento, puesto que el deleznable papiro dura más que el duro bronce, en estas breves páginas ha querido su padre, como en el de los ritos mortuorios que trae consigo la momia egipcia, conservar los lineamientos de su corta vida, para que estimen su nombre los padres que sobreviven a sus

hijos, los jóvenes que aman siempre a su patria y le consagran sus desvelos y su vida. Tal es el deseo de su padre.

CAPITULO I

INFANCIA

Nació Domingo Fidel Castro en Santiago de Chile el 17 de abril de 1845 y pasando más tarde a segundas nupcias su madre, de procedencia argentina, fué por adopción, cambiado su apellido por el de Sarmiento que le fué nombrado tutor, a fin de que nada enfriase los afectos de la nueva familia. Por el derecho de la madre era argentino.

El 17 de abril de 1866, mandando una compañía de línea al frente de las baterías que defendían el inoficiosamente atacado fuerte de Curupaití, un casco de bomba le cortó el tendón de Aquiles y murió desangrado, al frente del enemigo, trasportado el cadáver exánime al cuartel general por sus soldados, que lo amaban.

Vivió, pues, lo que media entre aquellas dos fechas, que no alcanza a ser la edad legal del hombre para entrar de lleno en el goce de sus derechos: período sin embargo, tan lleno de vivísimas emociones para él, que pudieran haber llenado más larga vida en otro, dotado de menos cualidades, educido de distinto modo y mal servido por las circunstancias.

Pasó los primeros años de su tierna infancia en una quinta de Yungay, pueblecillo a las afueras de Santiago, entonces aislada de otras habitaciones, lo que dio a la educación del niño un carácter particular, pasando sus horas en estrecho contacto con sus padres, a falta de niños de la vecindad con quienes solazarse.

Desde la tierna edad de tres años y medio daba tales muestras de inteligencia, que los domésticos repetían algunas de las observaciones que hacía al experimentar alguna sensación nueva.

Más adelante se verá que éste adaptar a la vida real las imágenes, las palabras, o las ideas adquiridas por oídas, por grabados, o por lecturas, es una peculiaridad de su inteligencia y le hace pasar por ilusiones las más extrañas.

Siendo de tan corta edad, que era necesario que un peón lo llevase por delante en el caballo, al ir la familia de Santiago a Santa Rosa de los Andes, al descender los últimos contrafuertes de la cuesta de Chacabuco, ofreciósele a la vista de un golpe, y mirado de lo alto el bellissimo valle de Aconcagua, encerrado en un marco de montañas, como una masa de verdura de seis leguas de fondo, salpicada aquí y allí de casitas y alquerías. A los hombres hechos deleita aquella vista. Al niño lo tomaba de nuevo, y tendiendo los bracitos como para abrazarla, exclamó alborozado: ¡qué bosque tan lindo!... y a un rato de contemplarlo: -¡pero no cómo los del Brasil!

El peón que oía, quizá por la primera vez, Brasil, y acaso la palabra bosque no muy casera, como monte, arbolea, huerta, etc.... le preguntó: - Patroncito, ¿en qué son mejores los del Brasil?... ¡Oh tanto Tití!

El peón maravillado, contó la aventura, y comprendió entonces la diferencia, sabiendo que Titíes son unos monitos muy monos, lo más monos de los simios que se encuentran en las grandes selvas tropicales. Conocíalos el niño por uno embalsamado que había sobre la mesa en la sala como ornato, y había oído hablar de su país de origen. Creía que poblaban los bosques, y se les veía saltando de rama en rama. Luego los bosques de Aconcagua (las huertas de frutales) eran inferiores a los del Brasil. Tendría tres años y medio el naturalista!

A los tres años de edad y por vía de entretenimiento, propúsose su padre enseñarle a leer, jugueteando, y como medio de excitar su curiosidad e inteligencia, que se mostraba despierta y clara a tan temprana edad. Explicábale cómo los sonidos de la voz están representados en letras, e imitando lo que había visto en Alemania en una escuela, que era escribir su nombre un niño dándole el maestro los sonidos, fónicos componentes intrínsecos de la palabra, sin nombre de letra, el niño de tres años iluminándosele el semblante con los rayos de la inteligencia que asomaba a sus ojos: - papá, dijo, a que yo escribo *Sarmiento*? - ¿a qué no? - a que sí; y escribió en la página en blanco de un librito, lo que va al frente en *facsimile*.

Esta es la copia exacta de aquella suprema evidencia de la concepción del niño a los tres y medio años.

El librito en blanco existe en poder de la madre y es guardado como una reliquia, pues que allí han quedado rastros indelebles del pasaje de una alma que se despierta y camina. Sería imposible dar idea del contenido de aquel prontuario, pues no hay sucesión de páginas o materias, y es una mezcla de sílabas formando palabras, figuras enormes de geometría, desde las primeras páginas, un elefante aquí, más allá patos, garabatos que han querido explicar lo que las palabras dicen; por ejemplo, está dibujada una rosa, al lado de la palabra Rosa; un caballito informe donde la lección reza, "se vende un caballo".

El coronel Paunero antes de embarcarse en la "Médicis", para concurrir a la batalla de Caseros, se divertía grandemente con el chicuelo que se iba a su cama para travesear; y tan poco avisado debía ser el chico, que el viejo coronel lo ponía en camino de tirarle los cabellos, con lo que una vez se quedó horrorizado con la cabeza de Paunero en las manos, pues aun no tenía idea de la existencia de pelucas.

Horas después, este mismo niño, como Paunero indicase direcciones de líneas, el muchachito le observó: - Perpendicular entonces. - Que es eso de perpendicular, ¿qué sabes tú? - Pues es claro! e inclinándose sobre las baldosas: esta raya (la juntura de dos) es perpendicular a esta otra que es la horizontal. El librito lo explica todo. En las primeras páginas se encuentra uno con un ángulo, un cuadrado, dos paralelas con letras A. B. C. de garabatos, lecciones de lectura y figuras de animales, y se halla precisamente la lección del caso, con una raya informe que tiene escrito de mi letra *perpendicular*, al costado, al centro la cruza otra que tiene escrito horizontal, de la base parte una diagonal con el letrado *oblicua* y arriba hay dos A. B. C. D. *paralela* hablando de suyo, y abajo un ángulo recto con nombre. Es, pues, lección que recibía y lo que lo autorizaba a repetírsela a Paunero como cosa que se nace sabiendo.

La edad Hace mucho para el caso y en éste está determinada. Nacido en 1845, el hecho ocurrió en 1851, pues es dos meses antes de la batalla de Caseros.

La palabra Sarmiento la ha escrito a la edad de tres años, acaso tres y medio. Adviértase que todo: lecciones de lectura, figuras de geometría, dibujos groseros, están hechos con carbón, el cuál se tomaba de la chimenea, en invierno. Su nombre está escrito con carbón, y con carbón aunque más imperfecto *dominguito*, *procesa*. Escritura con tinta no aparece sino la de un mapa de la América del Sud y la lección de lectura que en seguida copio, porque es útil hoy para los maestros y los niños, por ser compuesta de palabras en cuyas sílabas ocurren ce-que, ci-qu, sa ca, za, para hacer distinguir los diversos sonidos con las mismas letras, o las diversas letras que dan el mismo sonido.

Esta lección está firmada: Yungay, enero 17 de 1849, Domingo Sarmiento - como si el niño la escribiera, pero está de mi letra y con tinta. Ahora esta lección es de enero y por eso es con tinta: la letra escrita y las lecciones próximas están en carbón, luego fué ejecutada aquella en el invierno de 1848, lo que dá tres años al que la escribió.

La lección de lectura que ahora aparece en página, se iba haciendo paulatinamente, sílaba por sílaba, escribiéndola con carbón, el maestro sentado y el discípulo parado, diciendo lo que comprende pa-lo, ¿qué dice? palo; pe-lo ¿qué dice? pelo; pero siguiendo sílaba por sílaba y diciendo lo que la lección siguiente contiene:

La lección dice así; La co ci na de ca sa no ha ce hu mo.

-la ce ni za de que u sa ba la ja bo n era, mi ve ci na

-qe qi so qe me qi t ara la careta

-cí ñe te la ca mi se ta a zu la da

-có mo se co no ce qe e se ca mo te co ci do no qe ma la b oca.

C. ca ba llo qe no ce na pa ja y ce ba da a ma ne ce ma lo pa ra qe ti re la ca le za.

D. di ce do ña ca ta li na ce ro te qe no qi ta la ce ne fa qe de co ra la ca ma de la mu ñe qi ta. (Yungai, enero 17 de 1849).

El autor ya había escrito su Método Gradual de Lectura, y esta lección corresponde al ejercicio de la q, la c, con sonidos diversos según que consueñan con a e i o u, y la s además, que en América se confunde con el sonido que es z, en Castilla.

Las lecciones de por sí aparecen intencionalmente instructivas. Veamos una. Tie rra, a gua, fue go, ai re, sol, lu na, es tre llas, mar, ríos, bu ques, na víos, fra ga ta, ber gan tín, go le ta, lan cha, bo te, fa lúa.

Trasladado a Valparaíso, 1859, un hijo de Paunero le enseña a distinguir las formas de cascos cuyo nombre conoce desde su infancia.

Sigue la lección A rro yo, río, to rren te, mar, o cea no, is la, ist mo, es tre cho, cun ti nen te, pe ñas co, gran de ro ca, mon ta ña, los An des son u na gran cor di lle ra que co rre de sur a ñor te por to da la A mé ri ca.

Vése como una palabra suscita otra vecina hasta llegar de peñasco a montaña y concretarse en los Andes.

Todo esto es charlado, comentado, gesticulado, mezclado con otras cosas; pero viene saliendo el hecho de que la lectura es una manera de hablar y de oír, lo que conduce a los resultados que se verán luego.

La acción, la mímica, el gesto entran por mucho para mantener la atención del niño. Se enseña a juntar las letras razonando un sonido, apegando los labios m m m, y diciendo abra la boca con a; al fin entiende y día más ya sabe leer. Dígale f f f f con i y le dirá fí. Pero es preciso conocer sus letras bien

por la figura, que no se confundan las parecidas, que la s sea una culebra, aunque mire a la izquierda siempre será s.

- b. palo alto adelante de o.
- d. palo alto atrás de o.
- p. bastón adelante de o.
- q. o de palo bajo o con bastón atrás
- s. una culebrita descripta con el dedo en el aire.
- r. con un puntito en el hombro, señalándose dos o tres veces en el hombro.
- t. con un palo al pescuezo, señalándoselo en acción de cortar.
- x. con los dedos índices cruzados.
- z. con las manos cruzadas.
- h. sin nombre, muda, moviendo el dedo negativamente.
- ch. como le dé la gana: chancha.

El alumno hace el ejercicio primero con las letras. Atención! se cuadra y expresa la o, con ambas manos y con garbo describe o, bien; i con un puntito, y se señala la coronilla de la cabeza dándose puntatidas con el dedo meñique que es la d.

- u. con dos dedos parados y abiertos.
- a. con una panza abajo, señalándosela.
- e. con un ojito al lado poniendo el brazo izquierdo por sobre la frente para hacer un arco con el derecho que va a su encuentro.
- n. dos dedos para abajo.
- m. tres id.
- ñ. dos, con un travesaño de la otra mano con un palito.
- b. d. p. q. la misma forma con variantes o *con palo alto a la derecha*, etc.
- c la mano, encogidas las últimas falanges.
- h. muda, tornarse los labios.
- j. i con una patada que tira la cola.
- g. o con señal a la cola, etc.

Se aprende en dos días, si se tiene cuidado de dar precisión marcial a los movimientos, como si fuera la cosa más seria del mundo.

Hemos visto ya lecciones de geografía, de mar con buques, etcétera.

Hay las descriptivas de cosas a la vista para hacerle fijar en los objetos que las palabras describen. La siguiente parece ser el costurero de mamá: - 5 sillas de caoba, 6 sillitas de Italia, 2 sillones de junco de la India, un costurero de la China, un necesario cubierto de mármol gris, una mesa redonda, un peinador, un espejo, un retrato de doña Emilia Bardel, uno id. de doña Rosario Pastoriza, otro de Pío IX, la Virgen de la silla, Elvira monja.

Basta de lectura. Vamos a la gimnástica.

De noche es preciso entretenerse en algo, y el niño entra en todas las preocupaciones de la vida. Cuando tiene siete años, se le explica lo que es la catalepsia, quedarse días un hombre en una postura asumida y no poder cambiar de postura, ni hablar, ni hacer un gesto. La gracia está en tenerse tieso y más tieso. Toma con calor la idea. Se le trepa sobre el mármol de una mesa de arrimo en frente del espejo, las gentes de la casa y visitas hacen la platea de aquella exhibición de cuadros plásticos. El más ladino le da la forma del gladiador romano, del gato moribundo, del santo patrón, de lector, de escuchar a la puerta, de cuanto tenga sentido y el cuerpo pueda ejecutar. El ejecutante permanece impasible sin mover un músculo. Provocándolo a reír con dichos y

burlas que no le hacen mella: imprímente posiciones de brazos, piernas, cabeza, manos, dedos, grotescas, absurdas, ridículas, maliciosas que hacen a la platea desternillarse de risa, sin que en cien representaciones, pues eran frecuentes, se obtuviese jamás que se riese o contrajese un músculo de la cara.

Valdría la pena introducir en las familias los cuadros plásticos como gimnástica, siempre que hayan tres o cuatro niños para hacerles representar escenas de conjunto. No son los ejercicios acrobáticos de la gimnástica con cuerdas y maromas lo que debe darse a los niños, que harto se ejercitan sin maestros en sus juegos infantiles. La gimnástica nacional pública deben formarla la esgrima, la natación, la equitación y el remo, que son los ejercicios que defienden la vida, o nos dan medios de locomoción y superioridad. La Inglaterra debe su supremacía a sus juegos gimnásticos, sin excluir el pugilato, la carrera y la lucha.

Nuestras escuelas empiezan a ejercer a los niños en movimientos de los músculos, según teorías o manejos que no carecen de gracia. Encanta ver a mil niños levantar un brazo, *nemine discrepante*, mover toda la cabeza a derecha e izquierda. El primer curso de gimnástica escolar introdújelo en Chile y se encuentra en el Monitor; y como las láminas las labró en madera don N. Lloverás en casa, allí pudo Dominguito ensayarlo. Mas hay una gimnástica de salón, de corte llamaban antes, de escultura clásica diría yo, que se descuida enteramente en las familias y adivinan las niñas por instinto innato de la belleza, o los jóvenes heredan de sus padres, imitándolos sin saberlo por herencia, como el Dr. Vélez creyó ver a D. Juan Lavalle cuando vio al joven don Juan, a quien no conocía, paseándose y conversando con el Gobernador, sin parecersele.

Consiste en la gracia de los movimientos del cuerpo al avanzar un pie, al hacer una cortesía tenerse de firme, extender la mano para recibir o dar, y sobre todo al bailar o marchar. Los militares aprenden a sacar el pecho, etc., bajo fórmulas rígidas y automáticas; y la tradición aristocrática española colonial conservó hasta la Revolución, en las familias de hidalgos, las posiciones y el garbo de la real moza castellana y andaluza que parecen, como el caballo curvilinio, ser todavía restos de la cultura romana, tan arraigada en la Bética. Hasta los últimos tiempos popularizó y mantuvo el arte de las posturas esculturales el *minué*, baile de ostentación plástica, y hemos visto a Wáshington, representado bailando minué en el acto de avanzar un pie oblicuo que le habría dado tantos al Apolo del Belvedere si bailara. La reverencia, sobre todo, era el fuerte de las señoras, y se celebraba el garbo, y la dignidad soberana, con que el orgullo sabía inclinarse hasta tocar el suelo sin humillarse.

Nuestras damiselas no hacen la reverencia, salvo excepciones que pueden reclamar si las hubiere, y sólo una dama limeña hemos visto en Buenos Aires hacer tres reverencias sucesivas a un Presidente, la última más profunda que la primera, todas en retirada, indicando respetuosamente que no aceptaba la distinción que parecía acordarle. Es preciso ejercitar a nuestros niños en las posiciones artísticas plásticas.

Allá por los años 1848 ocurría la revolución de febrero que depuso a Luis Felipe.

La Illustration de París, que está en volúmenes sobre la mesa, trae grabados describiendo las escenas que más llamaban la atención en Europa; y

preguntando algo, conjeturando mucho, y adivinando lo que las láminas representan, pasa las horas viviendo por la imaginación en Europa entre personas y escenas desconocidas, pero que él hace reales.

¿Dónde está sentado D. Manuel Montt, preguntaba viendo el hemiciclo de un Congreso de Francfort? Montt era orador chileno, y señalando una figura cualquiera como la de Montt (en Francfort) ya estaba en caja y se daba cuenta de todo. *L'illustration* fué su enciclopedia, cuatro volúmenes. Cuanta cosa sabe y toca, vive con él, en el papel, como él vive con su padre, los amigos de éste, emigrados argentinos, hablando siempre con calor de un país, de escenas, de hombres que no por no estar en láminas ni de cuerpo presente, son menos reales para él.

No aprende a distinguir claramente porque no le enseñan la diferencia de un niño y de un hombre adulto, en aquella vida secuestrada de Yungay, y acaba por considerarse hombre más pequeño que los demás, pero en las mismas condiciones, ¿porqué no? Ejemplo: Las elecciones de renovación del Congreso o de electores de Presidente caían en Chile en 1851, según recuerdo. Debía tener seis años. Hablábase en el almuerzo de boletas de elecciones que había impreso M. Belin y se discurría como de asuntos corrientes sobre la votación que estaba haciéndose.

—Papá, pregunta Dominguito, ¿qué yo no voto?

—Por qué no; eres chileno.

—¿Dónde se vota?

—Tú perteneces a la parroquia de San Isidro, cuya mesa está aquí cerca.

A un rato:

—Papá, ¿cómo se vota?

—Es la cosa más sencilla del mundo. Tomas una de estas boletas, vas a la mesa, donde hay mucha gente, dices que vas a votar, presentas el voto, te lo reciben y ya está.

No se habló más de elecciones, yéndose la conversación a una legua de distancia. Acabado el almuerzo, y ¿Dominguito?

—Ha de haber ido a votar, contesta el padre, que conocía a su sonámbulo, y como nada podía suceder, nadie volvió a pensar en ello, hasta oír el grito de triunfo y de gozo del niño que decía desde lejos: Papá! ya voté.

Estás borracho! y contó su gloriosa hazaña, que confirmaron amigos que habían presenciado la escena. Algunos de los votantes apiñados en torno de la mesa, sintieron como una cuña por entre las piernas de unos y otros, para abrirse paso. Prestando atención uno de ellos al importuno, éste dijo su objeto, que era votar, y con tal convicción y ojos tan brillantes lo dijo, que se supuso que alguna alucinación había de por medio. Hízole gracia el caso y tomando al chicuelo de un brazo lo trepó sobre la mesa, diciendo muy serenamente al Presidente: Un ciudadano que quiere votar! y como en manera alguna se turbase, Presidente y electores hicieron que tomaban el caso a lo serio:

—Sí, señor, puede usted votar.

—¿De qué parroquia es usted?

—Parroquia de San Isidro.

—¿Su nombre?

—Domingo Sarmiento.

—No señor, no puede votar, ha de ser hijo del cuyano Sarmiento.

—Soy chileno!

—¿Es usted casado?

—No señor — (risa general que no lo desconcierta).

—¿Por quién vota?

—Por don Manuel Montt!

—Ah picaro! que no se le permita votar, gritó en tumulto la oposición.

—Es partidario del despotismo!

El Presidente restablece el orden, le recibe el voto, y la oposición se lo pasa de uno a otro, lo besan, lo aplauden y lo bajan ebrio de contento. ¿Supo alguna vez que aquello fué broma? Acaso no volvió a pensar en ello, hallándolo según su cuenta lo más natural del mundo. Llegado a Buenos Aires en 1858, víspera de las fiestas Mayas, con once años, en ciudad nueva, acompañáballo uno de los niños Velázquez, a quien un *pickt-pocket* arrebató el sombrero. Dominguito pispó algo y agarrando a un paisano con tal tono de autoridad, le mandó entregar el sombrero, que lo desconcertó, y abandonando el sombrero se hizo humo, como dicen, ¿Era valor? No, es que no sabe distinguir bien hombre de niño, aunque sepa cual es la posición relativa entre un roto y un caballero.

Acompañaba a su padre en 1850 en Valparaíso, cerca del muelle y al caer de la tarde; y debiendo aquel entrar a una peluquería, le dijo lo aguardara paseándose por allí. Detúvose más de lo que deseara y al salir tuvo cuidados por el chico, cuyo bulto divisó a lo lejos.

Vino éste corriendo con toda una historia. "¡Cómo me he divertido papá! Imagínese que vienen un caballero con su mujer y una niñita a tomar el fresco, y sin duda para divertirla, le muestran los buques, hasta que el caballero le dijo: mira, aquel chico es un marinerito, y el caballero, para entretener a la niñita se me acercó y me preguntó si era marinerito. Yo dije entre mí, te voy a hacer creer que soy y le contesté muy serio:

—Yes, sir.

(Poco más se pescaba del inglés a esa edad).

—Mira, fulana, había sido marinerito.

—¿De aquel buque? (Uno de guerra inglés).

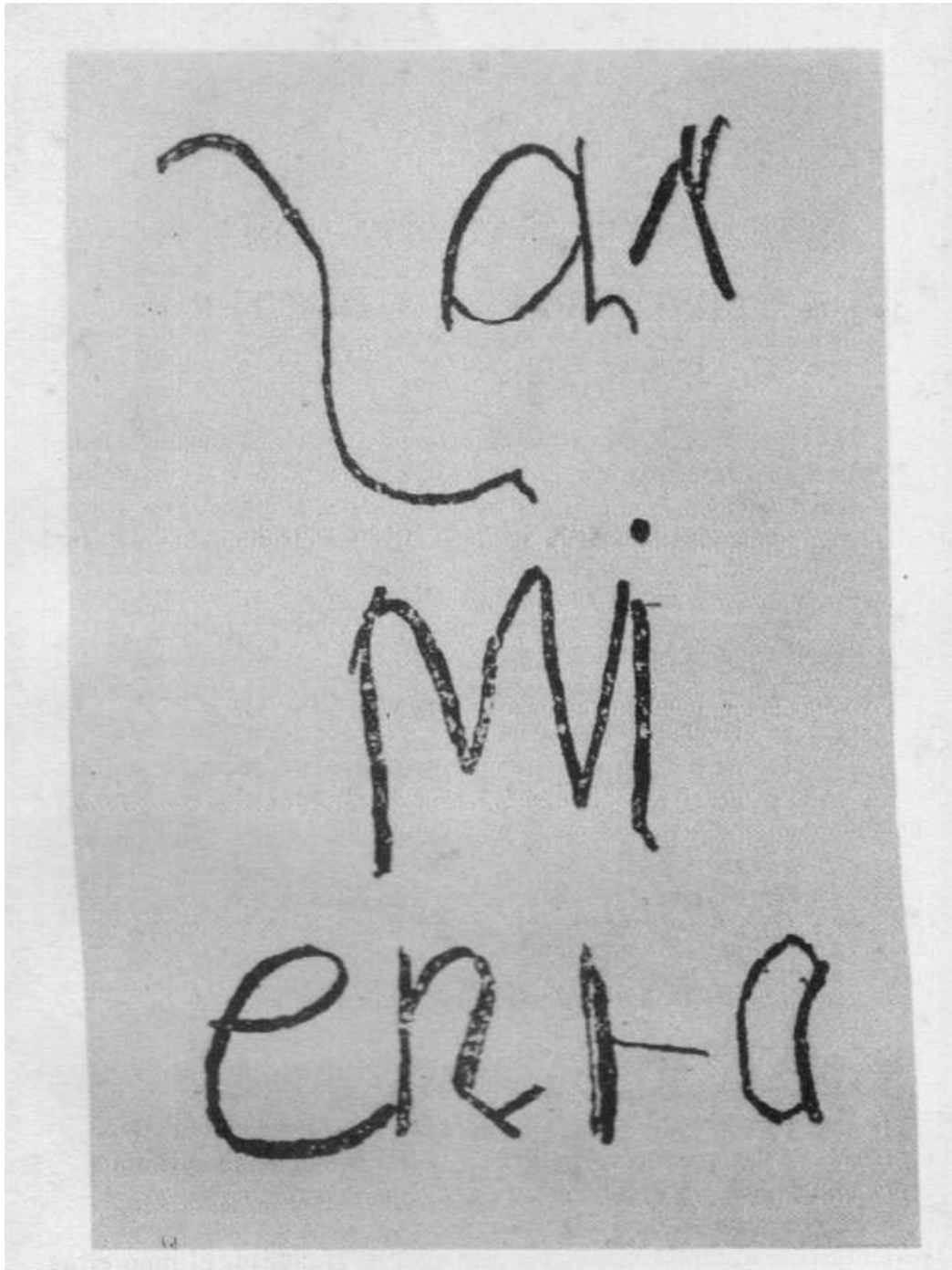
—Yes, sir.

—Pobrecito dijo la señora, tan chiquito y ya padeciendo!

—No, dijo el caballero, estos son grumetes de familias nobles, y los cuidan a bordo...

Y se han quedado creídos que era inglés marinerito. Yo me vine riendo."

El taimado tiene siete años; pero esa es su educación: toma la vida como si fuera hombre, y si quieren burlarlo él se burlará del que lo intente.



—"Papá, dijo, ¿a que yo escribo SARMIENTO: —¿A que no? —¿A que sí?: y escribió en la página en blanco de un librito, lo que va en facsímile. Esta es la copia exacta de aquella suprema evidencia de la concepción del niño a los tres y medio años".

DOMINGO F. SARMIENTO

CAPITULO II

ESCUELA, EQUITACIÓN, COSTUMBRES Y CARÁCTER

Hemos ya llegado en vida tan breve a los cinco años de edad, que hacen la cuarta parte, y para continuar la narración de los sucesos, necesito que el lector benévolo, haga lo que el Presidente de la mesa electoral de la Parroquia de San Isidro, en Santiago de Chile, cuando se le presentó un ciudadano de seis años, boleto en mano, a votar por D. Manuel Montt. Si señor, un renacuajo de ciudadano ¿por qué no? y tomando el aspecto adusto del magistrado que oye las objeciones, acalla los gritos de la turba multa, recoge el voto, lo acepta y lo anota, hallando que todo está en regla, en el mas regular de los actos posibles, ¡una elección!

¿Qué habría logrado con un procedimiento sugerido por el sentido prosaico de las cosas?

Disipar una ilusión infantil generosa, hija de una inteligencia que con un cuerpecito en germen, no alcanza a ver sino las superficies. ¿Y cómo es, sesudo lector, que asistís a un teatro y oís complacido a Carlos V haciéndose que habla cantando, y en la orquesta creéis que brama, entre las ramas de los árboles de la India, un huracán de violines que ha principiado por bramidos acordes que os complacen y amedrentan? Pues vais a ver en persona al de esta novela, ejecutar actos que suponen un ser consciente, un hombre adulto, porque él se cree lo uno y lo otro desde su infancia, porque nadie quiso desengañarlo, y porque al fin se familiarizó con su asumido carácter y fué hombre pensador y niño a la vez. Murió como hombre de pró. ¿Qué mas queréis?

La casa quinta de Yungay era, como se ha dicho, una mansión solitaria, a distancia viable, sin embargo, de la ciudad. El niño es conducido a una imprenta o acompaña alguna vez a su madre, como un dije, a las visitas, y el niño ve calles, edificios, gente, niños, caballos y el movimiento de las grandes ciudades que puebla de imágenes su memoria, y vuelto a Yungay su cuerpo, no siempre vuelve con él su imaginación, que queda vagando por las calles y plazas que vio, adivinando lo que no vió, y labrado por estos ensueños, una mañana se le va el cuerpo detrás de su alma, siguiendo las sugerencias de aquella imaginación creadora de misterios que debe aclarar la visión, y tarde se le echa de menos, y es preciso salir a buscarlo de miedo de perros, carretas, recuas de animales cargados y todos los peligros de las grandes ciudades.

Si se le encuentra en la imprenta se le sorprende radiante, riendo, oyendo, aspirando todo, como si absorbiera la vida, la ciencia de las cosas, contando allí mismo cuanto ha visto, como para pasar revista de sus impresiones, como para enriquecer la memoria del que le escuchaba con lo que no tuvo la dicha de ver, y él vio: unos tambores que tocaban la caja—unos soldados marchaban tran, tran, tran!!

Un día al salir en su busca divisa su tutor el bultito que ya regresaba también de *motu proprio*, después de su tuna. El vigilante de a caballo estaba cerca, y abordándolo, lo expuso el caso y el hábito que iba adquiriendo el chicuelo de escabullirse y largarse de su cuenta a la ciudad en busca de mas vivas emociones; y dándole una peseta, instruyelo sobre la manera de ayudar el vigilante al padre de familia a curar tan peligrosa dolencia—el niño

cimarrón— incurable a veces, lo que ha creado la palabra en la Habana para los negros esclavos que ganaban la cima de montañas inaccesibles y formaban colonias, que eran atacadas con perros adiestrados al objeto. Para ahorrar palabras, pongamos el caso. Un vigilante encuentra un niño muy bonito solo por la calle, y gritándole con voz de sayón: alto ahí! lo deja clavado en el suelo.

—¿Quién es Vd.?

—D. F. Sarmiento, señor.

—¿Con qué licencia anda solo?

El pecado lo acusa y se turba.

—¿Está Vd. en la Escuela?

—No, señor.

—¿Tiene papeleta de conchavo?

—No, señor.

—¡Ah, picaro! le dice, desvainando la lata y amenazando cortarlo en dos.

—¿Dónde es su casa?

Y señalándole la de Yungay, de un tirón lo alza, y se lo mete bruscamente en ancas, y la emprende al galope para Yungay.—Llegado a casa, entra gritando: ¿quién conoce aquí este niño cimarrón que he recogido por la calle, salvándolo de que lo muérdala los perros bravos; y voy llevando a la penitenciaría, al calabozo donde se encierran a los niños que no obedecen a sus padres? Todo esto entraba en la lección dada al *paco*.

Salieron las gentes, reconocieron al prófugo, y pidiéronle al señor vigilante que lo dejase dormir esa noche en su casa, hasta que el padre fuese a ver al Jefe de Policía y arreglara el asunto, prometiendo que no habría de hacerlo mas. Consintió la castellana en ello, pero tan intratable era el cruel sayón que todavía exigió, con una guiñada, que se le tuviera en una pieza solitaria para que no hablase con otros niños.

Así lo prometieron y así lo hicieron, que era aun antes de medio día y había tiempo de conmutar penas y ahorrar tramitaciones. Pero a poco de estar solo, meditando sobre tamaña culpa, mandó llamar a su nodriza, que le servía de mucama, por haber quedado en la casa por amor del ahijado.

Llamábale para pedirle con voz dolorida que le mandasen de cuando en cuando algo bueno que comer, porque sabía que en la Penitenciaría no les daban sino porotos a los presos! Fué preciso prometerle esta infracción de las reglas. Mas tarde volvió a llamarla para rogarle que le llevasen una camita, porque en la Penitenciaría dormían sobre una estera!

¡Cómo sabrán los niños estas cosas! Rumores populares que circulaban en las cocinas entre sirvientes, que son los maestros de la lengua y de la historia para los niños. La nodriza no pudo resistir a este golpe y soltó el llanto, asegurándole que nada le sucedería. Vino la madre y todo el cuento lo echaron a perder con sus enternecimientos, lleváronselo en brazos a las habitaciones, y por poco no lo ponen en el secreto. Cuando el hombre de la casa llegó, fué informado del caso, hizo las diligencias precisas, y no fué mas adelante el escarmiento.

Quince días después se le echó de menos al arrepentido.

Era de noche. Buscósele en el barrio y no había noticias de él, hasta que sabiéndose que había unos títeres no lejos se le encontró allí, espectador abonado y entusiasta, imperando sobre una pila de adobes, y desde allí victoreando al títere protagonista, contándole sus hazañas al glorioso don

Cristóbal y acentuando los palos que le da a doña Cutufina, con sus risas y alboroto.

Estaba visto. El mal no estaba en el párvulo, sino en la topografía de su morada fuera de la ciudad, en una habitación aislada, y el hombre es un animal gregario y el instinto lo está empujando a reunirse con sus semejantes. Se le iba a castigar porque quería sentir la vida, ver vivir y asociarse al movimiento de los otros.

Continuábanse en Yungay las lecciones de lectura, las conversaciones sobre todo lo que es real y a que se asociaba el niño adquiriendo un despejo que no decía relación con sus años, y de ahí tomando vuelo la imaginación, precisamente porque van quedando muchos vacíos que llenar entre las cosas diversas que va conociendo. La tendencia a irse a Santiago, acompañado o solo, en busca de emociones, de aprendizaje, de cosas nuevas es cada día mas pronunciada, y nada puede contenerla, sino es satisfacerla aplacando la inmensa fuerza de curiosidad que es la muestra de la inteligencia y a veces del talento. Nunca desanimen al niño preguntón. Ese va a ser algo. Un saltimbanqui que mostraba monos sabios, decía que él buscaba para educar, los monos que mostraban inteligencia. Ofrecía a los vendedores de monos, pagar el doble si le dejaban llevar a su casa los sujetos. Ponía cuatro en lugar de poder observarlos, y los monos volvían la cara hacia él. Los monos no vulgares, con algunos movimientos peristálticos que les son característicos, iban uno que otro con mas mesura deteniéndose a mirar y ver. De los otros no había que esperar nada. Al momento daban vuelta la cara a otra parte, a otro lado, atraídos por una mosca que zumba, por un perro que pasa.

En los niños sucede lo mismo y el ansia de entender, los lleva a preguntar aun cosas que nos parecen triviales por sabidas.

Un día yendo cerca de la Casa de Moneda en Santiago, encontréme con un roto que conducía del cabestro un mampato, poney o petizo, como llamamos nosotros.

—¿Vende, amigo?—Si, señor.—¿Cuánto?—Nueve pesos.

—Sígame, y si encuentro en aquella talabartería una silla de niño, es mío por el precio.

—Casualmente, dijo el talabartero, hace tres meses que un caballero me mandó hacer aquella, y como no ha vuelto, me creo con derecho a venderla.

Una hora después entraba el roto en el patio de Yungay seguido de un mampato, hermosamente enjaezado, aunque nada de hermoso tenía él con su cabeza grande, sus patas cortas, y su andar poco afanado, lo que era una cualidad apetecible para el caso. No había habido designio, ni pensado en tal cosa, sino que la casualidad de encontrar un mampato sugirió la idea de asociarlo a la educación del infante.

Al alboroto de tan inesperada aparición acudí, entre las maritornes de la casa, el que se sintió al ver la sillita, que era héroe de la fiesta; y teniéndole las riendas yo, y alzándolo de un brazo, sentóse él en aquel elevado trono, desde adonde, como Sancho desde Clavileño, debió ver el mundo pedestre cuan mezquino era.

Usamos con frecuencia el epíteto de *inefable* que no he cuidado de definir, al lado de placer, sin darnos cuenta de la sensación que tal título merece, como usamos la palabra *sublime*, sin darnos cuenta de lo que es ello, sino cuando nos enseñan que es sublime aquello que dijo Dios: hágase la luz... y la luz fué hecha! sin duda porque no es como soplar y hacer botellas.

Entonces vi él placer pintado en la cara de un parvulillo. Levantó ambos brazos al aire, con las manecillas vueltas hacia fuera para indicar a padre y madre que estaban a ambos lados que se alejasen, que no lo tocasen, para tener la dicha, la gloria de tenerse él solo en el caballo, a quien impulsó a andar mas bien con la voluntad; y siguiendo al caballo, y teniéndoselo de la rienda, dió la procesión vuelta al patio en cuadro, él en la misma postura de los brazos fijos, con la mirada hacia adelante, con la sonrisa de beatitud que los escultores griegos ponían a sus estatuas de divinidades, inefable, inmóvil, religiosa, revelando el arrobamiento del alma, mezcla de placer y de veneración.

¡Así serían las impresiones que experimentaba el improvisado caballero! De seguro que no le había pasado por la imaginación que montaría a caballo a esa edad. Quedaban suprimidos de su cuenta y eliminados muchos años. Era un salto, ser dueño del caballo con silla y todo; y como corolario, ir a Santiago cuando le plugiese!

El día se pasó en proyectos y expediciones imaginarias, en querer probar el caballo a cada rato, hasta quedar convenido y acordado que al día siguiente iríamos, padre e hijo, a la imprenta de Belin, paso a paso por supuesto, a fin de hacer posible tan audaz ensayo.

Fuimos a Santiago, que pudo ver de mayor altura que una vara del suelo, como lo veía antes de a pie. La aventura terminaba ahí para el padre, ocupándose acaso en corregir pruebas y haciendo esperar al apremiante caballerito, apurado esta vez por volver a Yungay, cosa que no le había sucedido nunca; su ideal habría sido estar yendo y viniendo todo el santo día.

Cuando hubo terminado el padre, requirió las cabalgaduras. ¡Ni noticias del compañero!... Habíase escabullido, engañando a uno que lo subiese al caballo para aguardar a su papá... ¡Dios mío, qué va a suceder!

... Al volver de la primera esquina ha de caer este chico de costado, como un marinero ebrio, ignorando que para tenerse derecho sobre el caballo, hacen nuestros músculos complicados movimientos reflejos, de que no se da cuenta nuestra voluntad, tan larga ha sido la práctica de la equitación. A medida que el caballo se mueve, tiran nuestros músculos un cordón por allí, aflojan otro por allá, mueven dos a un tiempo y Dios sabe si diez, y con este tira y afloja, marche el caballo de frente, se pare de golpe, galope, vuelva a la izquierda, mediante un apretón de las rodillas, o echar hacia adelante o hacia atrás el cuerpo, vamos como en una hamaca, creyendo que nada hacemos dejando ir a la bestia y nos conduzca al lugar donde queremos. ¿Qué va a suceder con un niño cuyas piernecitas no alcanzan a ceñir el caballo, que ignora todas estas cosas, y se persuade que es lo mismo y más fácil moverse a caballo, según lo está viendo, pues a pie tendría que subir de un plano a otro, o pasar sobre una piedra que desempareja el piso, mientras que a caballo, así, así, dejándose andar, se llega de un soplo a Yungay...

De un galope estuve en Yungay, haciendo o no haciendo estas reflexiones. Otra era la cuenta del desolado padre.

—¿Aún no ha llegado? La casa estaba en silencio. Al tropel del caballo, sale la madre desolada.

—¡Bárbaro!—¿Bárbaro qué?—Casi lo ha muerto el caballo! Supe entonces la tragedia. Habíalo volteado el caballo y atravesádole de parte a parte el labio inferior los dos dientes delanteros, que eran los únicos que descollaban.

Averiguado el caso, se supo por el paciente, que lo había alcanzado un guazo a caballo, en el callejón de Yungay, y viéndolo sin duda tan gallardo caballero, le había dicho:

—¡Vamos patroncito corramos una carrera!

—Corramos, contestó el chico.

¿Y por qué no? Solo sí que como ambos caballos eran chilenos, al arrancar del uno, arrancó el mampato, y el ginetillo que no conocía este género de equitación, salió por el anca, dando de cabeza con su humanidad en tierra. La sangre había sido restañada, y no se notaba miembro dislocado. Al día siguiente todo marchaba a un restablecimiento completo; a los ocho, apenas quedaba una cicatriz; a los quince, volvían a asomar en el horizonte de la imaginación del ya convalecido y olvidadizo enfermo, las orejas del buen petizo, que a su turno se aburría de su clausura.

Y al fin de todo, un hombre debe saber andar a caballo, en América sobre todo, y como no hay picadero se aprende a golpes, por aquello de que la letra con sangre entra. El mampato era de fiar, tranquilo y paciente; el incidente había sido extraordinario y el niño se tenía la culpa de haberse sustraído a la tutela paterna. Estaba castigado con la misma culpa y como el delincuente nada deseaba mas que volver a pecar, triunfó el partido de la acción y, acompañado primero, solo cuantas veces podía, acabó el hecho por hacerse familiar, como sucede con las erupciones del Etna que sepultan en lava una aldea y vuelve esta a los años a repetirse el mismo drama. Dióse tres o cuatro golpes mas, sabidos o confesados, que de los ignorados y ocultos él solo llevaría cuenta. Fué preciso del mal sacar partido y puesto que andaba a caballo ¿adonde iría mejor y mas regularmente que a la escuela?

Resolvióse mandarlo a la escuela de Villarino o a la de Moreno, tan acreditada la una como la otra, tan amigos ambos, pues eran los Domingos constantes comensales en Yugay.

Uno y otro fueron sucesivamente sus maestros, enseñándolo según las prácticas usuales, no siempre con aprovechamiento, porque cayendo en la rutina escolar y obrando solo la imaginación y la dilatación de las fuerzas orgánicas, se entregaba a sus desordenados impulsos, sin que hubiese al lado el correctivo de la palabra, de la voz de su padre que ponía en acción también la inteligencia.

Llegó alguna vez, siendo ya grandecito, a desaprender a leer, a desmejorar la forma inglesa de su letra, a medida que mas tiempo pasaba en la escuela.

Entonces el maestro casero se encargaba de remontar la máquina: y leyendo alternativamente ambos en voz alta la *Vida de Franklin*, que traducía D. Juan M. Gutiérrez, Robinson Crusoe, o un Buffón de los Niños que entraba bien en su género de instrucción y cuya lectura recomiendo a los padres, recuperaba en un mes la perdida felicidad de leer, ganando además nuevo acopio de ideas.

Como no ha de hablarse mas del librito en blanco en que se conservan las primeras lecciones de lectura escritas con carbón, de mano del maestro, recordaré que en las últimas páginas, de letra del discípulo, se encuentran dos apuntes en que figuran los nombres de Moreno y Villarino. Dicen:

Dos pares de candelabros
una custodia..... dos reales
unas vinajeras..... un real
un incensario.....un real
un incensario.....un real
una libra de velas.....4 reales

--

6

"Para la Iglesia"

Domingo Fidel...
(hay una rúbrica).

(La cuenta por lo visto, está errada).

Enrique Moreno
Edgardo Moreno
Domingo F. Sarmiento
Emilio Villarino
Rafael Garfias.
"alludarán la misa mayor".

Estos apuntes se refieren a más avanzada edad e instrucción. Mientras el padre acudía con Mitre, Aquino, Paunero, a tomar servicio a las órdenes del General Urquiza, para la campaña que terminó en Caseros, habíase dedicado al sacerdocio, arreglándose iglesia y reunido diáconos y presbíteros.

Enrique Moreno es hoy Ministro Plenipotenciario argentino cerca del Gobierno del Brasil, y Emilio Villarino, nacionalizado chileno, vino hace poco encargado de estudiar el estado de la educación primaria en la República Argentina.

Pero volvamos a los ejercicios de equitación que algo original tuvieron. Al mes de ir a la escuela, el caballo, sin duda, había tomado el peso a su caballero y arreglado su conducta.

—Mire, papá, si será picaro el mampato. No me hace caso; toma por donde él quiere, aunque le tire la rienda para el otro lado.

Dos o tres veces puso la demanda, y al fin el caso fué tomado en consideración.

—Llámame, cuando vayas a partir para la Escuela.

Al día siguiente, armado de un chicote inglés, aparecíase el juez en el zaguán, y tomándolo de las riendas, apostrofó al rocinante de esta manera:

—¡Ah, picaro! conque no le obedeces a tu amo?... un guascazo por las piernas. . . ¿Tomas las calles que te da la regalada gana? ... zas! zas! —Y cuidadito. eh!... zas!...

Con el último adagio de aquellos versos, monta a caballo el caballero, y toma el trote, camino de la escuela.

—Qué mampato tan diablo, decía el complacido jinete, me obedece al pensamiento. Va a donde lo endilgo, aunque sea a una acequia.

Un mes después, el vehículo se había desajustado y era preciso recorrerle los resortes, operación que se hacía con la mayor buena fe, puesto que el resultado era infalible. Al dueño podía sin inconveniente aplicársele el

mismo tratamiento. Mas tarde sobrevino la duda de si era al caballero y no al caballo a quien debían apretársele las clavijas. Un caballo adquiere el hábito de ir a un lugar, si allí lo llevan todos los días; y como la escuela era de descanso para él, es contra las reglas que no quisiese continuar por la calle habitual.

Un viejo Rosas de San Juan tenía la costumbre de ir á su viña en su viejo caballo todas las mañanas y pasar un puente de pilos atravesado sobre una acequia. A fin de repararlo, habían renovado los palos, dejando uno solo, para la gente de a pie. Llegado allí, el caballo extrañó la innovación; pero urgido por el viejo cegatón, inclinó la cabeza para reconocerlo, puso una mano celante de otra y llegó sin novedad al otro costado. Meses después, venía acompañado de un amigo, y vio que el caballo del viejo Rosas pasaba como un marinero el puente de un palo, y solo entonces supo el viejo la hazaña de equitador insigne que, sin saberlo, hacía todos los días.

¿No sería, pues, mas prudente creer, que el honrado mampato quería seguir su camino a la escuela, sin andarse con gambetas, y el amo quería forzarlo a hacer *l'école buissonnière*, desviándose para recorrer el mundo ignoto de calles y callejuelas, con interminables vías de comunicación para las afueras, en medio de arboledas umbrías, casas de campo deliciosas y escenas rurales de toda variedad, amen de alguna carrera concertada con otros pilluelos de a caballo, con quienes iría trabando relación, a medida que se ensanchaba el mundo que tenia, cual libro cerrado, por delante?

Algo de este género dejó sospechar la ocurrencia siguiente:

—Papá, no hay con que darle a este mampato. Mire en lo que ha dado ahora para mortificarme. Cuando vienen carretas adelante, se empaca y no quiere avanzar; y si del lado oye el chirrido, empieza a describir una curva; mientras si hay una acequia honda por delante y no lo contengo, se entra sin miedo adentro.

La acusación se repitió varias veces sin variar en lo sustancial, lo que empezó a darme que pensar.

—No te vayas a la escuela mañana, sin avisarme... y en haciéndolo, tomé el caballo, le examiné el ojo y tenía una nube blanca sobre la pupila. Digo el ojo, porque el pobre animal era tuerto. El roto al vendérmelo, lo hacía virar para que no lo viese sino de un lado, como la luna que siempre nos está mirando con la misma cara.

El misterio, pues, estaba aclarado. Había andado durante un mes en la ciudad, entre carros y carretas, en la campaña galopando, y Dios sabe si corriendo carreras, en un caballo ciego! De ahí que les huía éste el cuerpo a las carretas y se entraba a las acequias que no veía. Habríale dado guascazos por la cara, y dañádole el ojo único. Felizmente la lesión estaba fresca y pulverizaciones de carbón le devolvieron luego la vista.

CAPITULO III

VIAJE A MENDOZA

Con tan sabia escuela de equitación, pudo hacer en 1854, a los nueve años de edad, una expedición a Mendoza a través de la Cordillera de los Andes, no en el "casimiro" mampato, sino en *Cornetín* de M. Belin, que era tres pulgadas mas alto, de pies ligeros y caminar alegre y vivaracho. Pobre Cornetin! pasó y repasó la Cordillera dos veces, de ida y de vuelta en cada una de ellas, al paso regular cuando ocupaba su puesto en la primera avanzada de vanguardia, a la descubierta de novedades: una cadena rota de montañas, los ríos que se precipitan haciendo rápidos y cascadas, una casilla que se divisa, un peñón rajado, etc., etc., y otra andada hacia atrás al galope por faldeos y sendas estrechas a contar a la mamá, que venía a retaguardia, los portentos, que a cada rato lo sorprendían, volviendo luego al galope a recuperar su puesto de observación al frente de la marcha por hileras de las mulas.

Entre Uspallata y Mendoza, media el descenso de la montaña de Villavicencio, tan largo, tan árido, tan monótono y sin agua, que los viajeros emprenden la travesía de noche por respeto a las monturas que se fatigarían antes de llegar a la planicie que se divisa desde aquella altura, como un mundo que no tiene otros límites que las brumas, que no son por eso el horizonte, pues al revés, desde el Alto Grande de San Luis (60 lenguas), se divisa el mundo nevado que se extiende tras las montañas de Villavicencio, como desde el cerrito de Santa Lucía en Santiago la vista penetra en el interior de las casas por sobre los altos edificios.

El ferro-carril andino suprimirá en horas esta larga travesía, ahorrando la terrible travesía que pudiera apellidarse la *noche triste* del rico escenario de los Andes. Yo he podido descenderlo (el segundo) en coche; y este año habrá ruta carrozable a Chile, pues los pastos que abundan hoy en Uspallata, la Quebrada y el Puente del Inca de este lado, y los Ojos de Agua del lado de Chile, harán que los carruajes vuelen, "no diré que corran", salvando en posta de caballos la Cordillera central, pues las habitaciones de uno y otro lado están a su base. Un joven italiano se ha puesto en 25 días desde Genova, hasta el Hotel Inglés en la plaza de Santiago, lo que es una rapidez mirada como fabulosa, merced a vapores y trenes acelerados.

Como recuerdo de viaje, contaré que pasando, con sol todavía, el laberinto de cuchillas cruzadas de Villavicencio, ocurrió que en aquella incursión a Mendoza, que tenía por objeto explorar la opinión pública, para aceptar o no como definitivo el gobierno de la Confederación sin Buenos Aires, el publicista Sarmiento, que ya se había pronunciado por Buenos Aires, como representante de la tradición liberal, sin aceptar su gobierno, no aceptando ser nombrado miembro de la Legislatura, se encontró allí con un individuo de aspecto nobiliario, sentado sobre la punta de una roca. Saludáronse como es práctica de viandantes. A poco andar empero, encontróse con su comitiva, y a pretexto de prender un cigarro, se acercó y supo con emoción profunda que era el banquero Buschental, empresario se decía, del futuro ferro-carril de los Andes.

Era algo parecido al encuentro de Mario con algún legionario romano; pero aquí es Mario el vencido por Sila el que pasa a caballo, y era el legionario

quien podía decirle: vé a decirles a tus cofrades en Buenos Aires, que habéis encontrado a un banquero midiendo con la vista las montañas abruptas que escalarán los ferrocarriles y no las legiones de nuestro César!

¿Creía Buschental en el éxito de la empresa? Ahora treinta años, todavía la ciencia no se mostraba tan atrevida como hoy en los asaltos dados a la materia, llámese istmos, los Andes y San Gotardo; pero el laberinto de Villavicencia sería para desencantar al más osado ingeniero. Es a pique casi, que sube el camino una legua, haciendo curvas de veinte metros cada cincuenta.

Mas el anuncio de la empresa que acometería el Gobierno de la Confederación, fué inspirado por una alta idea política, que aun siendo quimérica entonces, no lo es hoy, pues está en vísperas de ejecutarse, y era levantar el espíritu de los pueblos, sacandólos de la *orniére* de persecuciones en nombre de ideas abstractas, federación, unidad, etc.

Era el *ferrocarril de los Andes, el viejo CANAL de los Andes*, puesto en armonía con los progresos del siglo y atravesando la América, del Plata a Valparaíso, antes que por Panamá en ferrocarril, y mucho antes que se proyectase ninguno de los seis ferrocarriles que atraviesan hoy la América del Norte por el Canadá y ambas Californias.

Vése ahí el consejo y la inspiración de Don Salvador María del Carril, ministro de Hacienda de Rivadavia y del Interior del General Urquiza. ¡Queda la cadena de hierro con que Chile y la Argentina ataron a sus destinos los antes rebeldes Andes, a la gloria de Rivadavia y Carril, como lo será de quien ponga cabo y buen fin a la grande obra; y como vínculo eterno de la República, el recuerdo de que tan grande idea no se llevó a término sin ayuda de vecino, como debía ser, pues Urquiza, Mitre, Sarmiento, Avellaneda y Roca, han puesto sucesivamente el hombro a la colosal obra nacional, americana y universal, como toda grande idea!

Vuelvo al cuento del viaje primero del famoso hidalguito a caballo. Las interminables cuestas de Villavicencio a que no se vé fin, desmontan la paciencia y magullan el cuerpo de los nombres: ¡qué decir de un niño de nueve años escasos! La noche sobrevino, la oscuridad nos encubría la distancia, que se siente al traqueo lento de mulas y caballos, y el niño empieza a repetir con voz plañidera: paremos! que paren! que me muero de sueño!

Y todos los estímulos son impotentes contra las adormideras que embalsaman el frío aire del desierto lóbrego. Y no había que chancearse: iba el pobre viandante de estribo a estribo, ebrio de sueño, y amenazaba por minutos irse de cabeza, a riesgo de intentar vanamente departir una piedra con ella, como solía decirle cuando se daba un golpe, echándole en cara en términos duros, el daño que haría quebrando las baldosas del patio, lo que hacía que sorprendiéndolo de improviso la paradoja, suprimía el llanto que sigue necesariamente a cada caída; cuando comprendía la charada, veníanle ganas de reír de la ocurrencia, y concluía la fiesta en paz.

Pero entre aquellas breñas, no era de andarse con bromas y era necesario arbitrar un medio de ahorrar al héroe de esta novela, la vergüenza de haberlo llevado en faldas, porque en ancas era infructuoso, o haberse roto la crisma contra innobles pedruzcos, cuando le aguardaba la gloriosa metralla de los combates para poner término al cuento heroico.

Llamado a un asistente, se le dieron instrucciones de combate, y avanzó éste algunos pasos y volvió apresurado y con ruido a decir con voz alterada:

—Señor! Señor! Me parece que hay *malevos* (malévolos) adelante. Se ven bultos... Fué preciso detener la marcha para dar órdenes; Dominguito recibió la de parar.

—Amartille usted un revólver; pregunte quien vive, y al tercero sino contesta, haga Vd. fuego, y yo respondo!

Oh! qué escena! El hombre avanza osadamente, seguámoslo nosotros los varones con cautela, ordenando a las mujeres se estén a retaguardia, por temor de las balas que pueden cruzarse. —No las tenía yo, sin embargo, todas conmigo con el Gobierno urquicista de Mendoza, como que me llevaron al llegar, de la mula a la jaula.

Dominguito con el cuello tendido sobre el de su caballo, trataba de discernir los bultos en la oscuridad y lo consiguió diciéndome quedito, para no espantar la caza, y comprometer la situación:

—Ya los veo, papá.

—¿Dónde?

—Allí, señalando un jarillal, son dos. . .

De repente, pin! pan!... tiros a vanguardia. Avanzamos, se oye la carrera del peón que los persigue, vuelve al fin y nos dá parte de la batalla ganada.

-Han huido cobardemente, pero con todo esto no hay que descuidarse, que no sabe uno en qué país y entre qué gentes está.

El vencedor era un sargento cumplido, de Granaderos a caballo que tenía a mi servicio a guisa de asistente; cargaba una famosa carabina de Kolton de seis tiros, y era hombre de pasar un parte de una batalla imaginaria, como son tantas de las nuestras.

Llegados a Mendoza por la mañana, debieron caer el uno en la cama, el otro a un calabozo que la ciencia política le tenía preparado para su alojamiento.

Pertenece los detalles de esta jornada, al *Life in the Argentine Republic*, que Mrs. Horace Mann puso al frente de un libro, en lugar de *Civilización y Barbarie* que traía originalmente, acaso porque no siempre puede por los hechos, saberse de que lado está la barbarie, cuando se agitan las pasiones políticas en estos pueblos infantiles.

Cuadraría mejor narrarlos en la vida de un niño que presencia tales actos, que oye comentarlos, y le interesan por la vida de los suyos y las emociones que afectan a su madre y los terrores que inspiran a los otros. Sobre todo, esta es la educación objetiva que ha recibido, éste es el mundo en que se creó y las lecciones y los escándalos que formaron y nutrieron su espíritu.

Almorzábamos en casa del escribano Mayorga, que nos estaba preparada, cuando se presentó doña Paula Rosas, esposa del oficial mayor de Gobierno, preguntando despavorida:

—¿Con esa calma se está Vd., mientras ya vienen a prenderlo, con orden de tomarlo vivo o muerto?

Como no era para imaginarse en país que acababa de darse y de jurar una Constitución, la posibilidad siquiera de tales extremos, sirvió de pie forzado la noticia, para continuar de sobremesa, no obstante que aseguraba la señora saberlo de doña Juana Porven, a quien se lo mandaba decir el Edecán de Gobierno, encargado de la prisión, quien le había prevenido por hallarse enferma, que no se alarmase si oía tiros.

Insistía doña Paula por que me trasladase inmediatamente a su casa y seguía dándosele bromas por su credulidad, cuando señalando a una ventana, añadió con voz lamentable y rostro compadecido:

—Ahí los tiene Vd. —ríase ahora.

Pasaban, en efecto, soldados con los fusiles bajos y a poco cerraron el claro de la puerta con una reja de bayonetas cruzadas. Avanzóse un Capitán, y con voz conmovida, esforzándose en hacerla terrorífica, apostrofó al huésped, diciéndole:

—Está Vd. preso.

—En buena hora. ¿Trae Vd. orden por escrito?

—No necesito; soy el Edecán de Gobierno.

—Es para precaver contra esas órdenes que se puso el resguardo de que la orden debe venir de un Juez.

—Yo sé, señor, mi deber.

—Muy bien; permítame ponerme una levita.

Estaba en *robe de chambre*, y como me dirigiese al dormitorio, me siguió espada en mano y me hizo seguir con soldados, siempre con las bayonetas bajas. Otros dos se dirigieron hacia un piano, sobre el cual yacían dos revolvers. Pregúntele!

—¿Cree Vd., señor, que he venido a Mendoza con mi familia, a saltar paredes a mi edad?

—Yo cumplo con mi deber, y no tengo que responder a preguntas de nadie.

Llevaronme por esas calles de Dios, debo decir que dejando atrás los soldados; metieronme en un cuartel, señalaronme un calabozo y pusieronme un centinela de vista. Antes que empezase la incomunicación de regla, pedí que me trajesen mi catre de campaña, y en llegando, tumbeme en él, y me escapé de este pobre mundo por la puerta del sueño, sin entrar en otro, porque en la puerta me caí dormido boca arriba, como si me hubiera tomado el opio de la botica.

Era el caso que no había dormido cuarenta y ocho horas, y no hay conciencia por culpable que sea, que resista a la tentación; habiéndome ya sucedido, siendo Capitán de línea y cubriendo la retirada de los sanjuaninos, para Coquimbo, después de la derrota de Rodeo del Medio en Mendoza, caerme de cabeza del caballo, no obstante saber que el enemigo no daba cuartel, y dormir como un bronce, hasta que el asistente me PUSO de pie, *velis nolis*, mostrándome al enemigo cerca.

A la oración, hiciéronme en el calabozo igual operación; dos soldados me forzaron a sentarme, restregándome yo los ojos, persuadido de que estaba en las casas de Uspallata y el arriero me despertaba para emprender la última jornada. Hízome volver a la realidad la voz del General Rosas, de Mendoza, que me notificaba cortesmente la causa de mi prisión. Se me acusaba de conspiración.

—¿No es mas que eso? contesté. No embrome con zonzera...

Y, pedí permiso para echar otro sueñito, como aquel coya que habiendo dormido hasta la tarde, se puso de pie, desperezóse, tendió de nuevo el poncho, y exclamando.—*Auá lo verás, cuerpo vil, echar el hiél, durmiendo... se durmió a más y mejor.*

La pesada modorra esta, decidió sin embargo, de la sentencia de la causa, pues que viendo todos lo animal de semejante sueño, que no puede

imitarse, porque no se pueden hinchar los ojos a voluntad, abotagarse el rostro, etc., y demás síntomas del sueño letárgico, fué preciso convenir que tal hombre era inocente hasta de pecados veniales a no ser un Napoleón durmiendo sentado, a la víspera de Austerlitz, en lo que pudo haber algo de consumada táctica, para obrar sobre el ánimo del soldado, tan segura tendría la victoria; y el General Paz, sin cabecear delante del fogón del Campamento, ganaba las batallas; porque los soldados y el enemigo creían que no las podía perder.

Acusábame de propósitos subversivos un chasque llegado de Valparaíso, según lo supe después; y lo confirmaban los peones y allegados que venían conmigo, un cierto número de armas de fuego y balas que traía, y esta idea tan natural; ¿a qué ha de venir, sino a conspirar contra el *orden establecido*?

Yo no había tomado cartas en la revolución de septiembre y habiendo quedado la República dividida en dos, creo que fui el único argentino que no aceptó de plano, hecho tan deplorable. Natural habría sido, por la abstinencia primera, suponer que vendría para emprender su curación, antes de que cicatrizase, volviendo a Buenos Aires a trabajar por la unión, según consta de mi carta *A los Electores*, negándome a aceptar un asiento en la Legislatura del Estado de Buenos Aires.

Pero, como nadie lo intentaba, —véase sino el rechazo de la misión Paz, llamada "la traición en berlina", —nadie tampoco admitía que hubiese quién lo solicitase.

La acusación me ponía en confabulación con tres individuos, a quienes no conocía, alguno ni de nombre; y en el último alegato, el Ministro de Gobierno vino a sentarse, declarándome cómplice, al lado del reo principal, y el oficial mayor del mismo ministerio, D. Damián Hudson, fué el defensor. D. Franklin Villanueva era el acusador de derecho.

El reo expuso en su defensa, que todo el cargo estaba montado en un mito popular, cuyo origen no conocía, por no ser mendocino y no haber hablado en las 24 horas en que estuvo libre, sino con aquellos empleados públicos y con el escribano de la causa, que le había ofrecido su casa.

Figuraba en la causa un número 300. Trescientos caballos le venían de San Juan, trescientos hombres lo esperaban y no sé qué otros trescientos, ni de qué, entraban en el enjuague.

Lo de las armas, tenía algo de grave. Constaban de un rifle Kolton, valor de cien fuertes; una carabina Minnié, dos fusiles de cargar por la culata, recién llegados, dos revólveres de uso: todo ello introducido por la Aduana. Iban además, dos mozos de servicio, (que eran veteranos), sus familias, un impresor y un francés de paso para Europa. Era regular que se vaciasen balas en moldes para armas de tan diversos calibres, y esta era la acusación deducida de la declaración del negro que las fundió, diciendo que era un montón... así! —¿Y qué menos, si solo se daban de dotación veinte a cada uno?

El no ser armas del Estado, y por el contrario todas de lujo y ser militar el poseedor, echaba por tierra el cargo.

Pero en la hora de la sentencia apareció el enemigo malo del reo, que como se sabe fué siempre su conato de cometer un crimen, sin que su mala estrella se lo permitiese nunca.

El centinela que lo mantenía incomunicado en los altos del Cabildo, dos días después de haberlo acusado otro centinela de hablarlo el reo, por

preguntarle en vista de sus andrajos y su porte marcial: ¿de qué cuerpo de San Martín fué Vd.? Esta vez era el centinela que le hablaba quedito, diciéndole:

—Soy sirviente de don Indalecio N., y anoche decía allí el Juez Palma: si Sarmiento no anda vivo, mañana va a perder su causa; se lo aviso para su gobierno.

Vuelta a pedir el reo el tribunal.

—Lea Vd. este escrito, y diga si su contenido es suyo.

A una ojeada lo reconocí al muy indino, era mío; pero de otra letra, autorizado: es copia, *Benavides*.

—No conozco, señor, este escribano en San Juan, y los conozco a todos.

—No; es el General Benavides; léalo Vd., sin embargo.

—Es excusado, señor; no es mi letra y no es escribano el que copia, y tales papeles un Tribunal de Justicia no puede aceptarlos. Póngalo así, señor escribano. El semblante risueño de éste, acreditaba que había dado en la tecla. Se me mandó retirar, y fui absuelto, sin restricción alguna, aunque el Fiscal lo pedía.

Cuando pude hablar expliqué lo ocurrido. Desde Chile había escrito a Benavides, induciéndolo a separarse de Urquiza y reparar su ausencia en Caseros, sirviendo de intermediario para la reunión de la República. Pero, ¿para qué invocar el derecho de petición que autoriza estos actos, cuando son dirigidos al mismo gobierno, sin escándalo?

Puesto en libertad y ufano de mi triunfo, recibía y pagaba visitas, recorriendo los alrededores de la ciudad, testigos de mis hazañas de diez y ocho años, *chivateando* a los enemigos en las guerrillas que mandaba don Joaquín Villanueva, con quien hice migas, y me valieron del General Moyano, mi segundo Jefe, un arresto y prohibición de apartarme del cuartel general.

El Ministro Villanueva y el Gobernador Segura dieron a los tres o cuatro días, en hacerme decir, en vía de prudente consejo, que sería bueno tratase de regresar a Chile, para evitar habladurías; y como yo echase plantas de no oír consejos que tendieran a coartar mi libertad de entrar y salir, según el texto expreso de la Constitución, creyeron deber insistir, alegando que no siempre podrían responder de mi seguridad. Yo insistía en mis jactanciosos y altaneros propósitos, en público, lo que no impedía que en privado hiciese alistar carga y arrieros y tenerlo todo listo a la primera orden.

Había un secretico que nos guardábamos recíprocamente, y era que al llegar a Mendoza y bajo la impresión primera de que iba a convulsionar la provincia, y de allí la República, habían avisado al Paraná mi llegada y malos propósitos. El Gobernador temía ahora las consecuencias, esperando por horas órdenes del Gobierno Federal. Yo por mi parte estaba de ello segurísimo, y no las tenía todas conmigo; pero calculando el tiempo necesario para que llegase un chasque al Paraná, pasase el río, proveyesen lo conveniente y regresase, no podía llegar antes de veinte y dos días la temida orden.

Echando balacas, pues, de hombre que nada teme en una nación constituida, me dejé andar hasta los diez y ocho días y poniendo los pies en polvorosa llegué sano y salvo a Uspallata, el día mismo que entraba con una partida de doce hombres del Paraná, un Ayudante, casado en San Juan con doña Mercedes Herrera Carril, con orden de conducir preso al Paraná al conspirador que había huido de hallarse en Buenos Aires para la del 11 de septiembre. No se guardó el secreto al llegar el oficial, que me creía preso y

custodiado, y cuando supo que el pájaro era ya el cóndor que se cierne tranquilo sobre las altas montañas, contemplando las escenas de los valles, sintió la vergüenza de su situación.

Este viaje a caballo cierra la infancia de Dominguito, y trasladándose su padre a Buenos Aires, puso término a la influencia que ejercía sobre su espíritu.

Pero como en este capítulo, donde he consignado recuerdos que creo no haber narrado antes, solo se trata del curso de equitación que recibió el educando que se preparaba en Chile para la vida argentina, *Life in the Argentine*, bueno sería que a su llegada, e incorporado ya en la andante caballería de su propio país, diese muestra de su saber y práctica como simple escudero que aspira a calzar las espuelas del jinete.

Ocasión tuvo en Buenos Aires, años después, de dar exámenes de equitación, según la escuela chilena, que es en América la más avanzada, en eso de revolver el caballo en un solo lugar, rayarlo en plena carrera, de manera que surque el suelo con el mazlo de la cola, luce pechando con otro caballo, o atropelle caballo y caballero, con solo abrir las piernas, a punto de hacerlos rodar por el suelo, si los toma desapercibidos.

El día, por siempre famoso de los fastos argentinos, de la inauguración del ferrocarril del Oeste hasta la Floresta, lo más selecto de la sociedad iba en los trenes gozándose en la dicha de sentirlos estremecerse bajo sus plantas, arrastrados por la misteriosa locomotora. Un niño a caballo corría a todo galopándole al costado, empeñado en conservar el mismo aire, y atravesando, volando más que corriendo, sobre la parte baja de los terraplenes. Todos seguían con el ¡Jesús! en la boca, al atolondrado que iba tragando muertes, hasta que D. Ernesto Cobo gritó: ¡es Dominguito Sarmiento! con lo que muchos dieron vuelta, para no ver horrorizados el fin... No hubo nada!

Vueltos de Mendoza al hogar paterno de Yungay, y cuando ya hubo alcanzado cierto grado de desarrollo, intentóse, siguiendo los preceptos morales de Franklin, inculcarle ideas de economía, y si fuera posible de lucro, como denuncian los viajeros ingleses encontrar en ejercicio activo en los niños norteamericanos, que crían gallinas de su cuenta para vender huevos y hacerse de capital, o bien vender libros, diarios, manzanas y flores de maíz tostado en los ferrocarriles, importunando todavía a los pasajeros, cuando ya los trenes van en movimiento acelerado, contando con la destreza adquirida de caer parados.

Franklin, que hizo su fortuna y ofreció gratis la receta infalible de hacerla, con guardarse la cuarta parte de todo dinero que por alguna vía entrase a su bolsa estrecha de muchacho necesitado, si bien fué feliz en este artificio que lo llevó al futuro engrandecimiento, se lamentó siempre de su incapacidad de poner orden en sus cosas e inversión del tiempo, que es otra de las virtudes cardinales que añadió a la moral antigua.

El que esto escribe padece de la misma enfermedad, incurable ya, a punto de calcular que habrá desperdiciado dos o tres años de vida en poner orden en las páginas que escribe sin numerar las hojas de papel; y como el pensamiento va más ligero que la pluma, al pasar de una hoja a otra, se queda en el aire, o en el tintero una sílaba o una palabra, y vaya Vd. a coordinar la hilación y el sentido!

Intentóse, pues, suscitar en el neófito el amor a la economía, al ahorro, queriendo con ello inculcarle las ideas morales de Franklin, cuya vida se le

hacia leer para su ejemplo; pero era fidalgo español y americano hasta la médula de los huesos y habría pedido a los cangrejos, padre y madre, que le mostrasen el camino.

Una ocurrencia, un poco cómica, dió ocasión de ensayar en grande la hermosa práctica, sin obtener sino una bancarrota.

Circulaban en Santiago y Valparaiso rumores de fiebre amarilla, temiéndose se comunicara la que decían había aparecido en Lima, y hablábase entre la gente beata de una devota oración a Santa Brígida, la cual, puesta en el estómago con acompañamiento de Padres Nuestros y Ave Marías, preservaba del contagio.

Por medio de tías paternas, muy dadas a las prácticas religiosas, se obtuvo una copia del preciso talismán, y por burla de tamaña superstición, vino la idea de imprimirla y vulgarizarla. Los derroteros de minas que dejaron ocultos los antiguos, y se conservan por raros ejemplares en testamentarias, preconizados por la tradición, pierden todo su prestigio para el vulgo desde que se les vé impresos.

Resolvióse imprimir la devotísima oración de Santa Brígida y propúsosele el negocio a Dominguito, indicándole sus ventajas, la plata (en cobres) que daría, y el *modus operandi*, y poco se necesitó para encender la hoguera del entusiasmo, y dar cuerda a aquella maquinilla de acción. Presentóse al día siguiente en la imprenta Belin y Ca., y desmontándose garbosamente del caballo (escurriéndose) pidió con aires de persona, le llamasen a M. Belin.

—Vengo, M. Belin, a hacer una impresión, si no me pide muy caro.

Ya vió el viento que soplaba, y tomando el asunto a lo serio y ofreciéndole asiento en el escritorio, prometióle no pedirle sinó lo justo, como era costumbre de la casa.

—¡Oh! pero a mí debe hacerme una rebaja por ser de la casa también.
(Comían juntos)

—Bien, veamos de qué se trata.

Belin tomaba patas arriba y después patas abajo, la hoja de papel, torciendo el labio, como quien resuelve un intrincado problema, y al fin preguntó, ¿cuántos ejemplares?

—Quinientos.

—¡Ah! quinientos cuestan mas caro que si fueran ciento, ¿no le parece, no es así?

—Por supuesto; pero yo necesito quinientos.

—¡Vamos! le costarán a Vd. diez pesos. Son tirados a ese precio.

Estaba el marchante prevenido, para no dejarse explotar por credulidad, y conocía el arte mercantil del roto chileno, que pide diez por lo que dan por dos, respondiendo a las primeras de camino al que le ofrece la mitad siquiera: —"ni robados que fueran... mas bien no me iga naa!" —siguiéndose una mímica de irse enfadado, volver al rato y proponer una pequeña rebaja, volverse a ir, y volver a volver, hasta que no cediendo la montaña, cede él, y vende con pérdida enorme, por hallarse con su mujer enferma.

El marchante de ocasión de Santa Brígida recorrió todo el diapasón del roto, regateó, hasta que el impresor sin conciencia, y mordiéndose de risa, bajó, y bajó, hasta cinco pesos, que era sin embargo el doble del precio legitimo.

Obtuvo la impresión; llevaron unos pocos ejemplares a la tía devota, la cual, mediante la agencia de un motilón de San Francisco de la Cañada, (buscando mercado para la droga por espirarse entre gente baja mayor consumo), avisó luego el buen éxito de la empresa, entregando religiosamente el valor de lo vendido.

El feliz mercader anunciaba desde la puerta de calle, aun antes de descender de las alturas del Rocinante, y mostrando en alto, con la mano tendida, la abundante cosecha de cobres obtenida.

Arreciaba la brisa próspera, de día en día; la lluvia de verano de gotas gordas de cobres, se convertía en aguacero, hasta que soplando tres cuartos, la nave marchó viento en popa, y un día, no en la mano, ni en ambas, sino sobre un talego, reposando sobre la delantera de la silla, anunció un *tutti* de cobres que habría servido de base a una otra especulación, cosa que empezó a tiamarse, viendo lo que pudiera emprender con aquella suma, y no como la hormiguita que se halló un maravedí, y sacaba sus cuentas para gozarlo sin disminuir su caudal, diciendo, ¡si compro pan, se me ha de acabar! compraré solimán...

Sumaban los cobres veinte pesos libres de comisión, a cinco centavos ejemplar de la dichosa oración de Santa Brígida, que por le visto, no aguardaba a que se la pusieran en el estómago para hacer el milagro; pero el empeño de proveer a las necesidades mas apremiantes de la casa, una pandorga, un trompo, darle algo a un compañero de juegos, el hijo de tío Juan el jardinero, y cada día una nueva urgencia, siendo la madre por imprevisión el cajero, y alegando el eterno postulante sus derechos inalienables de propiedad, el resultado fué que aquel enorme montón de cobres fué desmoronándose y disminuyendo, olvido si pagada la impresión, hasta que el negocio corrió burro y el comerciante se declaró fallido, abandonando toda esperanza de rehabilitación.

Continuó, no obstante el mal éxito del negocio, su vida de antes, frecuentando la Escuela, oyendo hablar de política argentina o chilena, según de donde venía el viento, hasta que madurando en la Confederación las semillas que se arrojaban de Yungay y otros puntos, en los surcos que continuaban abriendo las granadas y balas rasas, que a guisa de máquina de arar partían desde la playa en malhora para Rosas, sitiador de Montevideo, los que antes habían llevado espada al cinto, y ahora blandían plumas aceradas en aquella prensa fulminante, diéronse por llamados a desenvainar sus tizonas en el último acto de la tragedia pues tragedia fue la que representó el despotismo de los bárbaros, y trágico fué su fin y su aniquilamiento.

Los Coroneles Paunero y Aquino, y los Sargentos Mayores Mitre y Sarmiento tomaron la "Médicis" para trasladarse al teatro de la presumida guerra, y con la familia como acompañantes, despidiéronse padre e hijo, tutor y pupilo, maestro y discípulo, en la bahía de Valparaíso, prometiéndose volver a verse en Buenos Aires después de la segunda victoria y continuar allí la educación del futuro ciudadano argentino.

¡Ah! cuan caras habían de pagarse tan buenas y aprovechadas lecciones!

CAPITULO IV

BUENOS AIRES

EL SEMINARIO - EL COLEGIO INGLES - LA ATMOSFERA TORRIDA - LA GUERRA - - LA POLÍTICA.

Con estos rudimentos la familia se traslada a Buenos Aires, en 1858, y entonces empieza aquella adolescencia infantil que va a formar un tipo singular, el patriota anticipado, el político imberbe, como debían ser los hijos de los patricios romanos que asistían, para su instrucción en el arte de gobernar, a las sesiones del Senado, como los de los Pares del Reino Unido, de donde salieron los Pitt, los Peel, lores del Parlamento a los ventin años, asombrando al mundo por la capacidad y el tino.

El Taciturno que, puede decirse, abre la historia de las libertades modernas, con la resistencia a las tiranías de la Edad media, religiosas y políticas, que quería continuar y propagar Felipe II en las Provincias Unidas, era un paje de Carlos V, afecto a la embajada de D. Juan de Austria a Francia, que oyó a los grandes hablar de las matanzas que preparaban piadosamente sus Majestades Católicas y Cristianísimas y realizaron en la San Barthelemy, guardándose el secreto el niño de doce años, que ha jurado oponerse a la introducción de la Inquisición en los Países Bajos, que era la contraparte o el *pendant* de aquella atrocidad.

Notan los antropólogos que los cráneos de la población de París en término medio, tiene más capacidad para contener cerebro que los mismos del resto de la Francia, como así mismo los cráneos actuales de París son más capaces que los mismos del siglo XI, por haberse encontrado un depósito auténtico de aquella época.

Atribúyese esta diferencia al mayor desenvolvimiento que va tomando el cerebro en la población de una capital en que residen los poderes públicos, se agitan las ideas, se cultivan las letras y se efectúan las revoluciones. Los puritanos que tanto profundizaron en los misterios de las profecías y de la literatura bíblica, han legado a los norteamericanos con las ideas de libertad, un cráneo abovedado, signo del mayor desenvolvimiento de la veneración.

Pudiera decirse otro tanto de los pueblos que han vivido en medio de ardientes y prolongadas luchas políticas, en que no fueron dinásticos, ni pretendientes los que se disputaban el poder, si estas épocas no hubiesen sido precedidas por el mutismo que imponen los gobiernos despóticos. Témesese que el cerebro español haya experimentado contracciones en estos tres últimos siglos de dominación terrífica de la Inquisición que le estorba desenvolverse. Hay quien cree que la población nacida bajo el terror de Rosas ha traído por herencia la predisposición a la recaída, como temblaba el hijo de la Reina de Escocia a la vista de un puñal, como si fuera repetición de nervios de su madre en cinta, cuando mataron casi en sus brazos a un italiano.

En los primeros días de Febrero, después de ocupado Buenos Aires por el vencedor de Caseros, el hábito del terror hacía nacer mil fantasmas en el ánimo del pueblo, y empezó a correrse con el asentimiento general, que Rosas había depositado bajo el edificio de Gobierno, diez mil libras de pólvora para hacer volar Gobierno y ciudad. Desimpresionólo al General Urquiza el Edecán

Sarmiento, indicándole el origen: —adaptación del Kremlin de Rusia contra Napoleón, por el terror.

Hizo en Palermo ensayo de su teoría. Como se corriesen rumores siniestros de saqueos, de incendios, a la llegada de alguno de Buenos Aires, le interrogaban aun con las miradas los oficiales y oficinistas del Estado Mayor, para presentir alarmantes noticias. Llegó el Comandante Sarmiento, y como persona que estaba en los altos secretos de la política, debía saber la verdad. Rodeáronlo desde que se desmontó: —y bien ¿qué hay? le dijeron varios, porque creyeron notar señales de preocupación en su semblante. Introdújose en el salón sin responder nada, y antes de hablar preguntó: —¿estamos seguros? ¿se puede hablar aquí? —echando de soslayo una mirada a una puerta de comunicación. El coronel Chenaut que tenía la chistosa travesura de su familia, salió en el acto en puntas de pie y a largos trancos dirigiéndose a una puerta, sacando la cabeza hacia afuera, en aire de explorar los alrededores, y convencido de la soledad reinante, ciérrala con ceremoniosa cautela, repitiendo la misma maniobra con las mismas formalidades, viniendo a engrosar el círculo después de haber hecho el signo militar del edecan que ha cumplido una orden.

Una dolorosa expectativa reinaba en los semblantes. Estaba allí un joven Domínguez de crespas y abultada cabellera, y de pálido semblante a efecto de la emoción; y dirigiéndole a él la mirada para mas impresionarlo, dije con voz solemne: "atravesamos señores, momentos difíciles, y es preciso apelar a los sentimientos de honor del militar para no comprometerse..."

—Señor Sarmiento, exclama Domínguez con los cabellos parados en la frente, dominado por el pavor: yo no quiero saber nada! no me comprometa Vd.!...

—El terror latente, exclamó el orador señalándolo con el dedo. Cree que esta oyéndolo la mazorca! Señores... guarden Vds. reserva, no hay nada en Buenos Aires.

Habíase logrado con la circunspección afectada, y la mímica cautelosa del coronel Chenaut recalentar el sentimiento del terror que no acababa de adormecerse.

Otra observación de los sociólogos es la inversa influencia que ejercen las poblaciones bárbaras sobre las civilizadas.

Tal es el furor de destruir monumentos de la historia, bellezas artísticas, libros y archivos, por el solo placer de destruir. La mayor parte de las estatuas y monumentos que la antigüedad legara a las edades futuras han desaparecido así, víctimas del odio de los mas atrasados, o menos cultos. Los conventos y los Papas, han sálvalo la civilización griega y romana, en estatuas y libros que la perpetuan.

La China, no obstante su célebre muralla de cuatrocientas leguas de largo, ha sido conquistada ocho veces, en cuatro mil años de historia auténtica, por los tártaros manchúes que la avecinan hacia el Norte; y acaso alguno de sus planes victoriosos para contener la rabia de destrucción de sus soldados o de sus descendientes adueñados del poder, prohibió que en adelante se alterase ninguna ley china, se mejoraran las industrias, se emitiese pensamiento nuevo alguno, y se alterasen los modelos de tazas, platos jarrones, etc., de la porcelana de China, bajo pena de muerte, después de tormentos, etcétera.

El *progreso*, como lo llamamos e invocamos nosotros, está prohibido en China, y cuando ha sido necesario construir un servicio de té para el Czar de Rusia, con formas que salen de la rutina secular, ha sido necesario elevar los modelos al Tribunal de los Ritos, que cuida de la inalterable observancia de las prácticas y costumbres, para impetrar licencia, obtenida a duras penas, con cargo de romper los moldes y los planos. A este precio se han salvado las prolijas industrias chinas, las obras de Confucio que hacen ley, y las mil prácticas que al tártaro incomodan, como a nuestros paisanos el pantalón, la corbata y los suspensores, prefiriendo el *chiripá*, que deja en libertad los movimientos. Gracias también a aquella prohibición, la China presenta el fenómeno único en la tierra de una civilización homogénea, la misma durante ocho mil años, según se conjetura, y que ha resistido no solo al tiempo sino a la barbarie de otros pueblos. Los tártaros, creyendo mejorar; habrían destruido u alterado aquella portentosa legislación, que viene desde las épocas cercanas al diluvio, según nuestra cuenta.

Sucede lo mismo en el interior de las naciones, con las provincias respecto a sus capitales que de ordinario miran de reojo, por su superioridad intelectual y su riqueza y buen tono. Sucede peor cuando las clases inferiores se elevan al poder, que entonces propenden a excluir a los hombres ilustrados, aun aquellos de sus propias ideas, tachándolos de aristócratas, como sucedió en la Revolución francesa con los *sans-culottes* (descamisados) o con los federales de Rosas, que llevaron el chiripá colorado, al gobierno la *suma del poder público* que es simplemente la destrucción en las instituciones civiles de todas las trabas que la experiencia de los siglos ha venido poniendo al ejercicio del poder.

Sucede lo mismo en pos de reacciones sucesivas, cuando llegan a las Asambleas populares, Comunas, Cámaras, Congresos, representantes noveles, salidos de clases intermediarias, sin sentirse apoyados por una opinión ilustrada, que tienden a adaptar al ejercicio del despotismo de partido las instituciones que se crearon precisamente para contener las mayorías; y es difícil contener estas reacciones, por cuanto no hay en la conciencia pública principios que sean linderos, como las playas del mar, que no obstante ser indeterminadas, dicen a cada minuto a la nueva ola que bramando llega: está escrito que de aquí no pasarás!

De reconstruir un mundo se trataba en Buenos Aires en 1857, época en que ingresó el joven Domingo Fidel Sarmiento en la ciudad de Buenos Aires, agitada por todas las cuestiones de orden político y social que conmovieron a la Francia después de la caída del régimen borbónico.

Y no se crea que es darle indebida entrada a este mínimo factor en la masa que se agitaba entonces, en grado de efervescencia y ebullición. El Estado de Buenos Aires defendía contra las pretensiones de la Confederación, su existencia autonómica, mientras no estuviese libre y por su elección representado en el Congreso Argentino, sin reconocer la Constitución que se habían dado las provincias, bajo el convenio de San Nicolás, contra el cual protestó su Legislatura, apoyada en seguida por el ejército que adhirió a la protesta el 11 de septiembre.

Como de resistir a la imposición del nuevo orden de cosas se trataba, necesitábanse soldados en número suficiente para oponer a los que podía reclutar la Confederación, sin peligro de oposiciones voluntarias en trece provincias, en las que predominaban las clases abyectas. No pudiendo el

Estado de Buenos Aires extender a mayor radio de territorio la ciudadanía, ni naturalizar de golpe extranjeros que recién empezaban a acudir a sus playas, la ley habilitó la edad a los púberes, admitiéndoles a la defensa del país a los 18 años de edad, con el aditamento de poder ejercer los derechos de ciudadanía.

A los diez y ocho años la fisonomía humana no ha adquirido aun el tipo de fijeza que caracteriza al hombre adulto, a quien la ley reconoce libre de toda tutela. El mozuelo de diez y seis años, robusto de cuerpo, o espabilado de inteligencia, se confunde con el mayor menos aventajado y así la ciudadanía desciende a sus dos elementos, poder manejar un fusil, y amar a la patria, y sábase que en la pubertad brincan las fuerzas viriles, y relincha, permítasenos la palabra, el patriotismo encabritándose, como se agitan todos los sentimientos amorosos, con los ardores de la ilusión generosa, el entusiasmo y la abnegación que no es mas que el exceso de vida.

Contaba D. José Posse, que vivió accidentalmente en la misma pieza con Domínguito, de cuya sociedad gustaba como una copa de champagne, hablando de este exceso de vida, que al despertar por la mañana saltaba de la cama, daba brincos descompasados, gritaba, reía sin móvil aparente y lo acometía en su cama a puñetazos para hacerlo tomar parte en la retozona zambra. Una vez encontrólo triste y cariacontecido al recojerse por la noche, y sorprendido de tan rara acogida, quiso inquirir la causa, y dándosela el acongojado mancebo, le dijo: Yo lo había de poner en mi lugar! Un bruto de vasco, me ha dado tal tunda de guantadas, que tengo el cuerpo como un bife. Figúrese que estábamos en el teatro, el vasco celebraba lo que se representaba como si fuera cierto, con exclamaciones y sorpresa. Propúseme divertirme a sus expensas y darle cuerda; pero tanto tiré y tan gordas bromas le hacía, que al fin el vasco que no era tan tonto como yo quería, se apercibió de ello y me impuso silencio. Había olvidado yo la escena, cuando después de pasearme por el *foyer*, ocurrióseme asomarme a las ventanas de la plaza; mi vasco estaba ahí, y no bien me apercibió, sin decirme agua va, me cayó encima, y me sacudió a mano cerrada a punto de destronar a un burro.

Oíanse desde la sala los estallidos de viva risa de Posse, que al repetirnos la historia celebraba el desparpajo con que contaba la aventura, pareciendo mas bien estar el narrador a favor del vasco que de la víctima.

Tal era la situación de los espíritus en 1858, y tal la irradiación que se prolongaba hasta los adolescentes. Discutíanse entonces en la Legislatura leyes de comercio libre, de educación, de elecciones, de Bancos, de impuestos, y todo lo que tiende a la formación de un Estado, y en los cuarteles se reunía la juventud al amago hartos frecuente de revueltas y conspiraciones, como en la prensa las causas y las provocaciones que llevaban a la guerra y se descargaron en efecto en Pavón, como los truenos y relámpagos descargan al fin la electricidad de que está preñada la atmósfera en copiosa lluvia. La atmósfera que se respiraba en Buenos Aires era, pues, ardiente y no era para refrigerarla el conservatorio en que fue hospedado el que ya venía preparado de Chile a recibir su influencia. El educacionista Sarmiento, era además Senador del Estado, Redactor de *El Nacional* y vestía el hábito militar toda vez que se susurraban revoluciones o se declaraba la guerra. En su presencia se ventilaban cuestiones de actualidad, como decimos ahora, y no era rara la presencia del viejo Velez, del joven Elizalde y de muchos otros personajes que ocupaban en la opinión, en el gobierno, o en las Cámaras, posiciones notables.

El niño iba a su colegio cargado de todos estos efluvios políticos, comunicábalos a su círculo, que sin necesidad de su posición de hijo de prohombre, acrecentaba su natural atracción, travesura y gentileza. En cambio recibía de los otros la exaltación del patriotismo, provocada y requerida para poner la masa al nivel de fermentación que reclamaban las circunstancias.

Con tales antecedentes puede decirse que el niño Domingo sentó plaza, desde su arribo, en el Estado Mayor de la política, para lo que lo traía preparado la exaltación y actividad intelectual en medio de la cual se había creado en Chile, Los personajes eran distintos, Las Heras, Jacinto Peña, Paunero, allá; Velez, Elizalde, Mitre, aquí; pero el drama no es distinto y apenas puede decirse que este era el segundo acto.

Continúase la educación del alumno en el Seminario Conciliar, en un colegio ingles, en la Universidad, en fin, siguiendo el curso en lo que todos recorren para llegar a obtener grados. Impregnábase de las ideas revolucionarias de la estudiantina de entonces, que por la dureza de los tiempos sucedía a la burlesca oposición tradicional que caracterizó la vida de colegio de los tiempos de Juan Cruz Varela, el *tu autem* de todas las diabluras; pero no había tardado mucho el recién llegado en atraerse las simpatías, que era uno de sus rasgos prominentes, la que había dejado rastros en Valparaíso en el colegio inglés de Mr. Furburn, alborotándole el chiquero.

Hubieron los grandes de sublevarse en el Seminario Conciliar, y reunidos en conciliábulo los cabecillas, alguno observó que sin la cooperación de los chicos que hacían número, nada podría obtenerse, señalando sin embargo el peligro de poner el secreto en aquellas cabezas de chorlitos. Alguno repuso que bastaría conquistar la adquiescencia y complicidad de Sarmiento, para tener el concurso de los chicos, pues él los acaudillaba. Convínose en citarlo para otra reunión y entonces, el que hacía cabeza le expuso la gravedad del caso, y solicitó la ayuda que debía esperarse de persona tan entendida. Ofreció obrar al frente de los chicuelos, en defensa de tan justa causa, y se procedió bajo base tan sólida a llevar a cabo el plan de la conspiración. Descubrióse, sin embargo, o fracasó por su propia inepticia, y los promotores fueron expulsados del Seminario.

Era Ministro de Gobierno Sarmiento padre, y es de creer que él aconsejase tal medida, pues se mostró después intransigente en Tucumán, Santiago, Entre Ríos, donde se repetían estos remedos de vida política exterior a causa de ser malo el pan, duros los porotos, como de perro la carne y otros motivos igualmente poderosos que se alegan, para echar abajo los colegios y quedarse los héroes sin educación. En el Seminario había mucho y sobrado del género, para sublevar las piedras. Los cocineros españoles se sucedían cada año, volviéndose a España con lingotes de onzas de oro; los cabos de vela servían para aliñar el caldo, y la cebada tostada proporcionaba deleites inefables a los estudiantes. Llamado un médico por Marcos Gómez, para curarlo del mal que lo labraba, mandólo a su casa, a *comer* por todo remedio, pues era inanición por falta de alimento, lo que lo consumía.

Despejado el terreno y dado el apoyo a la autoridad, el Ministro convocó a los pocos arrepentidos y amnistiados estudiantes al Refectorio, para hacerles oír razón, y traerles al buen camino. Luego Dominguito los había denunciado, faltando a las leyes del código estudiantino. "Haz bien y teme!" Por represalia lo denunciaron a él como cabecilla, y fué preciso expulsarlo también, para que la ley fuese pareja. Era inocente de todo cargo, y ya los había salvado una noche

de ser sorprendidos por el Rector, induciéndolo a seguir una falsa pista, porque ya husmeaba algo, mientras él avisaba a los conjurados del peligro.

En la Universidad a donde debió entrar a continuar sus estudios, distinguióse luego por las dotes de su inteligencia; que de ordinario se atribuye a talento lo que es el resultado de mayor desenvolvimiento del acopio de ideas generales, con muy grande conocimiento de cosas y de palabras. En esto aventajaba a los de su edad, por lo que ya conoce el lector, añadiéndose viajes por mar y tierra y contacto con gentes ilustradas y personajes ilustres, lo que ejerce con la palabra y el gesto, grande influencia en el ánimo a los niños. Atribuye su padre a situación igual, haber sido nombrado ayudante del General Vega y secretario del General Alvarado sucesivamente en San Juan y Mendoza, a la edad de 18 años, en 1829, según consta históricamente.

Una prueba de ello se ofreció luego entre mil, y bueno es recordarlo aquí, porque es todo un sistema de acelerar el aprendizaje de las lenguas vivas, desde que se poseen los rudimentos. La traducción con el diccionario, si no se enseña a manejarla con precisión, es pesada y poco productiva al principio.

Creyóse que había fiebre amarilla, y se tomó una casita de campo en Barracas para rusticar y precaverse; y como era necesario acortar las horas del día, se puso en planta una lección de francés. Teníamos los extractos de la obra de ornitología de Audubon, que ha descrito en estilo encantador sus cacerías de pájaros, que acabaron por hacer de él uno de los célebres ornitólogos del mundo. Se hizo el arreglo siguiente: "Yo leo en francés el texto de la lección y tú me vas dando la traducción a medida que voy leyendo. Donde no entiendas, nos detenemos, se busca medio de salvar el escollo, hasta que entiendas, y seguimos adelante. En seguida tú me lees en francés y yo voy dando la traducción en castellano. Si no entiendo, es claro que has pronunciado mal, repites, pronuncias bien, o yo te enseño".

En tres o cuatro días la lección marchaba como con ruedas. Leía yo en francés, en voz alta, con todo el énfasis y gesticulación de una buena lectura, y la sola enunciación de las palabras, la cadencia de complementos y períodos bastaba para dar el significado de una que no había oído antes. Encendíase el rostro en este pasar de una lengua a otra las palabras, como si fuera la pelota que nos enviábamos, no queriendo ninguno que por su causa cayese al suelo. Solía durar dos horas el peloteo, con pausas para explicar el caso del pavo, o de la perdíz, o de la pradera de que se hablaba; pero todo esto provecho y traducción. Duró veinte o más días el curso, porque se acabó el libro y traducciones y pronunciábamos de corrido y volvió a la Universidad sabiendo francés. A poco me dijo: "soy mirado en la Universidad como el segundo profesor, los grandes me consultan y los chicos me respetan como a un grande".

Después, llegándole al profesor la noticia de venir sabiendo francés en veinte días de asueto, interrogólo, y se sorprendió no poco al saber el ingenioso sistema de hacer madurar la fruta en corto tiempo. Este sistema con variantes requeridas, ha sido con igual éxito aplicado a varios otros ramos, teniendo por base la palabra oral, el gesto, el énfasis que la dotan de garfios y de púas para prenderse a la inteligencia.

Dióse por entonces la batalla de Pavón que puso término a la contienda, dándole solución honrosa, y de ambas partes aceptada, y el niño Domingo tuvo la inspiración de trasladarse con algún otro pilluelo al campo de batalla,

recorrerlo como lo haría M. Thiers, y enviar a su padre una descripción de la escena, que el doctor Velez conceptuaba mas pintoresca y sentida que las que habían publicado los diarios.

Por no pervertir su juicio en tan temprana edad, dando lugar a encomios indiscretos aunque merecidos, no se le hizo el honor de dar a la prensa su *factum*, y se le dejó perderse entre papeles, sin hablarle jamás de ello, como de cosa que no merecía recordarse.

Los estudios de Seminario, de Colegio y de Universidad andaban a la diablo, como era de esperarse, cuando los estudiantes eran Cicerones, Gracos, Temístocles, o Espartanos, que de todo tenían, menos de aprender sus lecciones.

Dejemos a nuestro héroe imberbe confundido entre la turba estudiantina, sin pedirle que haga punta en el tranquilo regreso a las aulas, después de la victoria a hojear su Calepino, o su Cornelio Nepos. Tiempo habrá de traerlo de nuevo a la escena, acaso ya con algún fruto sazonado de su estudio.

CAPITULO V

ADOLESCENCIA Y JUVENTUD

SAN JUAN

Había, después de Pavón, el Comándame Sarmiento sido nombrado Auditor de Guerra de la división expedicionaria, al mando del General Paunero, que debía avanzar hacia el interior a asegurar los frutos de la victoria. Cúpole seguir a su vez al Coronel Rivas hacia Cuyo, y llegado a San Juan, ser nombrado Gobernador, en acefalía absoluta de todo Gobierno.

El sistema de caudillos había imperado treinta años en provincia tan apartada, sin el auxilio de aquellos elementos y fuerzas reparadoras, que vienen con el tráfico y movimiento de los puertos y ciudades comerciales, como el aire fresco a reemplazar el viciado. Mendoza había sido arrasada por un horrible temblor, y San Juan diezmado en la Rinconada de parte de sus jóvenes, a mas de la acción lenta de la barbarie, durante treinta años, destruyendo templos, escuelas, edificios, por decadencia y deterioro sin reparación. Habían desaparecido como elementos de cultura, los prohombres Aberastain, Quiroga, Cortinez, el doctor Rawson, padre e hijos; ausentes los Rojos, los Oro y tantos personajes respetables, que eran honor de las ciencias, las letras o las armas; y las costumbres paisanas y provinciales de la época,

bajando al nivel social muy a ras del suelo y creado la peor de las igualdades, la que rebaja las cabezas de las adormideras que sobresalen.

Esta era la sociedad que le imponían gobernar a un mandatario que había pasado su vida en las grandes ciudades, y viajando, puéstose en contacto con notables figuras históricas o literarias. Así, la rutina se lamentaba al intentar empedrar las calles: "este hombre, decían, que ha estado en Londres o París, quisiera hacernos hacer lo que allá se puede y aquí no, porque somos pobres." Olvidaban que Santa Rosa de los Andes y todas las villas de Chile están empedradas con el mismo empedrado barato y a mano de San Juan.

Era, pues, ruda la tarea que tenía por delante, y la emprendió con éxito, sirviéndose de elementos que encontró a su alcance. San Juan se transformó en dos años, y más se hiciera, si las hordas del Chacho no le hubieran distraído de la obra de reparación y reconstrucción. Sirva de muestra el siguiente episodio, para ver los resortes empleados, algunas veces con grande y trascendental resultado. Los gustos plebeyos, gauchescos habían dado la ley veinte años. Fué necesario, al comenzar, arreglar los correos, citar a los maestros de posta, a fin de acelerarlos, y el primero se presentó el del Posito, que es la principal. Era un joven atlético, blanco, bien parecido, vestido con calzoncillo ancho de flecos y perendengues de plata y chiripá de jerga ordinaria. Este refinamiento de la jerga gris, por poco abajera, era *a la Chacho*, pues por acá se usaba de paño, y cuando menos de bayeta colorada. ¿Era una provocación?... Pues ya lo verás!

—¿Es Vd. el maestre de posta? cuando lo anunciaron.

—Sí, Su Excelencia.

—Siéntese, señor —mostrándole un sofá de damasco, y manteniéndose el Gobernador de pie —¿De qué Morenos es Vd?

—De los Morenos de D... (Moreno banquero del Rosario.)

El Gobernador se dio un paseo, y volvió a pararse enfrente—¿Tiene Vd. propiedad, señor?

La finca en que está la posta es mía, Su Excelencia, y tengo algo.

Dos paseos del Gobernador; —y ¿sabe Vd. leer, señor?

Recién se desconcertó la arrogancia del paisano; contestó ruborizándose y bajando la cabeza:

—¡Oh! Si, señor, cómo no! . . .

Después de un corto paseo. —Bien, señor, retírese; yo lo haré llamar.

Los Ministros que presenciaban esta flajelación, conmovidos, hallaron que era demasiado para hombre de posición. A los tres días volvió a presentarse el llamado, vestido *comme vous et comme moi* sin ostentación y sin muestras de enfado. Comprendió que había sido adivinado y recibido el castigo que merecía. Al tiempo, si de las Lagunas o de los Llanos de la Rioja se aparecía alguno con chiripá, sus conocidos le decían: —"que no te vea el Gobernador, porque ver chiripá y ver al diablo, es lo mismo."

Estaba afanado con las tareas que le imponía la dirección de la guerra contra el eterno Chacho, sublevado en la Rioja: todo era armas y cañones y maestranza en vía de creación, cuando de improviso le anuncian a Dominguito que viene de Buenos Aires con pliegos, desertor de la Universidad donde lo hacía su padre, siguiendo tranquilamente los estudios preparatorios. Habríase procurado de la condescendencia de Mitre, alguna nota para decirse enviado, y se presentó a su airado padre con uniforme militar elegantísimo y completo que

se había mandado hacer con el sastre a la moda, para el lance, y la lectora que haya sido madre, se imagina si puede haber padre tan duro que le dé de coscorriones en lugar de un abrazo al apuesto militarcito y luego, ¿cómo deshonrarlo ante los jóvenes y las damicelas, haciendo saber que todo ello era pura farra de un muchacho travieso?

Fué preciso aceptar aquella falsificación, y tenerlo por tal oficial de Guardia Nacional de Buenos Aires, lo que realzaba el mérito del elegante uniforme, que era todo su capital pues contaba apenas diez y siete años, verdad es que a esa edad, en 1828, durante el Gobierno del Teniente Coronel del Ejército de los Andes, don Manuel Gregorio Quiroga Garramuño, fué su mismo padre nombrado alférez de Cívicos, de la compañía de su vecino (por barrios) D. Cesario Domínguez, que murió General en la guerra del Paraguay, acaso por las mismas causas, desarrollo prematuro del patriotismo, que en otros duerme el sueño de los justos.

Aceptado el rol asumido, el Ayudante de Guardia Nacional Sarmiento, hijo del Comandante en Jefe, venido de Buenos Aires, hablando de todo excátedra, con modales despabilados, echándola de modelo de la moda, y con el secreto que poseía de conquistarse voluntades y afectos, fué el centro de un grupo de elegantes de toda edad que él disciplinó, constituyendo la sociedad de los *Burros Overos*, por un chal escocés a grandes cuadros que los distinguía y de que se hizo nombrar Presidente. Tratándose de bailes, paseos, fiestas, ópera, sí, señor, ópera, porque de todo había, era necesario entenderse con el leoncito, que se autorizaba con el nombre de Buenos Aires: en Buenos Aires se hace así; en Buenos Aires... y contra este argumento todos los provincianos callaban. . . ¡Si en Buenos Aires se hace así!

Residía por fortuna en San Juan, como cónsul chileno, un hermano del General Borgoños, con sus jóvenes hijas, y quien dice Borgoños de Chile, dice gustos refinados de alta sociedad, el *high life* como decimos aquí, y la casa del cónsul se hizo bien pronto el centro de la vida de salón, y en ella se reunían los jóvenes más cultos, y las señoritas de más fuste. Dicho se está que el oficialito flamante descollaba entre los leones menos amansados, de tal manera que si el jefe de los Burros no había asomado sus orejas hasta las ocho, salían en su busca, pues sin él todo palidecía, tal era la travesura y el desparpajo de aquel carácter de diez y seis años, que las circunstancias de la vida elevaban como con zancos al rango de hombre. ¡Cómo recordaban las ya señoras Borgoño, en 1881, aquella época feliz de su juventud, y cómo la recordaban largo tiempo en San Juan sus compañeros de diversiones y de alegrías juveniles! Y no era para menos.

Residía de años el doctor Tamini, muy querido de sus enfermos, que acaudillaba una banda de *diletanttis* cuyo gusto musical había desenvuelto, no escaseando los buenos maestros de musica, Berutti y otros. Tamini hacía dar a su alegre banda fragmentos de ópera, en el teatro, en trajes él y ellas, con el éxito que puede esperarse de tales cantantes. Tamini que ya estaba como Lablache cuando se hacía oír en Nueva York, se transfiguraba cantando, y se le caía la baba al oír a sus discípulas que era preciso aplaudir, puesto que él las aplaudía.

En cuanto a inauguraciones, bailes y otras reuniones, había venido a San Juan, atraído por la bulla de sus minas, Mr. Crawford, joven inglés de alta sociedad, puesto que pertenece a la familia de los Crawford de donde salió el General de aquel nombre que vino en la expedición inglesa de 1807.

Dominguito y Crawford cuidaban de las formas de la elegancia, no faltando por aquellas alturas el cotillón, para terminar dignamente un baile.

Llegó a San Juan dos meses después de inaugurada la Quinta Normal, un número del *Illustrated London News* que traía la descripción con láminas de una feria inglesa, o inauguración. Se las mostraban a los sanjuaninos, que como Dominguito a Montt lo reconocía en el Congreso de Francfort, así veían el trasunto de la inauguración de la Quinta Normal de San Juan con sus tiendas, galpones, etc., etc. Todo esto era novísimo por este lado y allí se hacían los primeros ensayos. Enseñando *inglés* a los jóvenes, hablándolo con el Guardia Nacional y dando lecciones de buen gusto, ayudó mucho Mr. Crawford a levantar el tono de la sociedad regenerada, que presentó en efecto durante dos años, un aspecto de vida notable.

La guerra se hacía en toda regla, bajo dirección más inteligente que la del común de nuestros militares. Téngase presente que se reunían o sucedían allí, lanzas como las de Sandes e Irrazabal, jefes como Arredondo y Rivas, que pasaron después a Generales, y capitanes como Campos, Roca, a las órdenes de Sarmiento que les abrió el camino para Generales a su turno. La Guardia Nacional de San Juan de entonces se hizo célebre por la inolvidable Escolta de los caballos blancos, los Guías que existieron dos años, y los Rifleros que se distinguieron en el Paraguay con el valiente y apuesto Comandante Giuffra, que creó el cuerpo, y había sido bersagliere en Italia, dejando como recuerdo de su manejo del arma de infantería y evoluciones, al Comandante Recabarren barren y al ex-edecan Brihuega.

Tal era su celebridad de maniobrero, que los jefes brasileros en el Paraguay, pidieron una vez se hiciese maniobrar en su presencia a los Rifleros de San Juan, lo que obtenido y envolviéndose a ellos mismos como los anillos de una serpiente de acero, los tuvo pasmados durante una hora de aquel caleidoscopio de bayonetas-sables.

El concurso de tantos hombres que eran o habían de ser notables por su propio mérito, o morir gloriosamente en los combates, daba lustre a aquel período cortísimo y una atmósfera luminosa a la figura del Ayudante D. F. Sarmiento que se le veía en todas partes, en las paradas que eran magníficas por lo correctas, en las fiestas, en los bailes y en los estrados, mezclado entre ellos y gozando de su aprecio.

La parte científica no estaba vacía, pues el Mayor Rickard, ingeniero mecánico, ensayaba todos los metales de las recién descubiertas minas, puso al sol veneros de carbón de piedra e introdujo maquinaria para la elaboración de las minas, publicando en Londres un libro que las hacía conocer, organizando sociedades para su explotación, y la publicación del *River Plate Mail*, para hacer conocer su movimiento. Mr. Shade ingeniero alemán, se encargó de formar un Departamento Topográfico, que ha dejado la carta de la Provincia.

¿Y las bellas artes? En San Juan la pintura ha sido cultivada por Franklin Rawson de la escuela de García, por la señorita Procesa Sarmiento de la de Monvoisin en Chile. Ejercía por entonces su profesión de retratista en San Juan, Torres, de la escuela de Monvoisin; y como la época era heroica y guerrera, las mejores telas, fueron la familia del Coronel Virasoro, grande cuadro mural, de mucho efecto por la belleza de los hijos, de padre, hijas y hermanos, a mas de su esposa que era una beldad.

Mencionaré la tela del Coronel Sandes con su caballo al lado, no pudiendo hacer la estatua ecuestre del terrible Aquiles de nuestras guerras civiles que podría apellidarse "Sandes el de las cincuenta y seis heridas", como al griego, "de los pies ligeros". Lo acusaron de sanguinario; pero el hombre que ha recibido una a una, cincuenta heridas sin estar tendido, sin ser prisionero, todas por delante, como lo decía él negando el título de valiente al que no presentase este diploma que ostentan sus fotografías de busto desnudo. Era el hombre-fiera, como el libreto de *La Belle Héléne* muestra a Aquiles, sacando la espada a la menor contradicción. Causábale mucha sorpresa y gusto recibir una partida de caballos gordos, sanos, herrados de pies y manos para su tropa. Apenas podía creer a sus ojos!

—Y las mulas?

—Las muías no se hierran, Coronel.

—Hágame herrar mis muías!

—Si no se hierran, Coronel.

Ya empezaba a amostazarse y el Jefe de Policía le dijo que necesitaba orden del Gobernador.

El Coronel mandó al caballerizo, con bota de potro y lanza, al Gobernador con esta misión:

—Dice el Coronel que le haga herrar las mulas.

El Gobernador oye y se calla.

—Que le digo a mi coronel?

—Nada.

Amenazaba tragedia. En San Luis había acometido al Administrador de Rentas. El Gobernador hizo traer de su casa dos revólveres y cubriéndolos con un pañuelo de mano sobre el escritorio, empezó a pasearse y aguardar. A un rato el mismo caballerizo:

—Dice el coronel Sandes, que le haga herrar las mulas.

La misma respuesta; mirarlo y no contestarle.

Habría comprendido, sin duda, que no siendo el jefe de la división, no podía dirigirse al Gobernador, y solicitaría venia del Coronel comandante. Su etiqueta militar no llegaba hasta comprender que un caballerizo no es órgano. El día se pasó en esta terrible expectativa que tenía embargados igualmente a los Ministros. Pasaron las horas de despacho, y el Gobernador volvió a su casa.

Después de comer, se presenta Sandes a caballo. Se desmonta, dá la mano con cariño, conversa, y ni una palabra del incidente. Venía a dar satisfacción, sin duda, a su manera, sin decir nada. De repente, una contracción horrible de la boca, mordiéndose el labio inferior. —¡Si le vendrán accesos de cólera y gana de echarse sobre el Gobernador! —Siguió la conversación, y otro acceso repentino. Despidióse, y no se habló mas del caso. —Momentos después llega el Dr. Tamini, y hablando de esto y de aquello, el Gobernador dijo que Sandes le había dicho tal cosa.

—¿Dónde ha visto a Sandes?

—Aquí.

—¿Cuándo?

—Hace media hora!

—Imposible; lo he dejado en cama, después de una operación.

—Dígole que acaba de salir.

El médico se hacía cruces.

—Le he reabierto una herida en el estómago, y sacádole un pedazo de camiseta que le habían dejado en la curación y lo incomodaba.

Aquel era Sandes. Se trataba a sí mismo con la misma dureza que a los demás. Habría comprendido o le hicieron comprender que había faltado al respeto al Gobernador, y se había levantado de la cama a reparar la falta, y las contorsiones atroces del dolor de heridas vendadas, inflamadas, eran aquellos alarmantes gestos que parecían arrebatos de cólera. Hizo cien leguas sin desmontarse en dos y medio días de marcha, por darle caza al Chacho que se le había escapado; caían los soldados dormidos o muertos, hasta que el caudillo reventó, puede decirse, porque se le abrieron diez heridas, y vomitó el pulmón. Sandes dejó, sin embargo, el de 1° de línea, el primer regimiento de caballería que dejó de mirar para atrás, y contar los que tenían por delante, como lo hicieron en Causete a las órdenes del Mayor Irrazabal que por instrucción del Comandante Sarmiento atacó a 700 hombres del Chacho en línea, y los arrolló, perforándola.

El retrato del Coronel Rivas, en todo el esplendor de su juventud, antes de tomar cuerpo, fué tomado en San Juan y debe estar en poder de su viuda. Existe el del Gobernador y General Benavides, del mismo pincel de Torres y el del Teniente Coronel Sarmiento de cuerpo entero, colocado entre los arcos del cuartel de San Clemente como fondo, y dando órdenes a un batallón que se apresta a salir, porque esa era la facción prominente de la época, con fuerzas al mando de Sandes en San Luis, de Arredondo en la Rioja, destacamentos que iban o venían de las lagunas o de Jachal, los rifleros que partían a Mendoza a contener a Clavero, con encuentros y combates hacia todos lados; mientras que el Chacho vencido en todas partes, porque esa era su estrella, se presentó a las puertas de San Juan, sabiendo que las fuerzas lo andaban buscando por todas partes menos donde estaba. Allí se hallaba esperándolo un día Irrazabal, con una compañía del 1° de línea que dió cuenta de él.

Y todo esto se hacía en San Juan, empedrando las calles, haciendo tallar mármol para puentes y veredas, fabricando todo lo concerniente a la guerra en provincia lejana en que hicieron prodigios de habilidad y rapidez el señor Antero Barriga chileno, hoy cónsul, y D. Manuel J. Zavalla que fué después Gobernador de San Juan, por donde se vé que no faltaron hombres competentes.

Con la guerra del Chacho, vencido en Causete, San Juan dejó de ser el centro de acción del interior, y el gobierno tuvo que contraerse a reparar el desfaldo que de sus escasas rentas y productos había hecho tan prolongada y estéril guerra. El Ayudante Sarmiento había agotado toda la enseñanza práctica que dá la vida activa en medio del movimiento general de las fuerzas sociales. Puede decirse que de Buenos Aires salió un niño y mediante el uniforme militar que hacía para él las veces de la toga viril de los romanos, volvía hombre hecho y derecho, pues había, aunque anticipadamente por aquel artificio, tomado parte en la vida pública y en la sociedad adiestrándose en sus usos, trato y buenas maneras. Con este caudal regresó a Buenos Aires, acompañado de D. Domingo de Oro que le conservó siempre su amistad, honrosa para un niño y con su trato una escuela de tacto y bien parecer.

Llegado a Buenos Aires, reanudó la serie interrumpida de sus estudios en la Universidad, alentado por el Dr. Avellaneda que se empeñaba en hacerle profundizar el latín y del Dr. Rawson que lo patrocinaba igualmente. Inútil es decir que el Presidente entonces de la República D. Bartolomé Mitre, lo

confundía con sus hijos, y que en toda la sociedad culta y sobre todo de señoras, encontraba siempre la bienvenida protectora que provocaba la alegría y el desparpajo juvenil.

Dejamos la palabra al distinguido escritor don Santiago Estrada, su amigo, para narrar en el siguiente capítulo, su vida universitaria.

CAPITULO VI

ESTUDIANTE Y ESCRITOR

"Solamente el deseo de complacer al padre adoptivo de Dominguito, (lo llamaremos como él) puede impulsarnos a poner la mano en este libro, dictado por el cariño más acendrado. Aun cuando un sentimiento afectuoso nos aproxima al muerto, nuestro cariño no puede compararse al dolor de las entrañas del anciano que le llamaba hijo. Parecerán pálidas las tintas de nuestra paleta, por la intermediación de los cuadros del biógrafo, cuyo colorido vivísimo recuerda el empaste vigoroso de Leonardo de Vinci. Complácese el narrador en las páginas anteriores, describiendo con tinta, aguada algunas veces con las lágrimas, los detalles de los primeros años de Dominguito. La enseñanza de las primeras letras, el desarrollo de la curiosidad del niño, la impresión que le causaban los espectáculos de la naturaleza, los juegos en la quinta de Yungay, el paso de la Cordillera, ebrio de sueño al terminar la primera jornada, la vuelta del Cabo de Hornos, rodeados de circunstancias interesantes, sírvanle para esbozar el carácter de Dominguito, que abrió los ojos viendo y empezó la vida pensando. Podría compararse la inteligencia de este ser favorecido por la naturaleza, a esos árboles frondosos de América a quienes se ve crecer todos los días. Pichón implume todavía, mensuraba con las alas el espacio, que tantas veces había atravesado de un volido el cóndor de los Andes sanjuaninos.

"Esta naturaleza tenía por motor el entusiasmo, que debía ser la causa de su gloria y de su muerte. Todo era en ella rápido y decisivo. Quiso aprender a leer a los tres años de edad, y aprendió a leer de corrido. Ya adolescente, su movilidad recuerda la inquietud del mercurio vivo. Contemplándolo en los últimos años de su vida, encerrado en el círculo de las conveniencias sociales, podríamos comprarlo también a esa misma sustancia, gravitando firmemente,

por razón del peso, dentro del tubo de cristal del termómetro. La transformación del joven ligero en hombre grave, operóse en él maravillando a todos, como si ante nuestra vista se cambiase, en el ánfora que lo contiene, el champagne espumante en vino generoso. Desde entonces la patria se reflejó en su corazón como el cielo en el agua, con sus luces y sus sombras. Parecía destinado a encarnar todas las aspiraciones populares en los clubs, en los campamentos y en las universidades.

"Pero no nos adelantemos, que hay tiempo de sobra para llorarle. Cuando los padres de Dominguito dieron por llegada la oportunidad, pusieronle a pupilo en el Seminario, que, a la sazón, regentaba el benemérito sacerdote D. Eusebio Agüero. Si en la mente de este niño no se hubiesen fijado las imágenes de las cosas como en el negativo de un aparato fotográfico, poco o nada habría sacado en limpio de la enseñanza al travieso rapaz. Los libros científicos, que después fueron como compañeros inseparables del estudiante y del soldado, le eran antipáticos. Pretendía entonces distribuir la vida entre el placer y la pereza.

"D. Domingo, que siempre ha entendido que el maestro es depositario de la autoridad paterna, veía en las travesuras del colegial verdaderos desacatos a la propia, que no le perdonaba a dos tirones. La madre estaba de continuo con el Jesús en la boca, esperando que a la penitencia leve del colegio, sucediera alguna severa reprimenda doméstica. Pero el niño aun no podía tenérselas tiesas con el genio, y contaba con la mediación que sabemos, Cierta día un compañero hizo no sabemos que mala jugada, y Dominguito, esperándolo todo de la influencia de su nombre, trató de salvarle de la expulsión que aguardaba, declarándose voluntariamente reo de un delito de que era inocente. No contó el pobre con la huéspeda: D. Eusebio lo puso de patitas en la calle. Paso a paso, Dominguito se fué cabizbajo a casa, que al fin y al cabo es el único refugio que tenemos cuando se nos cierran las puertas de las demás.

"Halagábale la esperanza de que lo que él creía noble desprendimiento, interesaría en favor suyo al padre, a pesar de ser inflexible en materia de disciplina escolar. También se equivocó esta vez, porque D. Domingo no entendió de chicas y lo obligó a volver al templo de Minerva. Viólo partir la madre con el corazón oprimido, sabiendo que el niño no volvería a traspasar, de afuera para adentro, los umbrales del colegio. Comprendiendo que Dominguito debía haberse echado a vagar por los alrededores de la casa, apenas pudo salir sin que se apercibiera de su ausencia D. Domingo tomó la calle por suya. No caminó muchas cuadras antes de encontrar al hijo pródigo. Condújolo a casa y ocultólo en el altillo de los muebles viejos, esperando ablandar al Rector del Colegio, y en último caso, que se aplacara D. Domingo, que cuenta entre sus buenas acciones la severidad que desplegó con nuestro niño en la edad crítica del hombre. No cedió D. Eusebio, a pesar de conocer la inculpabilidad de Dominguito en la travesura, porque la falsedad generosa del muchacho, equivalía a desenfadado, y cedió D. Domingo, porque no había otro remedio que aflojar, poniendo cara de malas pulgas al mancebo.

"Hay una laguna en la vida de Dominguito que tenemos que atravesar con los ojos cerrados. Ignoramos dónde y cómo terminó las Humanidades interrumpidas por la travesura del Seminario. El hecho es que él se las compuso de manera de ingresar en el aula de Derecho. Conocíamosle entonces, y conservamos entre nuestros recuerdos placenteros los paseos por

los canales de las islas del Paraná, cubiertas de frutales, de flores y de nenúfares. Divagábamos, dejando que la corriente arrastrara el bote indolentemente gobernado, soñando con los ideales de la juventud. La poesía del paisaje agreste y el perfume de los naranjos en flor, completaban la seducción, ejercitando su influencia en diverso sentido que las plantas del jardín de Margarita, conjuradas por Mefistófeles.

"La nombradía formaba una de las ilusiones del joven Sarmiento, empleado, corrector de pruebas y estudiante a la vez. Había caído de pie en la Universidad. Amable, simpático, respetuoso con los que valían, alegre y travieso, hizo quererse de todo el mundo. Una de las travesuras de esa época, consistió en la disolución de un agrupamiento de jóvenes reunidos para constituir en club nacionalista. Sarmiento exigió maliciosamente que se definiera con claridad lo que debía entenderse por razón. Prodújose en el acto la confusión de las lenguas, y cada uno tomó las de Villadiego.

"Cursó Sarmiento los primeros años de Derecho, sin que los resultados de sus estudios estuviesen a la altura de sus facultades nativas. Los compañeros suyos no achacan a la desidia semejante contraste. El quid del fenómeno estaba en que el estudiante abarcaba más de lo que podía apretar. Hoy absorbía su atención la historia, mañana la filosofía, pasado la geografía. El último libro que cogía atraía irresistiblemente. Pero él se apercibió en el penúltimo año de Derecho que cursó, de que debía y podía alcanzar mejores clasificaciones. Desde ese instante no se ciñó al estudio del texto exclusivamente. Consultó todos los autores afines que tuvo a su alcance, y buscó un compañero madrugador que lo despertara al venir el día. Domingo Frías, convertido hoy en uno de los principales ganaderos argentinos, mereció de la madre de nuestro protagonista, la confianza de llevar en el bolsillo la llave de la casa. Era él quien lo despertaba todas las mañanas. Conserva aquélla los apuntes del hijo inolvidable, abandonados sobre la mesa al partir, y recogidos con amor, para, recordando la posición que ocupaban, poder presentárselos intactos, en el mismo sitio, cuando regresara definitivamente de la campaña del Paraguay.

"*El Correo del Domingo*, periódico literario y de variedades, fundado por D. José María Cantilo, recogió las primicias literarias del malogrado joven que lloramos. Pero antes de pasar adelante permítasenos consignar aquí un recuerdo amistoso a la memoria del Sr. Cantilo. Inteligente, laborioso, desprendido, merece la gratitud de la generación a quien dió buen ejemplo y abrió palenque para que probara la potencia de su entendimiento, demandando a cada uno de sus miembros lo que la inclinación o el estudio podía sugerirle. Recorriendo la colección de *El Correo del Domingo*, experimentamos una emoción indescriptible, porque, como el rastreador de la pampa, reconocemos por las primeras pisadas, el peso de una gran parte de los hombres de letras con que cuenta hoy la Argentina. No olvidemos que les sirvió de Mecenas el modesto semanario de D. José María Cantilo. ¡Honor a la memoria de hombre tan virtuoso, de ciudadano tan intachable, de literato tan extraño a los celos de oficio y de edad!

"Habíase dado a conocer Dominguito por la redacción del programa del "Club de Estudiantes", formado por lo más granado de la juventud de Buenos Aires. Nombrósele Presidente de esta asociación, destinada a contrarrestar la política localista que asomaba la cabeza, formando uno de los matices más acentuados entre las opiniones que dividían a los hijos de Buenos Aires.

Sarmiento opuso a los límites de la patria chica, delineándolos con la palabra, los límites de la patria grande. Este solo rasgo, citado por el Dr. D. Pedro Goyena, en el hermoso y patético discurso que pronunció en el momento de inhumar los restos del autor, en el Cementerio de Buenos Aires, abrióle las columnas del *Correo del Domingo*.

"Asociado Dominguito al Instituto Histórico, fundado por el también malogrado Dr. D. Aurelio Prado y Rojas, incorporóse a él con una disertación sobre *La muerte de César*, tragedia de D. Ventura de la Vega. Predomina en ese trabajo, publicado en el periódico de Cantilo, el criterio clásico y el respeto por la verdad histórica, ajena a infundadas preocupaciones políticas. La intención sana del corazón y la intuición clara del entendimiento, rectificaban en Dominguito las nociones apasionadas y falsas del medio intelectual en que vivía. Tanto la conferencia inaugural de los estudios constitucionales que leyó en Club de Estudiantes, como esta disertación, demostraron que cubría su inteligencia con lecturas útiles y sabrosas. Hay en ambas piezas discreción y seriedad de pensamiento, elegancia y sobriedad de estilo.

"El estudio biográfico y crítico del poeta mendocino D. Juan B. Godoy, publicado en tres números del *Correo del Domingo*, que ha sido el archivo de los pocos trabajos que pudo escribir Dominguito, a la vez que el afecto por el compatriota desventurado, patentiza el amor al arte fecundo, que expresa melodiosamente elevados conceptos filosóficos. Quería él que la poesía diera flor y fruto. Destácase de ese estudio la figura del Juvenal de los Andes, encuadrada en un marco sin arabescos venecianos, pero reluciente y bien labrado. El ruido del tráfago habría sofocado la voz del niño, si hubiera pretendido hacerse oír, envuelto en un ambiente frío y sin vibración como el que nos rodea ahora. Todavía en 1864 la literatura encontraba aire respirable. Por eso tuvo eco su trabajo. No abundaba tanto entonces la comodidad material y se desdeñaba menos a los soñadores. Sólo una civilización antigua y poderosa puede mantener enarbolada la bandera del arte en los pueblos comerciales.

"La última obra de Dominguito, y por cierto la que más llamó la atención, fue el juicio que escribió para la edición argentina de *París en América*. Mas adelantado en la lectura, mas seguro en sí mismo, analizó rápidamente la obra de Laboulaye y dió cabal idea del libro y de las instituciones americanas, contemplándolo todo con acierto, a vuelo de pájaro, porque le faltó tiempo para detener el paso. Admírase en esas páginas, elogiadas por el mismo Laboulaye, la aptitud rara y envidiable de resumir o concretar bien lo que se lee o se escucha. Dominguito percibía las cosas claramente y las ordenaba en su cerebro de modo de libar en ellas, como la abeja en la flor, el jugo que apetecía. Su introducción a *París en América* acabó de dar a conocer ese libro a la juventud inteligente, que, como los hombres sesudos, modificó, leyéndole, muchas de las ideas francesas que alojaba en la cabeza.

"Las penalidades consiguientes a la dura campaña del Paraguay, no privaron a Dominguito de comunicarse regularmente con sus amigos y profesores. Calificó el doctor Pinedo en una carta-respuesta que tenemos a la vista, de discípulo inteligente y de carácter sincero. Sería interesante reunir la correspondencia epistolar en que aquel espíritu original y aquella alma generosa, encontraron efusiva expansión. Dominguito entendía la amistad sin restricciones. En cierta ocasión, después de haber pasado dos días consagrado a la tarea de poner en castellano una pieza escrita en inglés, que

debía figurar en un pleito, solicitado por un amigo necesitado, entregó íntegra la retribución de su trabajo. Integras, también, entregó a los que le eran simpáticos, las impresiones del campamento y de las batallas. Mientras militó en el Paraguay, escribió periódicamente a una persona de su íntima relación, la crónica y crítica de la guerra. Las transcripciones de las cartas de Sarmiento, publicadas en *La Tribuna* de Montevideo, fueron adjudicadas a muchos de los jefes del ejército oriental. Para medir hoy la importancia de esos apuntes, sería necesario coleccionarlos en un tomo voluminoso, porque ocupan muchísimas columnas del diario nombrado.

"Creyendo fácil y rápida la campaña, Dominguito no se preocupó al partir sino de llevar guantes blancos para las entradas triunfales a las ciudades develadas. Fallida su esperanza, decidióse a estudiar pacientemente el arte de la guerra, y con este objeto pidió y obtuvo numerosos tratados. Pero como el espíritu descansa cambiando de tarea, solicitó libros de historia, de derecho y de amena literatura, que el asistente que le servía transportaba con dificultad, en la marcha de campamento a campamento. Ese espíritu no podía permanecer inactivo o sumergido en la monotonía. La acción le fortificaba, y el cambio de tarea le encantaba.

"Una comisión del servicio y la convalecencia de una enfermedad, trajéronle dos veces a Buenos Aires antes de morir. Todos esperábamos que la imaginación que lo había impelido a buscar el esplendor siniestro de los combates, mas allá de las fronteras de Corrientes, le detendría en Buenos Aires, convirtiéndolo en cronista de guerrillas y batallas, en que la palabra y la pluma suplirían el pincel de Salvador Rosa. Pero estos cálculos resultaron equivocados. El sentimiento del deber había entibiado al poeta, como poco después mató al hombre. Ni el amor, ni las súplicas de una madre, que parecía adivinar su fin, le detuvieron en el camino del sacrificio. Que esos clamores maternales encontraron eco en el corazón de Domingo, no obstante la resistencia que les opuso, demuéstranlo estos renglones de la última carta que entregó al correo la víspera del combate de Curupaití. "Escribo trepado en un enorme árbol, mirando hacia el enemigo, que tiene sus reales en una línea de montes no muy lejanos. Deseo los combates, los asaltos, porque después de ellos me tendrás a tu lado." El siete del mes inmediato volvió, en efecto, al seno de los suyos, pero de tal manera que una columna truncada advierte al visitante en el Cementerio del Norte, que el capitán Sarmiento fue una existencia malograda. Hirióle un soldado anónimo en el punto en que penetró a Aquiles la flecha de París, y murió desangrado como el héroe griego.

"Llegaron los restos de los héroes de Curupaití en los vapores *Sussan Bearn* y *Río de la Plata*. Si no estamos equivocados, el primero condujo los cadáveres de Sarmiento y Paz. La carga vino estivada de esta manera: los muertos yacían en la cala, los moribundos en la cámara baja, los heridos en la alta. Antes de llegar donde estaban Sarmiento y Paz, los estudiantes de la Universidad y los miembros de la Comisión de Socorros, desembarcaron los heridos. El que abrió la marcha fué el General Rivas. ¡Día memorable! Fué el primero en que la juventud de Buenos Aires dió a la ciudad consternada el espectáculo de llevar sobre sus hombros las reliquias vivas de los combates librados en los bosques y los esteros del Paraguay, defendidos por la barbarie del tirano, las bayonetas de sus greyes y las epidemias mortíferas de los climas tropicales. Aquella procesión de ambulancias que recorría pausadamente el muelle de pasajeros, y al llegar al "Paseo de Julio" se bifurcaba en direcciones

diversas, era a cada paso interrumpida por las familias afligidas de las víctimas, y las personas piadosas que pululaban, ofreciendo a los heridos cuanto podían necesitar en ese momento. Los gloriosos supervivientes de Curupaití preferían a todo llegar pronto a sus alojamientos. Recién a las cinco de la tarde y con el cielo tormentoso surcado por relámpagos frecuentes, la falúa de la Capitanía del Puerto desembarcó los ataúdes de Sarmiento y de Paz. Forrados de negro, ambos llevaban, prendido al pié de la cruz de la tapa, un jazmín del Cabo marchito. Cayeron los remos de los marineros sobre las aguas del Plata, agitado como los corazones de los que tomaban parte en tan conmovedora escena, y la falúa se apartó del vapor que acababa de ser hospital y sarcófago. Con las vergas cruzadas y la bandera a media asta, quedó como envuelto en fúnebre crespón. Cuando llegamos al muelle, la generación de Sarmiento y de Paz, sus compañeros de Colegio y de Universidad, esperaban las cenizas de ambos con lágrimas en los ojos. Muchas damas y señoritas los aguardaban también con el pecho oprimido y las manos llenas de flores. Si el amor pudiera reanimar a los que murieron, Sarmiento y Paz habrían entrado por sus pies en la ciudad en que habían pasado las horas brillantes de su existencia breve. Al tocar tierra, la noche desplegaba sus cendales, y las nubes contagiadas por el ejemplo de los habitantes de Buenos Aires, empezaron a llorar. Pasados los cuerpos a otros ataúdes, el de Paz fué conducido a su casa, y el de Sarmiento a la habitación del Dr. D. Guillermo Rawson, porque se temió que al infortunio de la pérdida del hijo, agregara la madre el infortunio de la pérdida de la razón. El padre no pudo escuchar los gemidos maternales, ni los lamentos de los amigos de Dominguito, ni contemplar la fisonomía tétrica del día en que entró inerte en la ciudad que le vió partir, rebosándole el contento, el sacrificio y a la gloria. Él y su malogrado compañero, fueron arrebatados por la ola de los sucesos, que los devolvió también a la playa, como los restos de un naufragio. Ahora reposan de sus nobles fatigas en el seno de la tierra de su predilección, por cuyo amor vivieron, por cuyo amor murieron!".

S. Estrada.

CAPITULO VII

EL CAPITÁN

Con solo darle este título ya empiezan a flotar en el aire crespones sombríos y en la memoria del viajero a gemir suavemente con el bullicio eolio de las palmas reales que contemplé en los cafetales de la Habana, de noche, a la luz plácida de la luna, en ordenadas y misteriosas filas, y cuyos rizos, porque sus hojas son espirales a guisa de cabelleras encrespadas, que agitadas por la brisa tibia de los trópicos, dan sonidos que el alma busca a los años, tristes, melancólicos.

Veíase venir en el cadete improvisado en San Juan el voluntario a la primera llamada a las armas en nombre de una idea o en defensa de la patria;

y Dios me lo perdone, si hay que pedir perdón de que el hijo muera en un campo de batalla, *pro patria* pues yo lo vine dirigiendo hacia su temprano fin.

Poco tenía que rondar el fuego para prender en esta alma harto excitable, para elevarse como fanal que ilumina la Historia o pira que se consume a sí misma.

Veníamos educando a la juventud de Bueños Aires, para la nueva vida a que llamaban la situación precaria del Estado, y el porvenir de las instituciones libres. Habíanla retraído durante la tiranía de Rosas de empuñar las armas, la posición híbrida del oficial, soldado y asesino a la vez, con la guerra a muerte y el degüello. Cuan lejos estábamos de la época de los Las Heras, los Necocheas, los Lavalles, cuyo valor era congénere con la belleza de raza, la altivez caballeresca o la elegancia del alto tono social. En Cepeda calzaron guante blanco de cabrittilla todos los oficiales de caballería, echando este reto a camisetas coloradas que debían encontrar por delante.

A la súbita declaración de guerra del Paraguay, respondió un grito general de la nueva juventud, que dejó heladas a las madres. ¡Cuántos habían de morir, de sus tiernos hijos, en las selvas de aquel misterioso Paraguay, que educado a la obediencia *per inde ac cadáver*, que Francia el doctor inoculó de la raza guaraní a la raza española, y los López intentaron extender como una mancha de aceite sobre la superficie de estos países, como los marinos sobre el mar, a fin de calmar las enfurecidas olas revolucionarias y salvar la nave del Estado cuyas velas se azotaran a los mástiles, faltándoles con la obtenida calma, el impulso que a todo imprime, pueblos y gobiernos, el soplo de la libertad.

Pocos han pensado que la guerra del Paraguay fuese otra cosa que necesidad de vengar agravios de un tirano atrabiliario. Los que han seguido el impulso de las ideas revolucionarias de la Francia en 1793, se imaginan que solo la libertad inspira el deseo y la misión de propagarla. El despotismo tiene los mismos arrebatos, acompañados de lástimas por los pobres pueblos que agitan el viento impetuoso de la demagogia y destruyen los remolinos de la anarquía.

La barbarie misma puede ser misionera e invadir desde lo alto de las montañas como los clanes escoceses las llanuras, o los eternos escitas, las tribus germánicas y los símbrios, los hunos, los godos visigodos y ostrogodos empujarse unos a otros sobre la Italia, en donde arde sobre el Capitolio de Roma la luz que alumbró al mundo.

López había organizado treinta mil hombres bajo la disciplina del terror hereditario ya latente, y que produce héroes, como entre los romanos el culto al Pavor, a la Palidez, a la Muerte. Cuando dos mil paraguayos se vieron rodeados por el General Flores con diez mil y dieciseis piezas de artillería, a la intimación de rendirse contestaban simple y heroicamente: "no tenemos orden", y morían. Tenía vistos por el Brasil, en el fuerte Borbón, enormes depósitos de pólvora y plomo y muchos cañones, y su plan de operaciones estaba completo. Enviar una división paraguaya a ocupar Uruguayana que divide el Brasil de Montevideo, obstruir el Río Uruguay, y hacer avanzar el resto de su ejército sobre la ciudad uruguaya, proclamada capital del Paraguay, englobando en su seno las provincias de Matto Grosso, Corrientes, Entre Ríos y Banda Oriental, saliendo así la oscura y misteriosa China americana a dar frente al Atlántico y poniendo orden en el desorden de la burlesca Confederación o República Argentina. ¿Se ha olvidado que el ejército entreriano que el nacionalismo del

General Urquiza puso al servicio del Presidente, fué sublevado en Basualdo por López Jordán que no quería ser parte de una nación porteña?

López repetía lo que los emperadores romanos hicieron trasladando la capital a Bisancio, para estar sobre la culta Grecia al habla del Asia menor, y como es la eterna empresa de la Rusia asomar la frente al Bósforo y calentarse a los rayos del sol de Oriente. El General Santa Cruz restauró el antiguo imperio de los Incas con la confederación Perú-boliviana.

De buena escapábamos, merced al alzamiento de la juventud de las aulas y de la clase culta de Buenos Aires.

La proclama de Mitre: "en un día en los cuarteles, en quince en la Asunción, en tres meses de regreso a sus hogares"... era calculada para mover heroísmos juveniles que en alas de las fantasías *van, ven y vencen*, adonde quiera que dirijan su *yacht*, engalanada de guirnaldas de flores la proa, tendida de bicolores cenefas la borda y flotando al aire en gallardetes juguetones sus esperanzas. El mar, es decir el abismo, presencia en silencio e irónicamente sonriendo, este poema épico.

Dominguito fué el primero de los enrolados. Mitre era su amigo, su tutor, y nada resistía aunque quisieran, a aquel torrente, que encontraba como un canal de molino, para apoderarse de la dirección dada desde la infancia a sus ideas, con los ideales que el había forjado.

Aun después de calmado el primer ardor juvenil en muchos que después de regularizada la guerra, pidieron licencia temporal y su retiro, vueltos a Buenos Aires después de haber aspirado el humo de la pólvora, resistió Dominguito a los esfuerzos de sus amigos incitados a ello por la angustia materna, para que no abandonase el sendero que le trazaban sus brillantes estudios universitarios. Entonces dijo al Dr. Avellaneda la razón de su persistencia: "Mi suerte está echada. Me ha educado mi padre con su ejemplo y sus lecciones para la vida pública. No tengo una carrera, pero para ser hombre de Estado en nuestro país, es preciso haber manejado la espada; y yo soy nervioso, como Enrique II, y necesito endurecerme al frente del enemigo". ¿Qué oponer a estas razones?

Y sin embargo, había en ello una verdad palpable, ostentando las cicatrices de heridas ya curadas, por la herida misma. Escribo la historia de una alma, y ninguna de sus manifestaciones es indiferente para comprenderla.

A la edad de tres años, hacíanle tal impresión las detonaciones de cohetes voladores que huía aterrado, y pidiendo a gritos que no tirasen cohetes, bien que era en las plazas o a gran distancia que se les oía desde casa. Los niños mimados suelen pedir una estrella o la luna, a la que hacen cariños, como a una amiga. No era seguro que se abstuviesen de tirar cohetes por reclamarlo así el príncipe heredero, pero su aya se propuso quitarle sus pavores por el camino señalado por Franklin, que conduce a domesticar el rayo. Proveyóse de un paquete de coheteillos colorados de la China, y con la mayor indiferencia empezó a prenderlos en medio del patio de a dos, de a seis, de a diez. La sensitiva ganó luego el olivo metiéndose en sagrado, la sala, pero desde allí oyendo con terror desplomarse el mundo. Al día siguiente igual operación, con aumento de cohetes, y asomar la cabecita el asustadizo recluso, admirado de ver que no le hacían nada al que los prendía. El curso de lecciones seguía diariamente, el educando se acercaba con precaución, acertaba por minutos la distancia, llegó al fin hasta tomar un cohete prendido y arrojarlo para que reventara lejos, terminando el curso, con mantener en su

propia mano, hiriéndole el cuerpecito, como un azogado de los pies a la cabeza, un paquete entero de cohetes y agotarlo heroicamente sin soltar la presa. El inconveniente de este sistema de curación, fué el del uso del alcohol, o de la morfina que el enfermo pide a cada momento; y muchos paquetes de cohetes hicieron que la casa estuviera de zambra con frecuencia. El rifle Colton de su padre lo inutilizó amarrándolo a un poste y disparando el gatillo con una cuerda. Y sin embargo, el primer tiro de carabina que hizo mató a un zambullidor, ave acuática de caza difícil para los adultos, tan sereno estaba su pulso.

Recuérdase el hecho de acometer a un hombre para hacerle entregar un sombrero, sus aventuras a caballo no revelan pisca de miedo. Oyendo que en Chile no hay víboras, tomaba culebras con la mano, y con el lacito corredizo de crin, a la punta de una varilla, cazaba unas lindas lagartijas verde-amarillas que pululan en las tapias en Chile, se las echaba en el bolsillo, y fué preciso prohibirle que se las echara en el seno a las criadas desjaretadas. No era cierto, pues, que hubiera necesidad de foguearse para evitar crispaciones de nervios. Su educación había tendido a embotar la sensibilidad, y se dejó arrancar un sobrediente, después de alguna resistencia, con solo decirle que un hombre... que el hombre... que solo las mujeres...

Siendo ya muchachón grande, hizo alguna burla pesada a un italiano, hombre fornido.

—Me pilló en el muelle, decía, y me cerró el paso, emperrado en pescarme y darme los merecidos pescozones. En vano era pedirle que me dejase pasar, ya creía tenerme en sus manos. La historia se prolongaba, y ahí estábamos los dos, sin mejorar de posición él, y sin poder escaparme yo, cuando me acordé de un golpe que me habían enseñado de raro y seguro efecto, y, para probarlo *in anima vili*, me acerqué decididamente al hombre, diciéndole con la mano levartada: apártese de mi camino, porque sino... (lo que menos se esperaba el tonto), zas de un salto en el aire le doy con la mano abierta tal palmada en la corona de la cabeza, que mi italiano, viendo estrellas, se llevó ambas manos a los ojos, creyendo que se le salían con el sacudimiento; y yo tomé el lado del Resguardo, riendome en su barbas, pues no había para que disparar. Este es un ataque de un Cid Campeador.

Estos hectos muestran que la razón dada al Dr. Avellaneda tenía sólo una apariencia de razón, para persistir honorablemente, científicamente, diría, en su poesía de la guerra. La actitud heroica que asumía en el combate acusa la acumulación de la sangre en el cerebro que hace centellear los ojos, mientras el miedo la aleja y produce la palidez del semblante. Los oradores, los poetas, los descubridores, se transfiguran en el apogeo de la exaltación.

Debió, pues, ser uno de los primeros en acudir a los cuarteles a donde llamaba a la juventud el Presidente Mitre, en lenguaje del champagne, y le dio el título de Ayudante Mayor de Guardia Nacional que había tomado por asalto en San Juan y viendo que a la Guardia Nacional los soldados de línea le llamaban la *niña Manuelita*, porque se le economizaba su ración de balas, pidió y obtuvo del favor de todos sentar plaza de Capitán en un batallón de línea.

Hasta aquí llega lo que puede saberse de un oficial subalterno de la Guardia Nacional, aunque fuera el hijo del Vice Presidente de la República que murió también en el mismo combate y cuyas cenizas fueron con las del Capitancito traídas para honrarlas, al Cementerio de Buenos Aires, ambos capitanes, ambos estudiantes de la Universidad, ambos hijos de personajes

que ocupaban puestos eminentes, y que hemos dado en llamar consulares. "El joven Paz, decía el corresponsal "Falstaff", hijo del Presidente, acaba de morir también. Sus restos bajarán a esa con los de Sarmiento".

"Las carpas de Rosetti, Charlone, Fraga, Días, Sarmiento, Cádiz, Salvadores, Nicolorich, Paz, Iparraguirre, Darragueira, Vega y tantos otros, se hallaban desiertas, pues allí donde existía la alegría, solo vemos vagar las sombras de aquellos compañeros queridos, que nos dejaron para siempre". Esto es todo lo que encuentro en las correspondencias del Ejército, y he debido apelar a los recuerdos del Comandante de su batallón, para llenar la página en que termina con su muerte en Curupaití, aquella existencia que pedía algunos años más para mostrar su brillo.

Señor General D. Lucio V. Mansilla.

Mi estimado general:

Con motivo de haberse publicado el retrato de Dominguito, empecé una sucinta biografía suya que ya va abultada y que con el amor de padre del héroe y del libro, hallo bastante buena.

El último capítulo es la parte militar y militante, y me encuentro a oscuras, habiendo estado tan distantes del teatro de los sucesos. Acudo, por lo tanto, al Comandante del batallón de que era Capitán, y a cuya vista murió y con su afecto de Jefe y de amigo, no ha de permitir que salga trunca esta pieza.

Ruégole, pues, que suministre los datos de lo que conserve memoria o apuñees, o reseñe los documentos sobre su carrera y conducta militar; y si quiere darles la forma de una carta o de un capítulo del ensayo, adquirirá la biografía ese nuevo interés, con el testimonio y narrativa de su propio Jefe.

En una colección de los discursos pronunciados sobre su tumba, viene una descripción minuciosa del combate del 23 por "Falstaff". Es lo único que no tengo.

Con este motivo, me es grato saludarlo.

D. F. Sarmiento.

Sr. General D. Domingo F. Sarmiento.

Buenos Aires, junio 9 de 1886.

Querido General:

"Acabo de recibir su carta, que he leído con emoción, y me apresuro a contestarla, comprendiendo el amor de padre del héroe del libro, que, en este caso, es fundado y legítimo.

"La opción me la deja Vd.; ya está hecha: entre un capítulo mío, que agregar a su ensayo y una carta, opto por lo que me parece más adecuado.

"El capítulo tendría para mí un inconveniente. Faltaría a una regla de conducta que me he impuesto: no ocuparme de guerras y batallas, que

llamaremos argentinas, mientras vivan los que las ganaron, o perdieron; lo que no quiere decir que no tenga algo escrito sobre la materia, que se hallará entre mis papeles cuando yo ya no exista, para ayudar con ello a los que se atreven a escribir sin prevenciones nuestra historia militar.

"La carta me permite ser conciso, complacerlo a Vd. sin el menor inconveniente; y la estoy escribiendo con tanto placer cuanto era grande al afecto que le profesaba a ese Dominguito de quien, según las mismas expresiones de V, yo había sido mentor y guía. (1865).

"Las biografías de los grandes hombres, no necesitan ser largas para que destaque su figura en la historia. Un epitafio como el de Franklin: *Eripuit coelo fulmen sceptrumque tyrannis*, puede decir tanto o más, que todo un libro que no lo contenga. Por eso sobre la tumba del primer soldado del siglo no se lee sino una palabra: *Napoleón!*

"Mi memoria es fuertemente retrospectiva. Recuerdo todo cuanto he visto, y si me permitiera describirlo, los otros testigos presenciales, tratándose de hechos colectivos, que vieron el cuadro una vez descrito, puede ser que lo hallaran incoloro; dudo mucho que lo tacharan de dibujado con incorrección.

"¿Qué quiere V. entonces que le diga sobre el Capitán Sarmiento en los combates y grandes batallas en que se encontró sirviendo bajo mis órdenes? ¿Qué haga algo como el esbozo de ellas? sería infringir la regla de conducta a que me acabo de referir.

"Pero puedo hacer otra cosa: decirle al padre, que vivía lejos de él, que era su hijo; y decírselo con mas autoridad que nadie y envidiando su triste suerte, porque admitiendo que Vd. no hubiera reflejado un rayo de luz, podría pagar su último tributo a la naturaleza, sintiéndose orgulloso de poder exclamar: tuve un hijo que supo morir por la patria.

"Vd. no sabe quizás que Dominguito murió herido en el pecho, lejos, muy lejos ya de aquellas terribles trincheras de Curupaití, lo que quiere decir, que ni aun en retirada dejaba de tener para él, —poesía e imán el peligro.

"Todo él entero y verdadero, estaba en eso: la guerra era para él, no un arte, no una ciencia, mucho menos un oficio, era una vocación. Y como el fraile de la Trapa que cava su propia sepultura, debió morir y murió, del modo más glorioso, en el campo de batalla y al pie de su bandera, que por él y Pedro Iparraguirre, se salvó.

"Un día, tan es exacto lo que voy diciendo, decíame él después del primer encuentro con el enemigo que fué recio, "y esto es pelear". Dominguito, le contesté: si quieres más tienes que leerlo en la Mitología, y, mira, no te apures.

"Los combates como los naufragios dejan impresiones indelebles. Puedo entonces afirmar, que aunque Dominguito era un joven varonil y esbelto, como hay muchos, siendo la belleza la armonía del temperamento con las circunstancias, se transfigura en el fuego reflejando su rostro y su apostura los destellos y las formas típicas del paladín épico. Concentrando una batalla en un episodio, Horacio Vernet no habría tenido un modelo más correcto.

"Agregue Vd. a su ímpetu irresistible una dulzura de mando imperturbable, piense Vd. qué general futuro cayó para no levantarse sino en bronce en la memorable y gloriosa jornada.

"Se ocupaba mucho nuestro inolvidable Capitán de todos los detalles de su compañía y como tenía buena letra y escribía con facilidad, todos sus papeles estaban siempre en regla. Leía poco; pero estudiaba. Admiraba mucho

el talento de Rawson y tenía particular afecto por el general Mitre, aunque viviera criticando que no nos hiciera pelear más.

"Tenía en el alma una pena y una nostalgia; que Vd. estuviera lejos y su madre sola.

"En su compañía había un negro Juan Patiño, antiguo soldado del general Ayala, una especie de Juan sin Miedo, que fué su asistente, bueno como el pan, borracho como una pipa, bravo como las armas, y cuya vida, por no decir historia, contaré algún día, porque esa página será el trasunto de ese hombre anónimo, que se llama el soldado argentino: no ha de haber muerto, tenía siete vidas.

"Y ahora mi general y mi amigo, perdone Vd. si no he satisfecho cumplidamente su paternal anhelo y disponga de su servidor que le desea salud y alegría!

Lucio V. Mansilla

CAPITULO VIII

CURUPAITI

Este capítulo acaba con lo contenido en las primeras páginas de un librito en blanco, que con aquellas comienza y enmudece. El lector recordará que esta biografía principia también con las páginas de un librito en blanco, escritas a carbón, a lápiz, con tinta, a medida que las lecciones que contiene avanzan. Ay! el un librito estuvo al lado de la cuna, el otro quedó al lado de la tumba! En aquél hablaba el espíritu, aquí el corazón. Allá el maestro que enseña, el padre que guía. Aquí la madre que presiente, que escucha voces plañideras dentro de sí, como creemos oír gemidos cuando el viento agita los árboles en la tempestad, y tendemos el oído temiendo que alguno pida socorro y no sea escuchado.

Hay presentimientos! La razón se niega a admitirlos sino son las deducciones de la ciencia o los efectos de las causas, y sin embargo la tradición, la voz del pueblo, se obstina en admitirlos oponiendo a la razón la evidencia, el testimonio de los siglos, la presencia del convencimiento íntimo. No creo en presentimientos, dice alguno, echándola de despreocupado; pero yo no puedo poner en duda, lo que por mí mismo pasó.

Y yo creo en muchas y muy misteriosas relaciones que escapan a las leyes naturales conocidas, y que la lógica repugna. Cuando alguien dice: "*Precisamente estaba yo pensando en eso mismo. ¡Qué coincidencia!*" Yo he notado el hecho, como una de las cien veces que he dicho o me han dicho lo mismo. Luego dos cerebros estaban en comunicación, y se movían al unísono, como vibran las octavas acordes del arpa o de la guitarra, si se toca una de las cuerdas; y cuando oigo decir: "*Hablando del Rey de Roma, luego asoma*", tan antiguo, tan constante es el hecho, que ya hay proverbios, sin que sepamos quien y donde se apareció un rey de Roma que nunca hubo, sino es alguno de los Etruscos Tarquinos, y los Etruscos, se sabe, eran pueblos muy dados a las ciencias ocultas y divinatorias. Lo que es yo, creo firmemente, que nos rodea

una atmósfera de efluvios nuestros, simpáticos a los de nuestros amigos, que nos sienten venir, con lo que nuestra imagen y recuerdo se despierta en su memoria y ya nos están aguardando cuando llegamos.

Hoy se admite la existencia del éter, que no puede ser imaginado siquiera, tan desleído que llena el universo, conduce la luz, la electricidad por oleadas como quieran y está por tanto dentro de nosotros mismos, como si viviéramos dentro de un mar que nos penetra y une al mismo tiempo. ¿Por qué no han de tocarse así los cerebros y agitarse en dos por simpatía la misma idea? ¡Los perros encuentran el olor del amo, en el aire que se ha removido, ha sido respirado y mezclado, tres días después que por ahí pasó! Llamémosle olor, a falta de otra palabra. Será atmósfera.

Empieza a hacer lugar la ciencia a lo increíble, y sin embargo, la comunión de las almas fué el medio y el fin de todas las religiones, y la ciencia respetó lo increíble por siglos. Hoy creemos en el teléfono, que es más increíble que la comunión de las almas que nos empeñamos en regar. El teléfono está basado sobre un mar de vibraciones que hace olas, y transmite sonidos en segundos dando vuelta a la tierra. Estamos ya en dominios de lo increíble.

Hánse empezado a recoger escritos sobre visiones, apariciones, avisos y todo lo que llamamos *abusiones*, y se han reunido millares de testimonios, algunos tan comprobados, verificados, que no se pedirían mayores pruebas para sentenciar a muerte un reo. Un joven militar inglés está en una mesa redonda comiendo con sus camaradas en la India y de repente lo ven inmutarse. ¿Qué sucede? le preguntan. Nada, dice, sonriendo; he visto pasar a mi hermano por esa ventana, no obstante que está en Inglaterra. Tómase nota auténtica de la hora y auténtica es la respuesta de regreso de la mala de Indias a Calcuta, que el hermano murió precisamente a aquella hora. Y como éste, mil.

En multitud de casos, en la mayor parte llega a encontrarse un motor, un hecho, un recuerdo, un color, un olor, —(los olores están mas íntimamente adheridos al cerebro. ¿Por que? Porque son la atmósfera que rodea a una violeta, como el aire a la tierra)—que despertó en dos almas una idea, por lo que se llama asociación de ideas; pero admitiendo la verdad de éste hecho, mi práctica de hombre crédulo, sin gazmoña y sin partido tomado, me parece persistir en mi teoría de un mar de algo en que vivimos y nos penetra. ¿Dios ve lo que pasa dentro de nosotros? Luego ya estamos en camino de creer que algo nos ve, y se ve, y se deja ver a un tiempo, en nuestros amigos, parientes y sobre todo, entre padre e hijos, y más que todo, entre la madre y el hijo de sus entrañas; por que de estos conocemos la lengua que hablan su espíritu o su corazón.

En este género de fenómenos entra el trágico fin del capitán Domingo Fidel Sarmiento. Estaba anunciada en Buenos Aires la proximidad de un combate general en el Paraguay, y natural es la desazón que las madres experimentarían con tan terrible expectativa. La mayor parte de jefes, oficiales y soldados tenían madre, y el desasosiego maternal debió ser común. ¿Sería tan intenso en las madres de los que no murieron? ¿Seríalo en el corazón de todas las que perdieron sus hijos? Seríalo en hora buena; pero no han dejado un drama escrito, no se pusieron, como en este caso, en contacto dos almas, ni dejó la una un testamento de consuelos a la otra. En una cartera, que para el caso recibió de la misma madre, dejándola depositada en el bolsillo izquierdo

de su saco, dice, como si al entrar en línea, previniera al que hubiere de levantar su cadáver, que allí encontraría la carta que dirige a su madre, para que se la envíe.

Quien haya leído *Recuerdos de Provincia*, recordará que mi maestro y mentor, el Presbítero D. José de Oro, trabajó constantemente en curar mi espíritu de supersticiones y mis nervios de miedos, haciéndome entrar en una capilla a la sacristía oscura, dejando atrás un difunto, lo que me dió por resultado dormir en verano por evitar insectos dentro del Campo Santo anexo, cerca de almohadas abandonadas. El respetable sacerdote recordó muchas veces, por este motivo o el otro, haberse perdido joven en las Pampas de Buenos Aires tres días, salvado solo por el inerrable instinto del caballo, cuando la sed lo aquejaba a muerte, y que al llegar a San Juan, entre sollozos de dicha, su madre doña Elena Albarracín, le preguntó que le había acontecido, pues casi había sucumbido al dolor, teniéndolo por muerto el día cuya fecha apuntó por creerlo un presentimiento, y visto, resultó ser exactamente el día que estuvo en peligro de muerte. Córtase es verdad, el cordón que unía a la madre con el hijo, pero son, separados o unidos, la misma carne, la misma naturaleza, si tienen atmósferas que lo rodean en la vida, tan pequeño es nuestro globo, para que no se crucen, ¿por qué no han de vibrar como el aire con sonidos, como el éter con la luz, que corre a 200.000 millas por segundo; como la electricidad que se la mueve también de un cabo d otro del mundo! ¿No será por esto que recordarnos siempre con amor a nuestra madre, San Agustín, Renan, Lamartine y tantos otros que la erigen un altar? El corazón de la madre a su vez sangra cuando el otro pedazo es herido de muerte o corre inminente peligro de serlo.

El drama misterioso comienza por la correspondencia anónima que el Capitán Sarmiento dirige por la primera vez a *La Tribuna*, como si necesitara poner al corriente a su madre de la situación y escenario en que van a desarrollarse los inminentes acontecimientos. D. J. Carlos Paz le comunica el mismo día 6 de Setiembre la acogida favorable que su correspondencia ha tenido; y ese mismo día 6, la madre le escribía, por salir entonces vapor:

"Todas las correspondencias que nos han dado los diarios traídos en este correo, dicen que ayer u hoy habrán atacado el campamento enemigo. No sé que decirte, hijo mío, estoy sumamente preocupada. Mi imaginación me hace desconfiar de todo y no hallar sino peligros. Oh! Dios mío, ¡cuándo te veré en casa para descansar de esta inquietud! No sé como oiré la señal del primer vapor, que, según dicen, nos traerá el resultado del ataque!...

"Te mando entre los diarios dos libritos de bolsillo, porque uno me parecía poco. Prudencia en todo, mi querido hijo, y deseándote la mayor delicidad en los peligros que te rodearán, te envía un abrazo.— *Benita.*"

Oh! Uno era demasiado! Solo contiene la dedicatoria y la carta que llegará a su destino *post mortem*, como las cartas que dejan los suicidas.

Enviósela el día de cabo de año siguiente con la cartera que lo contenía, el Dr. Rawson. "Allí en un librito de memorias de Dominguito que le envió, encontrará Vd. los últimos pensamientos de su hijo. Tenga el coraje de leerlos y confórtese con esos nobilísimos sentimientos, dignos de un héroe y de un hijo tierno. Nadie puede repetir palabras como las que va a leer, escritas en la hora suprema y dirigidas por el mártir a la madre.

Su afectísimo.

G. Rawson

*

Como su vida, como su discurso de inauguración del Club de Estudiantes de que es nombrado Presidente, como su introducción a *Paris en América*, su librito de memorias es el prólogo de una grande obra que iba a escribirse y la pluma cayósele de la mano, con la mano misma inerte como en otra carta escribe a su mamá que un comandante brasilero escribía el parte de un combate naval en que derrotó a los paraguayos y una bala de cañón le cortó el aliento y la oración.

El temple en que está la lira del futuro Homero, puede colegirse en esta otra nota:

"Si mañana atacamos espero poder marcar en esta misma página la hora en que ponga el pie sobre la trinchera que mi batallón tendrá la gloria de tomar primero!"

Otra cosa ha escrito en seguida...! Pero lejos, y como reminiscencia, ha copiado la orden del cuerpo, que mandaba el coronel D. Juan Ayala, su Jefe, en la cual ofrece un ascenso a oficial al primer soldado que escale la trinchera y espera "que sus soldados y compañeros, sostendrán en el día de hoy, el honor del batallón, peleando como soldados de orden, subordinados y valientes. —Campamento de Curuzú, septiembre 17 de 1866. *Juan Ayala.*"

"Recibí este librito, dice la dedicatoria, el 14 de septiembre en el campamento de Curuzú. Habíamos llegado el día antes y esperábamos por momentos el ataque a las fortificaciones de Curupaití. Resolví entonces hacer algunos apuntes personales, y *"dejar correr a esta cartera su suerte, en el bolsillo izquierdo de mi blusa."*

"El 17, día anunciado para el asalto, pensé hacer algunos apuntes; no los hice, e hice muy bien. Ahora comienzo a servirme de él usando de esta primera página, que he escrito a las diez de la mañana de 21 de septiembre en el mismo campamento de que hice mención mas arriba".

"Querida vieja. Septiembre 21 de 1866. *-(Víspera de la batalla)*. La guerra es un juego de azar. Puede la fortuna sonreír, como abandonar al que se expone al plomo enemigo.

"Si las visiones que nadie llama y que ellas solas vienen a adormecer las curas fatigas, dan la seguridad de vida en el porvenir que ellas pintan; si halagadores presentimientos que atraen para mas adelante; si la ambición de un destino brillante que yo me forjo, son bastantes para dar tranquilidad al ánimo, serenado por la santa misión de defender a su patria, yo tengo fe en mí, fe firme y perfecta en mi camino. ¿Qué es la fe? No puedo esplicármelo; pero me basta.

"Mas si lo que tengo por presentimientos son ilusiones destinadas a desvanecerse ante la metralla de Curupaití o de Humaitá, no sientas mi pérdida hasta el punto de sucumbir bajo la pesadumbre de dolor. Morir por su patria es vivir, es dar a nuestro nombre un brillo que nada borrará; y nunca jamás fué más digna la mujer que cuando con estoica resignación envía a las batallas al hijo de sus entrañas.

"Las madres argentinas transmitirán a las generaciones el legado de la abnegación y del sacrificio.

"Pero dejemos aquí estas líneas que un exceso de cariño me *hace suponer ser letras postumas que te dirijo*".

Tal es el libro, tal la carta, tal el pensamiento, tal el fin. Estas ideas tristes lo asaltan un día antes del combate, como los fantasmas que vió Brutus la víspera de Farsalia. No quiso abrir el registro de su último pensamiento el 17, e hizo bien, dice, porque no era víspera de batalla. Todas las razones en que se fortifica su fe en el porvenir, son razones para él, pero no de gran peso para el corazón de una madre. Hay ostentación en sus seguridades, como para encubrir la segunda parte que es el objeto de la carta; pero si todo ello, porvenir, gloria, nombre brillante, fuesen ilusiones, que mal llama *presentimientos*, porque estos sí, que vienen sin que los llamen, entonces, consuela el dolor que vé venir; y se atrinchera en el deber, en el patriotismo, excitando a la madre a subir a tan altas regiones, porque, ¿presiente?... que esta carta legará después de su muerte.

En esta misma página, en lugar de marcar la hora en que su batallón montará sobre las trincheras de Curupaití, con lápiz más negro, con la letra más grande y firme pulso, está escrito:

Septiembre 22 de 1866

*Son las diez. Las balas de grueso calibre estallan
sobre el batallón. Salud mi madre!*

En Washington recibieron los oficiales de la Legación Argentina la infausta nueva, que comunicaron con delicados intervalos y a dosis preventivas primero, hasta vaciar el amargo cáliz y mostrar las heces. ¿Qué decir de los dolores de entonces, veinte años después! Un contraste todavía hacía mas penoso el natural sufrimiento. Habían separádose, padre e hijo, en San Juan, para seguir cada uno con su destino por rumbos opuestos. Con los años aquella movable fisonomía del púber de diez y siete años debió tomar los lineamientos del hombre adulto, hasta el retrato del Capitán con su pelo cortado a la mal content, pero la imagen grabada en la memoria paterna era suave, la del tierno, la del alegre niño apenas adolescente que vió en San Juan; y cada vez que el dolor quería presentarle la imagen del Capitán muerto en el campo de batalla, acaso mal o intempestivamente asistido por el escaso cuerpo médico, presentábasele la cara sonriente del festivo galán, echando hacia atrás por un movimiento de brioso corcel la espesa melena de cabellos que con el agacharse a fuerza de reir quería venírsele sobre los ojos. En el silencio de la noche, en las largas horas de insomnio, a veces creía oír la inextingible risa del joven travieso, como desde el bufete la oía todos los días, en la pieza donde las niñas se reunían antes de comer, y les contaba las anécdotas del baile, las bromas y los dichos que amenizaban los salones o las reuniones públicas.

¿Era esto un mal? El genio griego apartó de la muerte sus tristes pavores; y nuestras costumbres tienden a embellecer las moradas de los muertos disimulando los sepulcros bajo masas de verduras, flores y coronas, para dulcificar las penas que no pueden ser consoladas.

Cuando de regreso a la patria pude abrazar en silencio el depósito de sus restos, hospedado en el sepulcro de los Varelas, al lado del mártir de los

mártires argentinos, D. Florencio, pensé en cumplir con las cláusulas de su testamento, en cuanto era dado al paternal afecto, ya que la historia enmudece después que Hebé, la copera celeste, cayó por acaso y derramó la copa del néctar destinado a los Dioses.

Tenía el robusto niño derecho a la vida por largo tiempo, y sus ilusiones de un porvenir brillante, su noble ambición de legítima y merecida gloria que buscaba, le hacían soñar en la prolongación de la existencia por la gratitud y veneración de sus semejantes.

Pedí al cincel de un escultor romano de nota el busto en marmol, que, para que se hallen en buena compañía sus manes, está cerca de Franklin, de Washington, Lincoln, San Martín, Velez, Montt y otras glorias que le eran caras. Una columna corintia tronchada a media caña, señala su sepultura en el Cementerio de la Recoleta; y siguiendo la inspiración clásica consagré últimamente dos vasos bronceados. Uno de ellos es el vaso que se llama de los Borghese y que representa una fiesta presidida por Baco, acompañado de Sileno y el cortejo de las alegres bacantes. Este vaso es cinerario o votivo en honor de un héroe a cuyos manes vienen [a] hacer menos pesada la losa que los cubre el bullicio de la tierra, las alegrías de la vida, la danza juvenil, y la embriaguez que hace olvidar las penas. Como todo ello no significa nada, ningún sentimiento moderno perturba aquellas representaciones del arte antiguo. Recibiéronse con indulgencia las palabras que a la fiesta de los muertos, consagré el año pasado, y entrarán en este opúsculo, por haberlas motivado mi ofrenda y mis visitas al sepulcro de mi malogrado discípulo, cuyas ideas hasta la exaltación puedo atribuirme, aunque haya sido desgraciado el ensayo. ¡Tantos otros con méritos ya reconocidos murieron por la patria, que no he de abstenerme de decir que yo lo empujaba por ese camino que conduce a la gloria, por sobre la muerte que detiene a los demás! No pudo dar el alto por ser demasiado joven, y cayó... simple mortal como los demás, aunque era de la piedra en que se tallan los héroes.

Tal es el motivo que ha inspirado escribir esta biografía, ah! que no muera su memoria del todo ni tan pronto! Murió en la demanda de prolongarla. Los pocos escritos que deja y creo dignos de conservarlos, como lo notaron Goyena, Ventura de la Vega, Laboulaye, eran dignos de su asunto. Acaso en la América del Sud se borren los rastros que la libertad dejó en huellas sangrientas y prevalezca la libertad norteamericana de Webster, contra la libertad tumultuaria de South América. Entonces *París en América*, ambos Sarmiento y Laboulaye, desaparecerán hasta del recuerdo, pero como la colosal estatua de la libertad erigida en la Bahía de Nueva York verá por siglos acudir a sus puertas las riquezas, las naves del mundo, y presentar en pueblos felices, ilustrados y tranquilos bajo la Egida de las instituciones que no entendemos o desechamos nosotros; como la verdad es única; y la libertad es la condición necesaria de la vida, no han de tardar a revivirse los olvidados recuerdos, y entre la procesión de patriotas que esas libertades defendieron o quisieron introducir en la práctica revivirá la memoria del Capitán Domingo Fidel Sarmiento que traerá en una mano *París en América* o sea la Libertad Americana en Buenos Aires, para que otros jóvenes, imitando su ejemplo, terminen la obra en cuyos primeros andamios él se desplomó.

La carta que M. Laboulaye escribiera a la víspera de su muerte requiere un lugar en nuestra historia, por las semblanzas que establece. Yo la deposito

al pie de la biografía del discípulo de ambos, como anuncio feliz de que resucitaremos al tercer día!

Señor General Sarmiento:

Querido señor:

Recibo casi al mismo tiempo su amable carta y su nuevo libro. (*Conflictos y Armonías de las razas en América.*)

No he tenido el tiempo hasta ahora de leer sino la Introducción, que me ha recordado viejos amigos, Longfellow y la buena Miss Peabody que me ha escrito últimamente. Bajo semejantes auspicios, su libro no puede dejar de tener éxito. Está usted habituado al éxito.

Leeré esta nueva obra con gran interés y la colocaré al lado de *Las Escuelas en los Estados Unidos* y de *La Vida de Lincoln*. ¿Podré acaso hablar de ella? Lo espero, sin estar seguro de ello. De dos años a esta parte, mi salud ha quebrantado mucho (tengo setenta y dos años) y todo trabajo algo prolongado, se me hace difícil, sino imposible. Puede estar seguro de que haré cuanto me sea posible.

Nuestra República, en vez de americanizarse, vuelve a la centralización y la administración monárquica; yo no soy sino voz *clamante a deserto* o un *trouble fête* a quien no se quiere oír.

Los hechos se encargarán de darme la razón. La desconfianza está en todo y ayer hemos tenido la primera revuelta del nuevo régimen. Es poca cosa, pero es un comienzo y prueba que se vuelve a los asaltos de la fuerza, predilectos de las razas latinas. Si debemos esperar la salvación del porvenir, estamos perdidos.

Ya ve Vd., querido señor, que estoy de perfecto acuerdo con Vd.; pero no ¿somos Vd. Y yo acaso, los últimos americanos?

Creed os lo ruego, en todo mi respeto y toda mi amistad.

Vuestro amigo.

E. LABOULAYE.

París, 10 de Marzo de 1813.

Colegio de Francia, Rue des Ecoles.

La madre de D. Domingo Fidel Sarmiento, al remitir libros, cartas y papeles que guardaba, cual sagradas reliquias, llena un vacío en la apreciación y el carácter y vida íntima del hijo que perdió, por cuanto separado de su padre, al salir de la adolescencia, nada puede decir con utilidad, de las cualidades y carácter del hombre adulto, que no resulte de los testimonios indirectos que encierran las páginas precedentes. Una madre, empero, puede decir de su hijo, sin faltar a la verdad, lo que todas las madres encontrarán por sentimiento propio ser cierto.

"Envío todo lo que tengo, dice la carta, que creo de que puedas sacar partido. No registro mis cartas, que son muchísimas, porque a mas del suplicio atroz que experimento, no contienen sino cariños, esperanzas halagüeñas para entretenerme, apreciaciones íntimas de los sucesos de la guerra, pero que esto se hallará en la correspondencia de los diarios que te mandaré.

"El cuadro en latín que escribió el Dr. Aneiros (hoy el Ilmo. Arzobispo) , lo pusieron en el catafalco el día del funeral. El Dr. Aneiros presidió el duelo, viniendo de la Universidad a la cabeza de muchos jóvenes que eran sus alumnos y como catedrático que era de Dominguito.

"Todo su equipaje se lo desparpajaron en el campamento y con él sus libros de apuntes de toda la campaña que él pensaba escribir cuando volviese.

"Tenía cuando se fué, varios trabajos que preparaba, reuniendo datos.

"Lo que hacía instruirse más a Dominguito era su modo de estudiar que no se limitaba a los cursos que estudiaba en el texto, sino que consultaba otros autores que tratasen esa materia.

"Tenía una palabra fácil, atractiva, que lo habría hecho un hombre muy notable. Un corazón noble y generoso: no podía ver la desgracia sin tratar de ver si podía aliviarla, aún quitándose algunos de sus vestidos para darlos a otros que decía eran más pobres que él.

"Su ambición era de saber y la gloria de parecer bien, pues era pulcro en su lenguaje siempre.

"No habiéndolo visto hombre, he creído que debía hablarte así para que puedas juzgar lo que era Dominguito. Solo yo, que era su madre, su amiga, estaba en lo más íntimo de su alma, pues todas sus impresiones las depositaba en mí, aunque sabía que lo que no fuese justo había de reprochárselo.

Benita Martinez de Sarmiento.

* He aquí la inscripción del doctor Aneiros, que se conserva original:

DOMINGO FIDEL SARMIENTO

*et litteris et armis conspicuo
collegoe bonaerenses
poserunt.*

CAPITULO IX

APRECIACIONES MILITARES

DE ACTOS DE GUERRA, Y PLANES DE CAMPAÑA

Para justificar las anticipaciones del General D. Lucio Mancilla, y puesto que viste el hábito del soldado, tratará de darse cuenta de los planes y operaciones de guerra de que es ejecutor sumiso, aunque su inteligencia no esté siempre sometida a la disciplina. Cuéntase de la guerra franco-prusiana que los soldados rasos alemanes se comunicaban con sus compatriotas en griego, en sánscrito y otras lenguas muertas, para hacer alarde de la oportunidad de los estudios que cursaban en las aulas y que abandonaron a fin de pagar su tributo de sangre a la patria.

En la carta remitiendo los papeles que conserva y correspondencia de los diarios, su madre se lamenta que en el Paraguay después de su muerte, desparajaron sus libros de apantes de toda la campaña que él pensaba escribir cuando volviese

Privados de tan preciosos documentos, no primavos al lector benévolo de las correspondencias que registró la prensa de entonces, anónima o bajo seudónimos, y cuyos manuscritos originales de letra del joven oficial tengo a la vista. ¡Que no quede del todo frustrado, su noble propósito!

Tuyutí, Julio de 1866.

Señor Redactor de EL PUEBLO.

Querido amigo:

Ayer ha tenido lugar el mas sangriento y reñido combate de que se tenga memoria entre nosotros.

Ha tomado parte en él, todo el Ejército brasilero y la División Conesa.

Los brasileros tienen su línea de fortificación a 400 metros del bosque que, prolongándose sobre la izquierda al frente, sirve de apoyo a la derecha de las fortificaciones del enemigo.

Hace tres días se anunció que los paraguayos habían comenzado hacer una línea de trincheras en la orilla del monte.

Se dijo que debía hacerse un reconocimiento; y mientras pasaron dos días, el enemigo prosiguió sus trabajos bajo los fuegos de los cañones de la trinchera brasilera.

Ayer a la diana dos divisiones brasileras fueron en reconocimiento; y trabaron un reñidísimo combate sin conseguir avanzar sobre la trinchera enemiga. Nuevas divisiones reforzaron a éstas; y el combate ha seguido casi

sin interrupción alguna desde las 5 de la mañana del 16 hasta este momento, (9 de la mañana del 17).

La artillería ha estado cambiando sus disparos a 400 metros; y las líneas de infantería una de otra a 200.

El ejército brasilero que no ha conseguido desalojar al enemigo que se ha fortificado allí, en dos días hizo su visita y aparecieron, ya a 400 metros de sus cañones, ha tenido pérdidas enormes.

Los brasileros para sostener el combate han renido que recibir, a descubierto los fuegos que el enemigo hacía desde el pajonal que precede al monte, el bosque y la trinchera.

El bosque tiene un boquerón que es la entrada del camino que conduce a la fortificación enemiga, hay allí un desfiladero, y es allí donde se han estrellado por repetidas veces, las columnas brasileras sin conseguir desalojar al enemigo.

Una de las divisiones que había entrado en fuego por la mañana se retiró a las doce del día, teniendo después de seis horas de combate 1.100 hombres de pérdida.

A las doce se relevaron las Divisiones que se batían desde las seis de la mañana; y a las seis de la tarde volvieron al fuego las que habían estado las primeras horas.

La 2.^a División del Segundo Cuerpo de Ejército Argentino se batió ayer junto a las tropas brasileras. Felizmente ha tenido pocas perdidas, 50 hombres fuera de combate, y dos o tres oficiales heridos, entre éstos el Mayor Monterroso, Comandante del Batallón N^o 3 de Buenos Aires, y el Capitán Juan M. Rosas, Ayudante del Coronel Conesa.

Hoy ha ido la 3.^a División del mismo cuerpo de Ejército a reemplazar esa fuerza.

Ayer el Ejército Aliado se ha llevado un chasco soberano. Nos ha chasqueado el General en Jefe.

A las nueve de la mañana cuando el fuego de la izquierda estaba en su punto el primer cuerpo avanzó sobre el Estero en dirección a las fortificaciones enemigas.

Las divisiones del segundo cuerpo tomaron sus posiciones sobre el Estero. El 12 de línea pasó el Estero y fué a ocupar el puesto que había dealojado una guardia avanzada del enemigo, mientras que la guerrilla que mandaba el Comandante Ayala tiroteaba a la caballería paraguaya. Todo indicaba que íbamos a tomar las posiciones enemigas, ¡Delirio vano! Media hora después el ejército argentino recibió orden de volver a su campamento. No hubo mas novedad que dos disparos que hizo el cañoncito de campaña del 2 de línea, cuatro cohetes a la Congrève, que el enemigo dirigió sobre el 2 de línea y los fuegos de la guerrilla del Comandante Ayala.

El 24 de mayo estábamos arrepentidos de no haber cargado al enemigo el 2. Ayer nos arrepentimos de no haberlo hecho el 24.

Dentro de un mes diremos, y con razón, que ayer era el día mas a propósito para hacerlo.

Lo de siempre cebada al rabo.

El combate del once que nos costó caro, fue una estratagema del enemigo para llamarnos la atención al frente y proseguir amansalva sus trabajos de la izquierda. La estratagema le salió bien.

Es curioso lo que está pasando en esta guerra. Al principio nos reíamos del enemigo; y a todas sus cosas decíamos: *cosas paraguayas*, es decir, barbaridades. Después hemos tenido que tomar, y muy a lo serio, con descontento de *Antar*, y otros embusteros de oficio estos asuetos; y hoy día para nuestras cosas, no hay mas que decir y diremos bien: *cosas de España!*

Hace tres meses pasamos el río anunciando tragarnos al Paraguay en pocos días y hoy día estamos a treinta cuadras de donde desembarcamos.

Nos reíamos a carcajadas de sus trincheras; y hoy día nos hemos encerrado tras de zanjás y parapetos.

Contábamos desmoralizado su Ejército, las tropas destrozadas, diseminadas, y ayer después de catorce horas de fuego no interrumpido, no ha podido todo el Ejército Brasileiro, que compone los dos tercios del Ejército Aliado, desalojar al enemigo de una de esas trincheras que nos causaban tanta risa.

Ganamos la batalla de Tuyutí; y hace dos meses estamos en el mismo campamento. Hemos invadido al Paraguay y nos quedamos parados, indudablemente seguimos el ejemplo de la escuadra.

JULIO 18

El día de hoy nos ha sido fatal.

Ha llegado el momento que más temía; y es de que el país se convenza de que el Ejército Aliado no es superior al enemigo, no por sí mismo sino por esos Generales que son titulados. No ha bastado que el ejército brasileiro se batiera, división por división, para convencer al General en jefe que el camino que ha escogido para atacar al enemigo es el único inexpugnable. No ha bastado que caigan 4.500 soldados brasileiros y 200 entre Jefes y oficiales. No, hoy ha enviado a la 3.^a División del segundo cuerpo, la División del Interior. Después de cinco horas de mortífero combate, la 5.^a División tuvo el honor de tomar la trinchera por instantes, para tener que abandonarla completamente deshecha por el cañón enemigo.

Allí cayeron heridos los comandantes Yuffra, Cabot e Ivanowski, el mayor Palacios, una tercera parte de la oficialidad de los 4 batallones y como de 600 a 700 hombres fuera de combate.

El coronel Leon Pallejas que encabezaba el ataque con los restos de los batallones orientales, cayó muerto allí. Con este combate y la muerte del coronel Pallejas, no queda más del ejército Oriental que el General Flores, su hijo y su Estado Mayor.

No contentos con esto, enviaron a la 4.^a División.

El Coronel Agüero así lo comprendió, y al cargar, envió un ayudante a decir al General D. Emilio Mitre que le dio la orden: "*que cargaba; pero que iba a morir; que le recomendaba su mujer y sus hijos.*" Pocos momentos después cargaba a la cabeza del 2 de Línea, seguido del Batallón de D. Mateo Martínez. El ataque fué tremendo, apenas duró 20 minutos.

Nuestra bandera estuvo un segundo sobre el parapeto enemigo y después... vino la retirada.

Sobre la trinchera enemiga murió Agüero y su cadáver es trofeo del enemigo. Allí cayeron heridos Orma, el Jefe del 2do. Batallón de Línea y Borges su Mayor, Mateo Martínez tuvo un caballo aplastado por la metralla. El

2do. de línea tiene 8 oficiales entre muertos y heridos, y 140 hombres de tropa; y el Batallón de D. Mateo, 10 oficiales y 212 de tropa. Después de este ataque que no debió darse, como el de la 3.^a División que tampoco debió darse, porque estaba en la conciencia de todos, menos en la del General en jefe, que todo ataque a la trinchera enemiga allí era infructuoso e inútil; ¡y derrama inútilmente sangre tan generosa! ¡después de este ataque se emprendió la retirada, dejando nuestros muertos y cuando menos la mitad de nuestros heridos en poder del enemigo!

Mientras se daban estos ataques en la izquierda nuestra, el enemigo avanzó por la derecha. Pasaron el Estero como 1.500 nombres de caballería, un batallón como de 200 a 300 plazas y unas coheteras.

En el servicio de la derecha no había mas que una guerrilla que mandaba el Comandante Ayala, y el Batallón No. 12 de Infantería de línea. La guerrilla y el Batallón No. 12 se han batido durante una hora contra piezas tan superiores, y al cabo de este tiempo las han puesto en espantosa derrota, dejando el enemigo sembrado el campo con sus cadáveres. La guerrilla derrotó con una carga a la bayoneta a la infantería enemiga, el Batallón 12 recibió en cuadro las respectivas cargas de caballería enemiga, rompiéndola contra sus costados y haciendo dar vuelta a los escuadrones y quedando rodeado de paraguayos y caballos muertos.

Cuando vino protección, el enemigo huía en vergonzosa fuga.

¿Qué prueba esto? Prueba simplemente que hemos debido y debemos atacar por el frente y la derecha, por el campo abierto, recibiendo y contestando el fuego a pecho descubierto.

El General en jefe piensa de otro modo: le parece más conveniente tomar una trinchera que está al extremo de un callejón en el que entran los batallones ya diezmados por el fuego de fusilería de los costados del monte, como quien dice: de una y otra acera.

Después del ataque dado por el 2 de línea y el Batallón Mateo Martínez, se ha emprendido la retirada general y abandono del punto.

Se dice que se pedirá refuerzos. Soy de la opinión contraria. Con lo que hay aquí basta para batir al enemigo y acabar la guerra.

Voto porque se pidan generales, un poco de prudencia, tino, y algunas lecciones de estrategia.

Tuyutí, Agosto 30 de 1866.

PARA "LA TRIBUNA"

Desde el principio de la semana, creí que íbamos a tener grandes acontecimientos en ella; pero me he chasqueado, hasta hoy nada ha alterado la vida tranquila que llevamos: el ejército enemigo sigue cuidando su casa, nosotros la nuestra y nada más.

Simple guerrillas y tiros de cañón, son los hechos de estos últimos ocho días; sigue pues, la inercia, que unida a la pesada atmósfera que hemos sentido hoy, hace insoportable, odiosa, la vida del campamento.

Se han sucedido unos a otros los consejos de guerra de Generales de los aliados; al último asistió el señor Octaviano, y también el vizconde de Tamandaré; de éste ha resultado bien poca cosa, pues a nada decisivo han podido arribar; de parte de quien está la culpa, no es difícil conocer; la opinión del ejército señala al primero en poner obstáculos, al Sr. Tamandaré, por la criminal conducta que siempre ha observado; dicen que él es el único que ha puesto inconvenientes, fundados en qué, lo ignoro, lo que si sé, es que está fuera de duda que el barón de Porto Alegre con su ejército, queda formando un poder separado del ejército de tierra.

Con el pretexto de la combinación para entrar en pelea, el General en jefe de los Ejércitos Aliados no podrá disponer de los siete mil hombres que tiene ese ejército: si fuera para emprender pronto alguna operación, nada sería, pero Tamandaré no es individuo que se aflige mucho por ver resuelto el problema en que él es el número quebrado: no obstante, dicen que pronto, que mañana tal vez, empiece el barón a embarcar su infantería.

Se ruge que el General Flores se separará del ejército el día 5 del corriente; así creo que lo ha manifestado en la última reunión, sin embargo de haber hecho presente que si para esa fecha se decidía a atacar, él se quedaría a acompañarlos; pero que en caso contrario, partiría ese día.

Estas palabras han dado margen para que unos digan y otros repitan que el 5 atacaremos la línea enemiga. Pero la verdad es que nada se sabe de positivo.

De ese modo será difícil que el ejército tenga caballadas, y si vamos, nunca se podrían montar a todos los soldados de esa arma.

¿No sería mejor que se reuniesen tres o cuatro mil caballos, y no nos eternicemos aquí a que todos los diez mil de caballería estén montados?...

Por la orden general de la fecha han recibido un grado más al que tenían los jefes Ayala, Ivanowski, Díaz Alejandro, Romero y el capitán Alegre. Se dice que Orma y Borges también han recibido un grado. Tiempo era ya de premiar la conducta del valiente Mayor Borges; solo sentimos que no haya sido promovido a Teniente Coronel efectivo.

Hoy hemos sentido a muchas de las bandas de música de los diversos batallones del Ejército rodear la carpa del nuevo coronel D. Mateo J. Martínez. Por la noche, el Comandante Morales, con la oficialidad de su cuerpo y la banda de música, pasaron a felicitar a este Jefe, compañero de su mismo regimiento. El Comandante Morales, a nombre de los señores oficiales y soldados de su batallón pronunció un breve discurso lleno de sentimiento:

Digan Vds. para que llegue a conocimiento del escrupuloso Sr. Comisario de Guerra y Marina, que todos los parches que al fin ha remitido al Ejército, no sirven para nada; son pergaminos quemados y se rompen al estirarlos para armar la caja; es el fruto que se recoge comprando de lo que no sirve, porque es barato.

De Vds.

"EL"

CAPITULO X

PARIS EN AMERICA

LECTOR:

Hé aquí el nombre del libro, cuya traducción os ofrecemos. Está dedicada a la Europa y a la América. Lleva ya siete ediciones agotadas, y sin embargo, continúa todavía despertando la atención del mundo civilizado.

Su autor se oculta bajo el pseudónimo de Lefébvre, y no podemos decir a qué viene el misterio, tratándose de una reputación tan hecha como la de Laboulaye. Son secretos de la mente, cuyo velo no tenemos el poder de descender.

El rosario de títulos con que Lefébvre se adorna, puede pareceros trivial e inducir a creer que el charlatanismo ha querido abrirse paso, lanzando un globo de exploración. Pero no; Lefébvre es hombre y sesudo, —serio como un metodista, sesudo como buen catalán, —y si habla en tono de broma, es que en los tiempos que alcanzamos, los libros y papeles que mienten y engañan son más que los libros y papeles serios.

Díganlo sino *El Times* y *El Monitor* comparados con *El Punch* y *El Charivari*; *La Tribuna* y *El Mosquito*, Montaigne y Renán.

La sociedad quiere que se le engañe sin reír, y que se le diga la verdad haciéndola reír. Con su pan se lo coman, decía frecuentemente el padre de uno de los traductores: en el pecado va la penitencial

Leedlo y lo veréis. Os aseguramos bajo nuestra *palabra de honor*, que no seras como Nemorino, víctimas de Dulcamara.

Hay en él algo para la mujer, algo para el hombre, algo para el comerciante, algo para el fraile, algo para el gobierno, algo para el pueblo, algo para los necios, algo para los vivos, en suma y para acabar en dos palabras la enumeración, *mucho para todos*.

Si lo leís en invierno os aseguramos que no os incomodará la lumbre de la estufa (si la tenéis), ni el frío (que lo dudamos). Si leís en verano, la cuestión cambia de aspecto, como es natural, y, es casi seguro que si estáis al rayo del sol aguantareis. Es libro para el hogar, libro para el campamento, libro para el *touriste*, y que solo puede no advertir a los que admiran la organización política y social de la China y del Mogol

Si creéis que, porque habéis leído a Tocqueville, Chevalier, Grinke y las correspondencias de Debrin, conocéis la América, os equivocáis. Los tres primeros os habrán dicho y enseñado, como está constituido el gobierno; os habrán explicado la complicada y a la vez sencilla maquinaria del *régimen representativo, democrático, federal*.

El último os habrá edificado diciéndonos como se matan los pueblos libres del todo, con los pueblos libres a medias, —el Norte con el Sur,— y os habrá engañado más de una vez.

Pero ninguno de ellos os habrá revelado una cosa tan interesante como la que ha podido ver y estudiar Lefébvre, sin más trabajo que comerse una pildora. Reís eh? y sin embargo, vivimos en el siglo de las pildoras.

Dígalo sino Brandreth, Torres y el que le ha hecho tragar a la Francia *que el imperio es la paz*.

Os diremos que cosa es esa, —no sea que nos tachéis de charlatanes, a nosotros pobres traductores, que tanto aborrecemos en su esencia y en su forma la literatura *querosénica*.

Pues esa cosa es: como vive y debe vivir un pueblo libre, o diciendo lo que hubiéramos debido decir primero, —qué clase de bienestar, de sentimientos e ideas son las que desarrolla y debe desarrollar la libertad bien entendida y sinceramente practicada.

Ya veis que el negocio es de interés, para un pueblo, que como el Argentino, al cual tenemos el honor de pertenecer, nos atrona todos los días los oídos hablándonos de libertad, -de instituciones- etc., etc.

Leed, pues, a *París en América*, y no nos creáis en el resto de nuestra vida si la lectura no os hace buen provecho.

Si la píldora no os cura la indigestión de malas ideas y de falsas apreciaciones que tenéis desde sabe Dios cuando; os empachasteis con libros franceses del siglo pasado.

Una palabra todavía—llamadnos *explotadores* si os dormís leyendo nuestra traducción.

Corruptores de la *conciencia pública*, si ella deja en vuestro corazón, en el de vuestros hijos o hijas, nietos o bisnietos, tataranietos o choznos, de ambos sexos, el germen de una mala semilla.

Es lo único que en el preámbulo podemos deciros y ofreceros; lo que debéis darnos en cambio del servicio que creemos rendiros va en la Postdata con todo lo cual quedamos, lector querido

Vuestros muy atentos servidores—

L. V. MANSILLA — D. F. SARMIENTO

CAPITULO XI

EL SEPULCRO

Quien lea la página que sigue, encontrará que fué escrita para ocupar su lugar en la Biografía de Dominguito.

Visitaba el autor el cementerio dos días antes del día de Animas que conmemora la Iglesia católica, con el fin de colocar personalmente dos vasos que bronceó á la puerta de su sepulcro, y esta ocasión le inspiró la idea de darse cuenta de las emociones experimentadas durante la FIESTA DE LOS MUERTOS, recordando la de los que murieron en la guerra del Peloponeso que inspiró a Pericles su famoso discurso. Debió expresar bien el sentimiento público, puesto que fué leído, buscado y reproducido, razón por la que consagra un pequeño lugar en este librito destinado a perpetuar en cuanto cabe la memoria de todos los afectos que inspiró el malogrado capitáncito.

EL DIA DE LOS MUERTOS

Tres días hemos vivido en el Panteón entre flores, prodigadas como tupida y esmaltada yerba, agitándonos por entre obeliscos, sarcófagos, mausoleos y columnas que se codean y estrechan faltándoles espacio, aire y sol que los ilumine. Era la conmemoración de las ánimas; para nosotros la fiesta destinada a sentirnos ligados con el pasado, con la familia, hasta con la tierra que pisamos.

El pueblo estaba allí en las mil callejuelas de aquella Pompeya, que parece reanimarse y bullir, palpitar y hasta sonreír, porque la Necrópolis se ha convertido en simulacro de Ciudad griega, tanto dominan las marmóreas estatuas, las columnas corintias, los sarcófagos. Quisiera la madre jemir sobre la canastilla de flores que conserva los restos de su bebe; pero la alegría de las plantas, el susurro de las jentes y el ruido de los pasos, perturban y cambian el dolor en plácida resignación.

Estamos por la tradición en abierto contraste con la naturaleza. En invierno era hasta en Atenas la conmemoración de los muertos, según Pericles, el orador de las exequias a los héroes de Maratón lo recuerda, y ha sido el primero en notarlo Belin, en un ensayo juvenil, diciendo que sería imposible que en Europa no hubiese sido elegido el mes de Noviembre para destinar un día á la memoria de los muertos.

"Una niebla gris se estiende como velo desteñido, que da á los árboles amarillentos, á la tierra fangosa, un aspecto lamentable." Lo cito para hacer sentir el contraste.

El mismo día de Noviembre en el hemisferio Sur, llegaron las golondrinas de su viaje al norte, a avisarnos con su agitación de misiles vivos que el invierno va huyendo hacia el polo, ante los reflujentes rayos del sol que con ellas vuelven. Es el día de la florescencia de todos los arbustos, de los paraísos, de las rosas, cuyos olores hacen desvanecer. Todo sonríe al rededor, monumentos en miniatura, los mausoleos, las flores y los rostros encendidos de millares de mujeres, todas de negro, pero elegantemente vestidas, y lo que es más notable en América, todas de raza pura caucásica de claros tintes, sino es el tanto por mil de razas de color.

Tres días los ómnibus y los trenes han trasportado, tanto como gente, ramos de flores, guirnaldas de laurel, de encina, de azabache —de siemprevivas casi ninguna.

Las cruces floridas de tan alegre matiz tentarían a tenderse sobre ellas a aquel a quien le pusieron una de durísima madera. Los ramos de Buenos Aires ideados por artistas floristas, con una peculiaridad de esta ciudad meridional, al punto que la Rístori mandaba fotografías a Italia de los colosales ramos con que se cubría el teatro cuando daba la Medea. Asumen la forma de monumento, de obras de arte, de canastas y retablos, que habrían estado bien en el entierro de Víctor Hugo; y todo este lujo de decoración floral, es el traje que reviste el Panteón el 2 de Noviembre, la de las exéquias solemnes de los pobres que en ese día tienen, con la pompa de los ricos, su parte de honor, de pésame, de conmemoración. Ese día hay para todos pompas, flores y construcciones de delicado gusto.

Al pasar la tradición humana a este desconocido hemisferio de la Cruz del Sur y de las nébulas polares, nos hemos mostrado antípodas con la misma lengua y los mismos símbolos. Quince abrils decimos de una beldad que abre

a la luz su capullo, es decir, quince otoños; y entre las flores y los perfumes de la primavera, el día que vuelven alborozadas las ausentes golondrinas, quisiéramos por tradición llorar a los muertos; pero la naturaleza que es nuestra guía, nos invita a sonreír y enjugar las lágrimas, como niños a quien los besos de su madre distraen de la efímera pena del momento.

Honramos, pues, la memoria de los nuestros a la manera de los griegos, cuyo Dios Supremo sonreía y siempre jovialmente, es decir divinamente, como Aquiles lloraba el cadáver de su amigo, bailando desnudo en torno de la pira de Patroclo.

El Panteon era hasta ayer un himno a la memoria de nuestros mayores y de nuestros hijos. Cada existencia es un drama, y no habría novela tan tierna ni tragedia tan pavorosa, como la que encierra bajo sus tapas de mármol cada uno de esos sepulcros. Cada uno de los que los visitan sigue en ellos el hilo de su propia vida, por sus padres, sus amigos y aun su época. Nuestra vista solo alcanza a ver en el sol los rayos, que cuando divergentes, forman el prisma de los siete colores. Quedan sin embargo, otros rayos no entran en nuestra retina, los rayos oscuros, pero que afectan objetos sobre los cuales se reflejan, descomponiéndolos, pues tienen potencia química. Sir John Lubbock ha descubierto que las hormigas observan estos rayos sin luz del sol, como el hombre reflexivo, acaso el patriotismo que es el amor humano sin la carne, goza de esta cualidad, de ver lo que no vé el vulgo y no ver aquello que sobreabunda y no deja impresiones duraderas.

Entre aquellas hormigas que se agitaban en el Panteón el 2 de Noviembre, como si cada grupo buscara su morada propia, para penetrar debajo de tierra, y seguir a través del tiempo (los muertos son tiempo condensado, como el carbón es luz y calor depositados para más tarde), yo buscaba el camino que trae mi alma, y entre aquellas tumbas, a mis compañeros de otros tiempos, saludando al paso a los que se encontraron conmigo en los senderos de la vida.

¡Os contaré una larga historia, como la leyenda de los siglos, y evocaré sombras que viven todavía entre nosotros, y nos animan, conducen aplauden o vituperan, si no seguimos el camino que ellos nos mostraron!

Sabed que ese Cementerio es la patria con cuerpo y alma; la patria de mañana. Allí volvemos á estar juntos todos: allí es el valle de Josafat, donde cabremos mas tarde reunidos para ser juzgados por la historia. ¡A cuantos les dirán: marchaos, que ya recibisteis vuestro galardón, pagándoos con vuestras propias manos del tesoro común!

El instinto popular no se equivoca, y en vano le direis a la madre que el alma de su hijo está en el cielo. Ella le llevará hoy sus muñecas y sus juguetes al sepulcro para que de noche, cuando nadie lo vea, estire su manecita helada y toque sus compañeros de infancia. Así lo hacían las madres etruscas, por donde se conservan las muñecas de ahora tres mil años. En la Recoleta los sepulcros tienen forma de casas de vivir de los primitivos sepulcros de los constructores de las Pirámides. De ahí salieron todos los cultos á los muertos; allí volverán, pues ya las familias construyen altares y el 2 de Noviembre enciende hachones sobre candelabros. Los dioses Lares están ahí reunidos, los manes flotan como vapores en torno. Yo los he visto en las horas en que vagaba silencioso por aquella Necrópolis, y me he detenido a hablar con cada uno de los que me ayudaron a vivir. Cerraré los ojos para no distraerme con los

rumores de mil carruajes, con el sordo murmullo de rezos y exclamaciones, acentuadas de tarde en tarde por un gemido, y ved aquí lo que yo solo vi.

El bosque que precede al Panteon, cuando sus sombras hayan sido espesadas por los siglos, abrigará aquí y allí sepulcros de hombres Representativos que habrán pasado ya por la consagración y la sanción de las generaciones.

Por ahora los árboles dejan ver la galería que da entrada a la mansión de los muertos, y cuya arquitectura nos lleva a los mejores tiempos de las bellas artes.

Por entre sus columnas se divisan ya, aun antes de entrar, urnas cinerarias, sepulcros, columnas y sarcófagos y la bella estatua del Dolor que vela jimiendo sobre la tumba de Facundo, a quien el arte literario mas que el puñal del tirano, que lo atravesó en Barranca Yaco, ha condenado a sobrevivirse a si mismo y a los suyos a quienes nos trasmite responsabilidades la sangre.

El Dante puede mostrar a Virjilio este león encadenado, convertido en mármol de Paros y en estatua griega, porque del otro lado de la tumba todo lo que sobrevive debe ser bello y arreglado a los tipos divinos, cuyas formas revestirá el hombre que viene. Hé aqui —me decia un joven Arce, pariente de Quiroga— cómo yo llevo la toga y la clámide del griego, y no la túnica ni la dalmática del bárbaro. Pude decirle a mi vez que mi sangre corre ahora confundida en sus hijos con la de Facundo y no se han repelido sus corpúsculos rojos, porque eran afines.

Quiroga ha pasado a la historia y reviste las formas esculturales de los héroes primitivos, de Ajax y Aquiles.

Siguiendo inflexiones de callejuelas formadas por sepulcros que parecen palacios, alhambras, catedrales góticas, pórticos en miniatura, me he dejado llevar por el corazón hasta el pié de la tronchada columna que se levanta a la cabecera de la almohada de piedra en que reposa la cabeza del Capitán Sarmiento. Su madre ha envuelto sus restos en la bandera nacional recamada de oro, con estas palabras: Pro patria. Su padre depositó a la entrada dos jarrones griegos y a lo alto de la rota caña se le vio colgar una guirnalda de orquídeas floridas, pues el laurel de la victoria no alcanzó a ceñir su frente. Uno de los jarrones bronceados, es el célebre vaso Borghese, copiado y sosteniendo en bellísimo alto relieve una bacanal en que el Dios Baco de la India celebra las Vendimias de Grecia, libando a los otros dioses y emborrachándose Sileno. En los sepulcros están siempre esculpidas escenas de alegría. Estamos en plena Grecia, en la época de la vendimia, cuando el mosto de la vid chispea como el champagne de nuestras botellas. Dejémosles que se diviertan.

Levanto la vista por sobre las gradas y la base, para contemplar la corona de bronce que no ciñó la cabeza del niño mártir, sino que corona la columna tronchada en el sacrificio... ¡qué veo! El busto del segundo Jefe del Estado Mayor del Ejército Grande de que yo era secretario en Caseros! —El General Piran que condujo las huestes libertadoras a Buenos Aires; pero que no entregaba la patria a un conquistador.

El 11 de Septiembre conmemora en la plaza del Pópulo, en el Foro Boario de Buenos Aires, hoy por una ironia sublime, el punto de arranque de los ferrocarriles, el acto que dio a este General su asiento a la derecha del Padre, que es el Derecho, la Constitución de la patria argentina.

Ni por analogía, ni por gratitud, ni por fuerza, podrá en adelante repetirse el ensayo de tiranías.

Me dejo llevar por los recuerdos y me reconozco al pié de la que llaman en Atenas la linterna de Diógenes y es el mas bello modelo del orden corintio que nos ha legado el arte griego. No lleva inscripción todavía, porque han ido a pedirla á los talleres de escultura de Roma. Era el monumento mandado elevar a Lisistrato, vencedor ateniense en los juegos olímpicos, vaciado de su rotonda, quedando la lijera cúpula reposando sobre columnas estriadas, corintias, al aire, que les comunica su transparencia.

El trípode que sostenían tres delfines volcados ha sido reemplazado por la cruz cristiana; y un pedestal vacío aun, llevará el busto en bronce del Jurisconsulto Velez, que cantó en sus primeros años con Virjilio el poema épico de la emigración de las ideas, que recibió de los Sarsfield de Irlanda la sangre que está protestando hasta hoy con Parnell contra la fuerza, y que deja a la posteridad condensada la conciencia humana en los códigos,

También en ese mármol que se levanta como una aguja o un pináculo gótico, se ha de oír, aplicando el oído a la base, el rumor de pueblo que se agita en torno y se agrupa en apoyo de la Legislatura, atraído por los viriles acentos de la oratoria parlamentaria que impone silencio al cañón que no siempre es el eco de la orden del día de los campamentos. Bravo viejo! anduvimos juntos en muchas jornadas memorables; salvamos tomados de la mano abismos que se abrían bajo nuestras plantas, y llegamos al término diciendonos adiós, satisfechos ambos de haber obrado bien, y legado a nuestra patria pájinas de historia sin mancha.

De ahí llevóme de la mano uno de tantos hijos que ha dejado la víctima de la protesta impresa, Florencio Várela. El santo que debiera ser del gremio tipográfico, muerto mientras reimprimía la Declaración de los Derechos del Hombre que otros escritores más felices notificaron a Rosas dejando el cedulón sobre su mesa en Palermo el día tres de Febrero.

¡Estamos todavía por hacer firmar a algún Juan con hartas Tierras la magna carta de la libertad de imprenta!

El sepulcro de la familia Varela es un santuario donde en plantas esquisitas, en flores, orquídeas y enredaderas, se rinde culto al arte en la naturaleza embellecida por el amor patrio, de hijo y de padre.

El sacerdote de este templo que no es de Ceres, ni de Flora, ni de Pomona, sino de la Libertad por la palabra, es un hombre que casi niño se halló en Caseros, que inspiró *La Tribuna* cuando la espada había vuelto a la vaina, Diputado, Senador, Ministro provincial.

Un día hubo de negociarse un empréstito para surcar la tierra con rieles y llevar el pensamiento a lo lejos con telégrafos.

Eran unos pobres treinta millones, que se emplearon en su destinación, pero vinieron en seguida los monos que parodian sin cuenta ni razón al progreso, para adular al pueblo, como los antiguos construían catedrales que fueron la ruina de las naciones y hoy nuestro asombro, y declararon torpe al negociador, si no rapaz.

Han negociado después los cangrejos ciento cincuenta millones en condiciones innobles y la estadística por la beca de Agote, ha esculpido en el BRONCE de las cifras comparadas, que el empréstito Várela es el que se obtuvo a condiciones mas provechosas; lo que va de ochenta y nueve a setenta y cinco.

Los que han disminuido el caudal de la Nación en doscientos millones, y puéstonos bajo la Inspección de tutores extranjeros, como al Kedive de Egipto o al Sultán de Turquía, se han repartido las rentas, los gozes y los honores, mientras que Mariano Varela se sienta todos los días a la puerta del sepulcro de su padre asesinado, a admirarse de la sólida estructura de las instituciones libres, que basta que un principio de los que les sirven de pedestal se salve, para que pies carcomidos o robados por ladrones, puedan repararse y aun restablecerse.

La estatua de D. Valentín Alsina está a poca distancia, buscando al parecer por lo meditabundo y preocupado, la solución del problema de su patria, que por las contracciones del semblante, parece no encontrar todavía — establecer sólidamente la libertad en el gobierno, con la riqueza y la civilización.

Alejéme de estos lugares poblados de recuerdos, de fragmentos de nuestra historia y pasado por delante del sepulcro de Rivadavia, de Brown de Juan de la Peña, el maestro de escuela, porque en este sonambulismo del espíritu, he adquirido la facultad de no ver sino lo que entra en el cuadro de mi propia vida, interrogo mis propias fuerzas, pido a mi espíritu la solución buscada, y cuando ¡eureka! ya la tengo en las manos, siento que el impulso de la voluntad se detiene, que mis ombros se paralizan, y que una comezón en las plantas me anuncia que como aquellas ninfas castigadas por dioses celosos o irritados, me arraigo en el suelo, me endurezco y consolido, mis facciones toman el aspecto griego del arte y me convierto en monumento del Cementerio...



**Benita Martínez Pastoriza de Sarmiento.
Retrato realizado en San Juan durante su juventud.**

CAPITULO XII

DISCURSOS

Discurso leído el 8 de Mayo de 1864 por D. Domingo F. Sarmiento (hijo) en el Liceo Histórico, sobre el tema "Apreciaciones históricas de La muerte de César" —Trajedia de D. Ventura de la Vega.

(Publicado en el "Correo del Domingo" N^o 20, de Mayo 15 de 1864).

Sr. Director del Liceo:

La aparición de la *Muerte de César*, trajedia de D. Ventura de la Vega, ha despertado entre nosotros el interés de las apreciaciones históricas para la edad romana. Creo de mi deber emitir un juicio, aunque las fuerzas llegaran a faltarme, arrancado a la época de la catástrofe, envuelto en el estudio de la situación política, y en las consecuencias de la vida y de la legislación de los romanos como antecedentes a las luchas del César, y al imperio nacido de su muerte.

El Liceo ha escuchado ya algunos juicios sobre Julio César; y su criterio histórico formado. Quiero partir de esta base consagrada para ensanchar los límites del gran suceso.

Debo una explicación, que no dejaré pasar: Creo en tésis general, que un estudio histórico nacido entre las escenas de una trajedia para formarla su proceso, tendría un éxito difícil, si el juicio fuese formado a la letra, y no al espíritu que el conjunto de las situaciones, que la unidad del tipo, descubrieran en cada personaje. Empero, la *Muerte de César* forma la escepción de esta regla; y verso por verso, situación por situación, el tipo histórico se destaca romano, verídica, y siempre fiel a la huella que su planta ha grabado en la historia.

Don Ventura de la Vega, el poeta lírico que cantó a Sevilla en versos que traslucen el estudio de los divinos maestros, tiene para nosotros dobles títulos; inspirado en la escuela de D. Alberto Lista; clasico, poeta a la vez que moralista de nuestro siglo en el *Hombre de Mundo*, podría pasar por el Scribe de nuestra habla, tal es la profusión de versiones y composiciones suyas con que ha dotado el teatro español, hasta llegar a ser uno de los que más ha contribuido a levantarlo a la altura a que debía estar en la patria de los Calderón, y de los Moratín; tiene dobles títulos decía, porque a su fama de literato consumado recién coronada con su última producción, tenemos que agregar el vínculo estrecho de simpatía con que se liga el nombre de un compatriota alejado del seno de la patria; y D. Ventura de la Vega, desde el último tramo que conduce al Parnaso saluda a su país natal, recordando que las playas argentinas son también acreedoras a guardar su nombre como muestra del genio americano. (Aplausos).

La trajedia del Sr. Vega abarca una situación sola, única, porque "el hecho históricamente es grande, pero el asunto dramáticamente es pobre". La historia viene a suplir las faltas que hubieran podido notarse en la escena; y a decir verdad, ha sido en provecho de la trajedia misma, que se alza hoy día

robustecida y poderosa, de Los brazos del poeta historiador, La muerte de César, como suceso típico, tiene tres situaciones, o más bien dicho, tres taces: la conjuración, la muerte de César, y por último la muerte de la conjuración, lo que equivale a la arenga de Antonio, en que imprime su impulso al movimiento popular ahogando el instinto de los patricios, Shakespeare es el genio que mejor haya desarrollado esta última faz; y cuanto está en el alcance humano ha sido puesto en juego en boca de Antonio en la escena segunda del acto tercero de Julio César. No quedan buenamente sino dos situaciones, y estas están en la tragedia del Sr. Vega; la conjuración, hecho oscuro en su desarrollo, mal definido históricamente, no tiene más vuelo en la tragedia que el que basta a preparar al espectador a creer posible la catástrofe: y la muerte del Dictador, donde acabaría la tragedia, "según las reglas Aristotélicas", (porque allí acaba la acción y el interés dramático que consiste sólo en saber si triunfará la conspiración ó si se salvará César), si el pensamiento político coincidiera en su última consecuencia con el final de la acción; pero en nombre de las exigencias del teatro moderno, en nombre del tema grandioso de la tragedia, hay una última frase que agregar, que encierre la lección política y envuelva el precepto moral, el Sr. Vega la pone en boca de Servilia, la matrona romana, en los cuatro versos de la última escena que comienzan;

¡Oh! ¡Bruto! ¡Oh! ¡Inútil crimen!

Y a las cuales se les agrega como hecho político, aunque precipitado históricamente, el grito de

¡Roma es mía!

con que Octavio ensaya el imperio romano, preparando los tiempos de los Nerones, sobre el cadáver de "un héroe clemente", muerto por el patriciado en medio de la urea grandiosa de igualar los derechos de Roma a las inspiraciones del universo rendido, y hacer de la humanidad un conjunto social en cambio del desnivel de señores y esclavos, mantenido por los *patres* y los *quirites* de la altiva señora del mundo.

El Sr. Vega hace notar perfectamente el hecho históricamente averiguado: los patricios al matar a César proclamaban la absorción del universo por Roma, y la reivindicación de sus antiguos derechos sobre el pueblo romano y sobre los pueblos conquistados; pedían al puñal lo que el puñal no podía darles; pedían la oligarquía, los derechos de casta a César muerto; al hombre que había sentado en el Senado Romano a Galos e Hibernicos, para darles su parte en el gobierno del mundo; y al jugar al albur la vida del genio de Roma, echaron a rodar la suerte del imperio sin que bastaran los puñales de cien Brutos para contener la ruina y el desorden nacido de un hecho inútil, y más que inútil, fatalmente perjudicial al pueblo romano, cuya voluntad no había sido consultada.

Con la muerte de César, Roma retrocedía en los campos de Philipo a la altura de Farsalia, cuando menos, y peligraba mucho que la falta de César hiciera inaplicable a ninguno de los lidiadores la frase con que Cicerón había caracterizado a la virtud cívica en la guerra intestina:

Virtus pro - aequitate propugnans!

Más, cuando los que querían heredarlo, amoldaban sus arbitrariedades a sus actos de justicia, mientras sus adversarios querían borrar de Rorna a César y sus obras, y volver a los tiempos en que el patriciado más feliz disponía de los destinos del pueblo y de la suerte de Roma.

El Sr. Vega lo ha dicho en su carta al Sr. Mitre: "en el cuadro final se propone dar un útil aviso a los que desconociendo la época, buscan el remedio a un mal en otro mal mayor, y se lanzan a lo desconocido" —la situación de Roma y la muerte de César, prestan un contingente luminoso a esta lección política, si es que no basta como correctivo el ejemplo tremendo de la dominación de los Cesares nacidos del puñal de Bruto, a pesar que honradamente como Romano, su nombre proteste contra la invasión de tiranos advenedizos que su ceguera enjendró.

La crítica se ha techo seair, suave y tranquila en nombre del arte y de la poesía; acre y enérgica, en nombre de la democracia y de la república. Del juicio, la *Muerte de César* ha salido ilesa; y el manto de púrpura de la grave matrona no conserva las señales de la lucha,

La crítica literaria ha mostrado una vez más el mérito de la tragedia del Sr. Vega, admitiéndola con aplauso en el mundo literario, como una de las composiciones más notables del teatro español.

La Muerte de César tenía que luchar en su aparición con tres composiciones del mismo género y sobre el mismo tema, fruto de tres inteligencias bien encumbradas, y las que parecían haber agotado todos los resortes que prestan el arte y el ingenio para esplotar una situación. Shakespeare, Voltaire y Alfieri son los antecesores del D. Ventura de la Vega, en la noble tarea de transportar a la escena un pedazo de la vida de Roma, con todos sus detalles, aun los más minuciosos; para hacer destacar del conjunto el relieve de los personajes, como si aún vivieran, y sus voces vibraran todavía en las columnatas del Capitolio o en el Foro.

En el movimiento dramático el Sr. Vega ha sobrepasado a Voltaire y Alfieri; y los caracteres tienen tanto colorido, tanta verdad histórica como los del *Julius César* de Shakespeare.

Las pasiones, la pintura del hombre; aquello que se despega del tipo histórico para venir a formar parte del genio creador en las composiciones dramáticas, está tan bien desarrollado por el Sr. Vega, que la carnadura humana parece levantarse en cada uno de sus tipos, para obedecer a la trama urdida de antemano por la historia, sin que haya un sólo movimiento en que el carácter parezca siguiendo una impulsión ajena, lanzado solo por la frase escrita, como un cuerpo fuera de la acción de las leyes naturales. No se encuentra en las escenas de las composiciones de Voltaire y de Alfieri el desarrollo tan fresco, por decirlo así, del tipo histórico, envuelto en un decir tan adecuado que el ánimo no se atreve a decidir si el poeta es superior al autor dramático, o si el encanto de la poesía es inferior a la magestad del pensamiento.

El *Hombre de Mundo* colocaba al Sr. Vega a la altura de Bretón de los Herreros, en la fluidez, en la facilidad del verso, sus composiciones líricas, según la bella frase de D. Juan María Gutiérrez, dan tentación a compararle con el divino visitante de mundos desconocidos a quien condujo Virgilio por la mano; y su última composición que muestra a nuestro poeta ser de la estofa de los Shakespeare, obliga al mundo literario a saludar en él a uno de los primeros versificadores de la lengua castellana.

Si estos antecedentes no bastan para colocar a *La muerte de César* entre las mejores producciones dramáticas del Teatro Español, estamos seguros que no correrá la suerte de los ensayos sobre el mismo tema que hicieron el duque de Buckingham y el Abate Conti, y que si han llegado a nuestra época, se ocultan en los estantes de algún bibliófilo laborioso, como muestras del aliento efímero de sus autores.

D. Ventura de la Vega ha sido acusado, sin embargo, en nombre de la libertad y de la República, "de haber arrancado el puñal de Bruto del cadáver de César para clavarlo en el seno desnudo de la libertad"; y ante esta acusación su obra parecía mezquina, sin vuelo, y el poeta era afiliado a las impulsiones del fundador del *cesarismo* en el siglo XIX. El Sr. Vega había estampado en el prólogo de la tragedia su credo histórico, y ante él, la lección olímpica viene indefectiblemente en nombre de la justicia y de los derechos de los pueblos a producir sus últimas consecuencias, sin ultrajar a la República, sin herir a la libertad.

César era el liberal, Bruto el retrógrado. He ahí la solución del problema en nombre de la historia, en nombre de la época de Roma; y de sus instituciones. Las luchas urbanas, los combates campales, las agitaciones todas del pueblo romano vienen como hechos consumados a corroborar este resultado.

Vamos en nombre de la historia misma a provocar esa solución; pues que en las páginas de la vida de Roma están las muestras vivas de esta verdad, sin que tengamos que ocurrir como Luccenis, a las fuentes envenenadas de la Lucusta de la historia, para falsear los hechos y obtener un resultado al alcance de nuestra conveniencia.

Si la historia de un pueblo, si la marcha y el encadenamiento de la vida social, si el movimiento constante de la arena pública bastan para formar criterio, nosotros lo tenemos contestes en apoyo del aserto del Sr. Vega; y ante las manifestaciones del espíritu de un país, envuelto en el progreso de su época, no es posible oponer otro espíritu, ni otra época, so pena de arrancar en el fallo del juicio las consecuencias más distantes de los preceptos racionales de la historia misma. No querríamos nosotros que vinieran los académicos de Annecy a pedirnos cuenta del uso que habíamos hecho de la ciencia útil, mezclando la edad presente con las edades de la antigüedad, para confundir la vida pública de nuestra época con la de la antigua, distantes veinte siglos y juzgar su organización política con las leyes de Licurgo o el contrato social de J. J. Rousseau.

Observemos la primera organización política de Roma, remontando a la época de sus reyes. Es allí donde debemos tomar la base de los cimientos que mucho tiempo después chocaron, levantando dos personalidades, emblemas característicos de dos fuerzas contrarias, César y Bruto. Servio Tulio dividió el pueblo romano según la fortuna que cada uno poseía. Las libertades y los derechos se repartieron al tanto por ciento sobre los valores que cada nombre representaba. Fueron los protegidos del derecho los patricios, los potentados de Roma, los antepasados de los Syllas y los Brutos. Aunque las fortunas de Roma no representaban entonces, los inmensos valores con que más tarde Luculus despertaba la codicia del pueblo, señalando el Asia como la fuente de las riquezas y de la fortuna, ya el nombre de patrono aparecía como la personalidad absorbente del trabajo y del ingenio de sus subordinados; y como prueba del carácter embrionario de aquella organización primera, el pueblo

venia enseguida, sujeto al impuesto (*assidui*) y a las cargas civiles, siguiendo a este la *plebecula*, última sección de aquel sistema: los que no tenían dinero obligados a dar a Roma su sangre, sin que ella cuidara de concederles libertad alguna. Esta organización social a la vez que política está fuera del alcance de una denominación posible en los términos precisos del derecho público de nuestros días; y la gran subdivisión de *patricios* y de *plebeyos*, viene a indicar la erección de una aristocracia en el seno mismo del pueblo que arrojó a las Tarquinos, como representantes del poder abusivo de los reyes.

Arrojados los reyes, apareció la república; pero encerrada en esta fórmula que encabeza su proceso: la expulsión de los reyes, es el tiempo del patriciado. Los Cónsules reemplazaron a los reyes, pero el Cónsul debía ser patricio. El cetro había sido despedazado. Los senadores y los cónsules tuvieron cuidado de repartirse los girones del manto real para revestir de autoridad al patriciano a que pertenecían. En nombre de los principios de la república, la república no existía allí: era la desigualdad en su expresión más diforme; era la oligarquía naciente, pero poderosa. Las concepciones políticas de la Grecia hubieran avergonzado al romano satisfecho de su obra, y como forma de gobierno conocida en la antigüedad la oligarquía de Roma aparecía más repugnante, más liberticida, que las tiranías populares, que flajelaron las repúblicas griegas. El pueblo, el verdadero pueblo se sublevó, cuando el alimento le era escaso, cuando sus flancos fueron raleados por la guerra, cuando los patricios iban a encadenarlo y entregar al enemigo, como algún tiempo después entregaban a las fieras los prisioneros de guerra para entretener el populacho, ávido de espectáculos sangrientos.

Del choque de la oligarquía y del pueblo oprimido nació el *tribuno* sin iniciativa en la legislación, con el derecho del *veto*.

Como una concesión hecha en los momentos supremos de la lucha, como prenda de debilidad arrancada a la aristocracia romana por el pueblo que comenzaba a rujir, apareció la primera personalidad republicana, creada en medio de la negación misma de la república; en ella están encerrados los preceptos de la democracia en la vida política de los pueblos; la elección, la delegación, la representación, y en nombre del pueblo el absoluto derecho de detener la marcha del Senado, vetando la disposición que le dañara o atacara sus derechos.

Roma presentaba entonces dos fuerzas cuya lucha se iniciaba, y que debía continuar hasta que el capitolio cayera en manos de los bárbaros. Por una parte, la oligarquía, los derechos de familia, el *jus sacrum*, el *jus honorum*, el poder y la riqueza; de la otra, el pueblo, el hombre aspirando a ser ciudadano, el ciudadano aspirando a la igualdad, a los puestos públicos por la idoneidad y no por el nombre, a libertarse del peso enorme del impuesto de bienes y de sangre con que se ensanchaba Roma, mientras que se estrechaban para ellos los límites de su libertad política, y la parte de posición social que cada uno tenía derecho a gozar. Si se agrega a esto la profunda división que separaba a patricios y plebeyos en las relaciones de la vida ordinaria, se tendrá una idea del estado de Roma, durante los primeros años en que regía la forma de Gobierno a que llamaban *república*.

El pueblo con la intuición de los derechos naturales al hombre, combatía día a día por la adquisición de libertades que le eran propias. Esa lucha encierra los primeros pasos de un pueblo hacia la verdadera república, cuya idea embrionaria y mal definida tenía ya, reservando al porvenir el éxito

cumplido de su establecimiento perfecto. Tenía un adversario poderoso por cierto: pero el triunfo no estaba tan cercano para poder apreciar las fuerzas que habían de concurrir al resultado final.

La abolición del *jus gentile*, legislación especial de cada familia de patricios, y la promulgación de La ley de la XII tablas igualaba en la apariencia a todos los romanos, por que todos quedaban sujetos a ellas. Sin embargo, su aplicación era severa y rígida cuando se dirigía al Aventino; al Palatino llegó generalmente dulcificada, y más de una vez fue ciega para los desmanes de los patricios.

El pueblo quería tener acceso al consulado; nueva lucha y nuevos procedimientos de parte de la oligarquía para neutralizar en lo posible la energía del poder naciente. Los patricios abolieron el consulado antes que compartir sus honores con el pueblo; crearon el tribunado militar común a ambos, e instituyeron en su provecho para equilibrar lo concesión, la preturia y la censura, magistraturas civiles, cuyas funciones aseguraban el predominio del senado, la institución regia, la salvaguardia del patriciado. Los romanos entregados a la guerra dejaron de demandar libertades y derechos, creyéndolas aseguradas por la ley de las XII tablas, y por los puestos públicos obtenidos en sus constantes luchas contra el Palatino.

Abiertas las puertas del templo de Jano, el pueblo romano no necesitaba el impulso de los augures para emprender las guerras de titanes que forman su epopeya. Guerrero por naturaleza, por necesidad, su porvenir estaba en la conquista. La guerra era la salvación de Roma misma, sin ella, patricios y plebeyos hubieran sucumbido en las escalinatas del Foro, disputándose la preponderancia de mando y libertad, a que ambos bandos aspiraban.

La guerra extiende los límites del dominio; pero Roma conserva dentro sus murallas los derechos civiles, como las vestales guardaban en el templo de Vesta el fuego sagrado.

Termes, la deidad protectora de los derechos de la propiedad, aumentaba sus tributarios, sin aumentar a Roma el número de sus ciudadanos. La conquista engendró raros derechos, multiplicó las subdivisiones sociales, enlazando las manos de los pueblos vencidos con las cadenas de la esclavitud. De ella nacieron el *jus romanum*, el *jus italicum*, y los *latinos* y los *dediticios*, como personalidades inferiores a los ciudadanos. El *populus romanus* aumentaba, pero como idea colectiva que designaba a la nación. Los primeros derechos adquiridos en la vieja Roma en nombre de la *lanza*, y del brazo pronto a la defensa y a la lucha, no fueron extensivos a los que caían vencidos, o a los que formaban las colonias: vanguardias establecidas alrededor de la ciudad eterna para contener a los invasores, recién arrojados de las puertas del Capitolio. Mientras Pirro daba a la guerra formas regulares, mientras las falanges organizaban campamentos erizados de toscas murallas de granito, Roma repartía entre sus antiguos vecinos, sus esclavos en aquel momento, mendrugos de libertad, desmembramientos de derechos, que no formaban un conjunto de clasificación posible.

Es difícil, muy difícil, poder apreciar las libertades de aquella edad en que la propiedad estaba garantida por el símbolo de la guerra; en que el esclavo dejaba de serlo en nombre de los derechos de la lucha misma; en que aquel podía entregarse al comercio y a las artes, mientras le estaba prohibido legar su nombre a sus hijos; en que éste tenía el derecho de elegir estándole negados los puestos mismos a los que servía de escalón para que otros

ascendieran. No podemos, a través de los siglos, medir en los derechos de hoy día, los derechos de entonces; porque ni Roma se presta a ello, ni la organización de aquella tiene paralelo en los presentes.

No quiero entrar en más detalles, porque la naturaleza de este trabajo no me lo permite; y la atención del Liceo se encontraría fatigada ante los detalles minuciosísimos de cuadro tan vasto. Seguiré a la República salvada de los peligros de la invasión; vencedora de las guerras púnicas y dueña del territorio de la Galia Cisalpina, de la Iliria, de las costas del África abrasadas por Scipion que exclamaba al caer: *África ya te tengo!* para que los augurios no fueran funestos a la empresa de Cartago humillada después de Zama, y sometida a la tutela del pueblo romano. Grecia y Macedonia convertidas en provincias romanas; mientras el reino de Pérgamo caía; y España, después de una lucha prolongada se entregaba a la dominación junto con Numancia. No forman estos nombres una cadena de victorias?

El Capitolio no había sido tomado más de una vez, por su posición elevada y su fácil defensa. Mientras unas vencían, otras lecciones pasaban por las horcas caudinas con los samnitas, o eran derrotadas en Numistrum, o sorprendidas y acuchilladas en Petilia. Estas guerras daban vida a Roma, eran ellas los medios naturales de su engrandecimiento; y la economía política de aquellos tiempos debió dar a cada conquista, el mismo valor que hoy día da a los productos de la tierra o de la industria, reducidos a riquezas por el trabajo. Sin embargo, Roma desfallecía, las riquezas de medio mundo entregado al saco no bastaban para cubrir los estragos de la guerra, ni para enmendar los daños producidos por su organización social y sus libertades públicas.

La raza de guerreros, los ciudadanos romanos, desaparecían después de siglo y medio de guerra constante; y en Roma solo quedaban los *patricios* y los *plebeyos* como representantes de su organización. La lucha vino, intransigente y necesaria en nombre del pueblo medio ahogado por los patricios antiguos y las nuevas familias elevadas por el oro y las riquezas arrebatadas en el botín hecho al enemigo. Hubo un momento de triunfo. Scipion, Nasica, tribuno aclamado por el pueblo, impuso a los patricios y al Senado la voluntad popular; pero los potentados se levantaron, y el cadáver del tribuno arrojado al Tiber les aseguró su predominio; como una tarde Cayo Gracco, haciéndose matar por su esclavo en el Bosque de las Furias, acusaba la impotencia de los plebeyos para luchar con los descendientes de los reyes y los representantes de la fortuna.

Mario y Sylla, Sr. Director, son los predecesores de César y Pompeyo en la guerra social, y en la lucha civil que debía envolver a Roma. Digo predecesores, porque ellos iniciaron bajo una forma definida la conmoción que tanto tiempo hacía, traía agitada a Roma y que hubiese concluido con César, si el puñal de Bruto no hubiera muerto su intento. Más ellos no son dignos de ser imitados; ni Cesar ni Pompeyo, fueron sus sucesores, porque los héroes de la epopeya de Lucano se alzaban sobre su época para cortar el mal de raíz, allá en las fuentes de la república que formó la ley de las XII tablas, y no entre la conjuración de Catilina, o la sangre y las depredaciones de Mario, como protector plebeyo, o de Sylla como encarnación de la savia patricia. César no nace a Roma, como Crasso por haber vencido a Spartaco el gladiador, ni por haber atado a su carro como aquel, las lecciones de esclavos escapados de las ergástulas de sus amos. No, César se alza como la encarnación de Roma en el genio de la guerra; y no pasó en balde el Rubicón, ni fueron vencidas sus

lecciones antes de dominar inmensos territorios. César es Roma misma; pero la Roma guerrera.

Bien hace D. Ventura de la Vega en decir por boca de Bruto:

*¡Vedle salvar las cumbres del Pirene,
Y al gallego vencer, y al Lucitano
En el confín a donde al mar de Atlante
Rinden tributo el Miño, el Duero, el Tajo!
Vedle en dos lustros de sangrientas lides
Las Galias sojuzgar! Vedle, domando
Del Rin caudal la rápida corriente
Someter al Teuton! Del Oceano
Vedle cortar con atrevida prora
La no surcada espalda, allá plantando
Las águilas de Roma, do se ocultan
Divididos del orbe los Britanos!*

Esta es la faz querida de César a los romanos todos; y el último endecasílabo hace saborear el *toto orbe divisos* del Poeta mantuano.

La figura de César se destaca en la historia como el genio de Roma en sus conquistas, como el jénio de la humanidad en sus tendencias, como el símbolo de la República en su deseo de igualar al hombre por la ciudadanía y por la igualdad de derechos. No lo negaré. César era despota, como entidad de quien dependían los destinos supremos de la República; pero su despotismo lejos de ser la esclavitud repugnante que ejercieron mas tarde sus sucesores, era el poder moderador de los abusos del patriciado, a la vez que la esperanza del pueblo y del mundo, deseosos de libertad. Colocados en la época del Dictador, no encontramos los atentados que lo tildarán de tirano a los ojos de Roma; y si su poder estrechó al patriciado, podemos saludar en él al defensor del pueblo romano y al genio inspirador que debia preparar el mundo a las revoluciones futuras del progreso y a la igualdad del hombre, como primer paso dado hacia la soberanía popular.

Julio César está perfectamente bosquejado en estas palabras del Sr. Castelar, que tomo de su discurso sobre Lucano:

"Antes de su imperio, Roma pesaba sobre la tierra, y el preparaba la ciudad eterna a todas las jentes y a todos los pueblos. El Senado gobernaba al mundo, como el señor al esclavo, él señalaba asiento en aquel rolo de las tradiciones sagradas a los senadores extranjeros, que van apoderándose del espíritu de Roma para convertirlo en espíritu del mundo. La aristocracia romana, orgullosa con sus tradiciones, se encierra en sus antiguas fórmulas y derechos, y él la modifica profundamente creando nuevos patricios, nacidos en humilde cuna, y rompiendo así la valla de los antiguos privilegios. El pueblo rey se moría de hambre, la mayoría de sus hijos no tenían una piedra donde reclinar la frente agoviada de laureles, y él resuelve la gran cuestión social repartiendo entre el pueblo las tierras de la Campania, rejion dulce y fértil de Italia. La aristocracia no podía consentir tal política, é hirió a César; pero al caer, después de haberse defendido heroicamente, desarmado mas que por el valor de sus asesinos por la ingratitud de su hijo, cae, artísticamente, como apuesto gladiador thracio en el circo."

He ahí, el hombre tal cual su siglo no lo comprendió, tal como lo lloraban los romanos sin conocerlo bien, porque presentían el futuro no cimentado aún.

Reasumamos, —César era el representante del pueblo y de los ciudadanos oprimidos y empobrecidos por los patricios; de los vencidos que aspiraban a la vida; de Roma que necesitaba la *paz*, no ya como un *ejercicio* sino como su única salvación—, César era la resolución del problema social que debía dar vida a Roma, uniendo en un terreno neutral los elementos heterogéneos del patriciado y del pueblo; y César al atacar los privilegios de los patricios, balbuceaba la frase de Turgot: "los derechos de los hombres reunidos en sociedad, no están fundados en su historia, sino en su naturaleza" La exaltación de César al mando supremo era lógica y natural en una sociedad constituida como la romana, en la que el poder intelectual mas sobresaliente venia a dominar, porque el poder del pueblo y su acción no estaban garantidos por las instituciones públicas, sino en muy limitados casos, previstos por la legislación: —y esta razón la encontramos hoy día en Stuart Mill, como uno de los escollos que es necesario evitar en las instituciones de nuestro siglo.—

César, Señor Director, es la encarnación de la libertad posible y lógica en su época para Roma; y el republicano puede saludar el período reparador iniciado por el Dictador, sin hollar sus convicciones, sin ultrajar su bandera.—

La acción de Bruto fue grande. -El golpe de la conjuración tronchó a un enemigo poderoso de la aristocracia romana, sin desatar al nudo de la lucha, pero no es digno de alabanza; y el liberticida encontrará éco, solo en las testas coronadas que hacen gemir a la Polonia, o conquistan a Méjico para ahogar sus sollozos con cadenas.—

Bruto era el último vástago y la creación más fiel de la escuela estóica, de la concepción romana por esencia, de donde salieron los varones firmes de la estofa de los Catón. Ella fué cu su principio, majestuosa, simbólica, después repugnante y fiera: y los romanos concluyeron por despreciar su Olimpo, y encerrar su fe en los preceptos intransijentes, predicados desde las escuelas por una secta filosófica del espíritu, que pronto se iniciará. Bruto como aristócrata condenó á César; y su mano no vaciló en cumplir la fatal sentencia pronunciada por el estoico.

D. Ventura de la Vega, ha encerrado en su tragedia la enseñanza grandiosa de los preceptos intransijentes de la ley natural. Su obra juzgada con la época de César, en medio del pueblo romano y de sus luchas, salva los principios republicanos, sin mentir a la historia. Podemos ahora repetir su credo histórico, comprobado por los hechos mismos: *César era el liberal*, el representante del pueblo y de los vencidos; *Bruto el retrógado*, el alma de la oligarquía de la antigua Ronra.

La tragedia está salvada —la grave matrona se alza majestuosa de entre la historia para ceñirse el coturno de la escena.

No me considero con fuerzas suficientes para juzgar la tragedia en nombre del Arte; y mi voz desautorizada iría a engrosar apenas el himno general de admiración que ha arrancado la aparición de la *Muerte de César*.

La tragedia del Sr. Vega, muestra a cada paso la majestad del lenguaje latino; y en cada escena se descubre el espíritu de Roma en las sentencias de Tácito, en las frases conservadas por la historia, en los preceptos de Horacio, en el encanto del ritmo de Virgilio: todo esto en medio del endecasílabo sonoro y elevado que caracteriza el espíritu sereno de nuestro poeta.

CAPITULO XIII

D. JUAN GUALBERTO GODOY

Ensayo biográfico por Domingo F. Sarmiento (hijo)

Las musas son inmortales porque rejuvenecen
aspirando el aura de la paz.

Juan M. Gutiérrez.

(Publicado en el "Correo del Domingo", Agosto 14 de 1864).

La literatura argentina vive apenas en algunos de los poetas que han conseguido salvar su nombre del olvido y de la decadencia de nuestras letras, ahogadas en medio de las luchas y de las conmociones de la patria. Sin embargo, la última década ha sido feliz para el engrandecimiento literario. Algunas producciones históricas han creado nombres nuevos; y la grave tarea de recojer los elementos dispersos de nuestras letras, ha sido iniciada con el fervor que inspiran los recuerdos grandiosos de los hombres que cantaron las virtudes bélicas de nuestra epopeya y que como López, interpretaron el sentimiento popular, las ambiciones de un pueblo, lanzando al mundo el grito de independencia, en las estrofas sublimes del himno patrio.

Hubo una generación de poetas, cuyas figuras se destacan a través del tiempo, enérgicas y severas, como la época en que vivieron; inspiradas, como el fuego sublime que les daba aliento; grandiosas como la misión que se había encomendado, imponentes, como la escena en que entonaron sus cantos líricos.

A esa falange pertenecieron Luca, Lafinur, Varela, Lopez, Rodriguez é Hidalgo quen desde las vecinas playas lanzaban esta imprecación contra la reconquista del coloniaje que amenzaba el pabellón de la patria, en aquel pedazo de la República:

"Si el tirano intentase arrebatarlo,
Antes en sangre y muerte se halle envuelto;
El día se encapote, jima el aire,
La bóveda celeste al ronco estruendo
Despida rayos, y la triste noche
Aumente su pavor..."

Los cantores de aquellas épocas eran hijos del entusiasmo y de la victoria, y las letras americanas eran intérpretes de un mismo sentimiento cuando lució el primer día de libertad y de independencia para el visto continente de Colon. La poesía era guerrera entonces, porque en la guerra estaba las esperanzas del pueblo, porque la última ambición del pensamiento era sacudir la dominación y dar a cada americano un hogar propio. Vinieron en seguida Varela (D. Florencio), Echeverría, Balcarce, poeta tan notable el primero, como escritor político, cantor el segundo de una naturaleza grandiosa de nuestro suelo; sentimental, el último, y elevado en sus concepciones.

Llegábamos al momento decisivo y crítico de nuestra literatura. La historia iba ya a anunciar los fastos de una nueva nación, y la poesía tendería su vuelo a las rejiones inmortales del pensamiento, para buscar allí los grandes preceptos, las nobles máximas que crean las escuelas de los pueblos y que son las entrañas de su literatura, ligada a su vida y a su gloria. La República iba a mostrarse al mundo grandiosa por sus hechos, sublime en nombre de su genio, cuando el cielo se oscureció y las liras enmudecieron, porque los poetas ni cantan a la patria en medio de su dolor y de su llanto.

La literatura patria desaparecía entre el polvo de los combates de la guerra civil, y los bardos argentinos abandonaban el suelo que los vió nacer, dejando a los ingratos la herencia maldecida de un tirano que proscribía de sus dominios al genio y al talento. Una generación entera ha vivido en el destierro. La emigración ha sido el óbolo de sacrificios con que han contribuido millares de argentinos. En ella nacieron nuevos vínculos, porque en la desgracia está la verdadera fraternidad de los hombres.

Así, como algunos años atrás, la República estaba representada en sus poetas, como en sus congresos, cuando el lazo estrecho del pensamiento y del genio ligaba a Luca y a los Varela de Buenos Aires, con Rivera Indarte nacido en Córdoba, y Lafinur de San Luis, así en el destierro los argentinos salvaban la literatura de la patria, conservando la unidad del suelo que los vio nacer; y el día que la historia recoja los hechos de aquella peregrinación de veinte años, muchos hombres serán ensalzados porque supieron alimentar las tradiciones de la tierra natal, para llenar mas tarde con ellas, la inmensa laguna de negación de libertad y de pensamientos.

Durante la emigración comenzaron los primeros trabajos tendentes a popularizar los nombres de los literatos americanos: y es obra argentina el primer monumento que se haya elevado a las letras hispano americanas, *La América Poética*. En esa época aparecieron algunos hombres dignos de ocupar un puesto notable en la literatura patria, y que más tarde volvieron a la República para vivir ignorados en el lugar de su nacimiento, después de haber sembrado en medio continente los frutos de su genio.

Seríamos injustos, hoy que las letras vuelven a tender el vuelo, si no pronunciáramos en este momento reparador, un nombre que tiene asegurado un puesto notabilísimo en nuestra literatura, y que es enteramente desconocido de las generaciones presentes. El hombre que responde a estos anteceden es es D. Juan Gualberto Godoy, poeta mendocino, cuya muerte ha acaecido el 16 de mayo de 1864, en la nueva población de Mendoza. D. Domingo de Oro, su amigo desde cerca de cuarenta años, anuncia su fallecimiento con estas palabras, dignas del respeto que inspiran su nombre y sus canas:

"Don Juan Gualberto Godoy, ha muerto. Una de las más elevadas inteligencias de la República, una de las más altas ilustraciones de Mendoza se ha apagado", y más adelante agrega en su necrología: "no conozco sino incompletamente la historia de su vida pero con lo que conozco habría lo bastante para honrar la carrera mortal de muchos."

Vamos a trazar a grandes rasgos la vida del hombre, el carácter del poeta y las vicisitudes de su existencia; y sentimos en el alma no tener el acopio suficiente de datos para mostrar, hecho por hecho, los detalles de su vida. Nuestro trabajo, pálido e incompleto, aparece solo como una muestra de respeto a la memoria de D. Juan Godoy, dejando a manos más hábiles la tarea de estudiar su vida y su genio.

D. Juan Gualberto Godoy nació el 12 de julio de 1793 en la ciudad de Mendoza, capital de la provincia del mismo nombre en el *far west* de la República, al pie de los Andes, cuyo aspecto sobrecogía al poeta, haciéndolo decir:

¡En qué tiempo, en cuál día o en qué hora
No es grandioso, soberbio e imponente
Altísima montaña
Tu aspecto magestuoso!"

Aprendió a leer en una escuela de mujeres, y a la edad de siete años le enseñó a escribir D. Alejo Nazarre, interventor entonces de tabacos en Mendoza y más tarde gobernador de la provincia en los primeros días de la Revolución. En la escuela de los Belermos estudió la gramática latina, adquiriendo algunas otras nociones puramente rudimentales. D. Juan Godoy había adquirido una forma de letra tan gallarda y correcta, que tuvo desde sus primeros años asegurada su subsistencia con este talento, dirémoslo así, vulgar. A la edad de doce años, le valió un puesto en la Tesorería de la Real Hacienda, donde permaneció hasta 1809.

La ausencia de su padre, durante algún tiempo, le obligó a interrumpir los pobres estudios que entonces se cursaban públicamente, entregándose al cuidado de la chacra paterna y a las labores rurales. Como una muestra de carácter útil y emprendedor, señalaremos su empeño en obtener vinos por los medios más naturales y fáciles, en un lugar donde esta industria no se había despertado aun, ni asumido ésta las proporciones que tiene hoy día. Debido a su empeño y constancia consiguió iniciar en 1811 los primeros trabajos tendentes a dar vida a esta industria. Sería este solo título suficiente para recordar su nombre como acreedor a la consideración que merecen los creadores de hechos útiles, si no descollara a mayor altura como entidad conspicua en nuestra literatura.

Muy pobre era la educación que debía a sus maestros para que bastara a preparar su espíritu a las grandes concepciones; pero D. Juan Godoy "había nacido poeta según la expresión de D. Domingo de Oro como nació amigo de la virtud, como era sincero y generoso." Su talento fué cultivado por él mismo, y todo se lo debió a sus propios esfuerzos y a su constancia. Apasionado desde muy niño por la lectura de poesías, leyó cien veces los escasos volúmenes que componían su biblioteca. Las únicas obras poéticas que tenía a la mano eran Quevedo y la Araucana de Ercilla, y en ellas bebió, en cuanto lo permitía su talento original, el espíritu y el carácter de la poesía castellana que más tarde llegó a conocer con la perfección de un literato consumado. Pertenece D. Juan Godoy a esa clase de hombres que saben sin llevar sello de los maestros, inteligencias cultivadas y despiertas, que no tienen despachos universitarios, y que jamás se han inscripto en las matrículas de las aulas.

No tenemos datos ciertos sobre la época en que hizo su primeros ensayos poéticos; él mismo nos ha asegurado no recordar cuándo tentó su estreno, pero su carácter elevado y severo, lo impulsó desde muy joven, a criticar todo abuso, a corregir todo yerro. Poeta de alma y de conciencia, la forma favorita de su pensamiento escrito, era el verso, fluido y fácil, como todo lo que responde a la predisposición natural de una inteligencia fecunda y vigorosa.

En 1817 hizo su primer viaje a Buenos Aires regresando a Mendoza casi inmediatamente a continuar sus labores agrícolas al lado de su padre. Ni este viaje, ni otro que hizo el año 22 le sirvieron para aumentar sus conocimientos; sin embargo, en el último, hizo relación con el Dr. Laínur, quien le invitó por repetidas veces a publicar en el *Verdadero Amigo del País*, diario fundado bajo sus auspicios, algunas de sus composiciones.

En este diario vieron la luz pública por primera vez, dos o tres poesías de D. Juan Godoy, cuyos títulos no hemos podido obtener. Vuelto a Mendoza se dirigió a Chile conduciendo una factura de efectos, donde permaneció ocupado en el comercio en calidad de dependiente, hasta el año 24, que regresó a su ciudad natal. Continuó durante algún tiempo en el comercio, vendiendo desde el mostrador no solo lienzos, sino también composiciones poéticas para los gauchos cantores, para dar días y celebrar aniversarios de personas queridas de cuantos solicitaban este favor del poeta fecundo e ignorado; Don Juan Godoy poseía ese estilo fácil impregnado del lenguaje decidor y vulgar de nuestros gauchos. Era algo de lo que es Trueba para la España: un cantor de escenas llenas de animación y de fuego, entonadas en voces accesibles a todos y con el tinte vivo de la palabra vulgar, con el lenguaje estropeado con modismos nacidos de buena fe en la jente del pueblo, llenos de verdad y de vida.

D. Juan Godoy fué el primero que ensayó en la República el metro de los payadores, haciendo versos notables, ya por la dulzura y el sentimiento de que estaban impregnados, ya por la sátira punzante que fustiga los vicios y desmanes sociales, en la forma genuina del cantor gaucho. Hemos dicho, el primero, teniendo presente la época en que apareció el "*Diálogo patriótico entre Chano y Contreras*" de D. Bartolomé Hidalgo. Algún tiempo antes de esta publicación D. Juan Godoy escribió e hizo imprimir su *Corro*, folleto de treinta páginas en octavo, compuesto en el mismo metro y la misma habla que el anterior y alusivo al Coronel Corro, que traba un diálogo con un gaucho, su amigo, después de su derrota y espulsión de San Juan, donde había encabezado una revolución. Esta composición y mil otras que todo Mendoza conoce, daban a D. Juan Godoy una especie de influencia social, de un carácter correccional y moralizador. No ha habido desmán ni arbitrariedades, abusos o vicios de que no haya protestado en versos enérgicos y satíricos hasta lo sumo, y como él decía en sus últimos años, se había sentido poeta, cuando se había indignado ante arbitrariedades insoportables: "mi inclinación era hacer versos burlescos contra todo lo que me parecía malo" y á fé que con genio y con espíritu digno de Quevedo había para hilar largo, allí donde los abusos no eran escasos.

"La causa de los buenos principios lo tuvo siempre entre sus defensores, y el *Juvenal* mendocino enarboló el látigo de la sátira contra el vicio cínico y contra la arbitrariedad que lo escudaba. En aquellos tiempos se necesitaba para obrar así más valor que para pelear en los campos de batalla. En estos se podía sucumbir sin perecer. El escritor arrogante que habia hecho de su pluma un escalpelo para poner al descubierto los senos mas hondos del cáncer social, estaba condenado de antemano para cuando cayese en las manos de los sostenedores del arbitrario."

El año 24 fundó en Mendoza un periódico titulado el *Eco de los Andes*, redactado por él y varios de sus amigos. Dos años más tarde redactó el *Iris Argentino* y junto con este el *Huracán*, periódico de circunstancias, escrito en

verso de punta a cabo, satírico como los más, y en el que aparecieron los primeros retratos de cuanto personaje tenía alguna posición en Mendoza. Las personas de aquella época recuerdan estrofas enteras de aquellas descripciones picantes, en que cada tipo está diciendo a voces: soy fulano, tal es la precisión y exactitud de aquel diseñador de fisonomías y caracteres. No eran tiempos aquellos en que la constitución garantizara en Mendoza la libertad de imprenta, ni los gobernantes de entonces dejaban de ser hombres para no vengarse de las sátiras: el *Huracán* fué suprimido y D. Juan Godoy tuvo que escapar a uña de caballo de aquel gobierno que le perseguía encarnizadamente, porque se había tomado la libertad de hacer su boceto, ya que no su retrato.

D. Juan Godoy volvió a Buenos Aires, residiendo alternativamente en esta ciudad, en Dolores, y en el Tuyú hasta 1830, que regresó a Mendoza, redactando un nuevo periódico satírico, el *Coracero*, lo que le valió la emigración a Chile y el destierro por más de 26 años. Pocos hombres hay que como él se hayan servido con tanta ventaja de la poesía para corregir con estrofas admirables, errores administrativos, faltas judiciales, y cuanto aparecía en su provincia de malo y abusivo. Su palabra era siempre la primera que lanzaba el grito de reprobación, y puede decirse de él, que era un verdadero poeta, porque sus composiciones mostraban a la vez los arranques del genio y les impulsos de una alma bien templada, honrada y justa.

Durante su residencia en Chile se sirvió de sus talentos más vulgares para proveer a su subsistencia, y a pesar de esto, obtuvo más tarde puestos honorables en la administración de aquel país hospitalario, que dio abrigo a los argentinos en la época aciaga de nuestra historia.

Hasta 1837 fué maestro de escuela pública en la Cañadilla, barrio apartado de la ciudad de Santiago, oficial 2º. de la Secretaria del gobierno local de Santiago, maestro de caligrafía en la Academia Militar, y Oficial único de la Secretaría del Cabildo, consecutivamente hasta 1839, época en que tomó la dirección de un establecimiento de minas de oro en la provincia de Colchagua. Volvió a Santiago poco tiempo después, ocupando el puesto de oficial auxiliar en la Intendencia hasta el año 42 en que se le envió como Oficial de la Legación de Chile en el Perú. No sentándole bien el temperamento de Lima, regresó a Chile, después de año y medio, donde pocos días después de su llegada obtuvo el empleo que había dejado al partir, desempeñándolo hasta 1847. El intendente D. Juan María Egaña lo llamó a la Secretaria de la intendencia el año 48, destino que abandonó para tomar la dirección de la Escuela Normal de Profesores. El año 53 fué nombrado Diputado al Congreso Legislativo de la República Argentina, honor a que renunció por estar comprometido al servicio de Chile. Viejo, enfermo y achacoso, volvió a Mendoza en 1856 buscando alivio en el temperamento de su ciudad natal para su enfermedad al pecho, de que sufría desde jóverí. Varios cargos públicos desempeñó en Mendoza, pero las disensiones intestinas, las luchas de partidos que todo lo hieren, lo obligaron a aceptar el puesto de canciller del Consulado de Chile en Mendoza, buscando así, un abrigo en el pabellón de la república hermana, contra los rencores y los odios enconados que lo perseguían, robándole la tranquilidad que merecen las canas del anciano. D. Juan Godoy es uno de esos hombres que no tendrá un puesto en nuestra historia política porque no ganó batallas, ni fué magistrado, ni orador; pero cuando se conoce la multitud de hechos a que ha contribuido con su espíritu justo y elevado;

cuando se miden sus sufrimientos y las acciones que hacen al hombre, no se puede prescindir de saludar con respeto su nombre, que nuestra literatura conocerá como poeta el día que haya verdaderamente literatura nacional, es decir, el día que reluzcan para todos las obras de los hombres ignorados, porque su teatro fué pequeño y apartado de los grandes centros de población.

D. Juan Godoy nació poeta, heraos dicho en alguna parte de este ensayo, y sus inspiraciones llevan impreso el sello del jénio y del carácter eminentemente filosófico de la poesía de la verdad y del pensamiento. Pertenece a esa escuela de poetas que han comprendido su misión y que han dicho con Rivera Indarte: "La poesía debe tener una misión de premio y de castigo, y no perderse en el platonicismno de las ideas, ni en la espiritualización del amor." No ha cantado él, ni a la belleza, ni a las flores, sin sembrar de pensamientos profundos el velo diáfano que cubre los encantos de esas armonías vagas que deleitan el oído, a riesgo de no dejar frutos al espíritu. En sus cantos líricos hay nervio y suavidad, mientras se alza rudo y cáustico en sus estrofas satíricas, poderosas como los yambos de Juvenal, y llenas de sal, que pudiera llamarse argentina, tan impregnada está de los dichos populares, y de las frases conocidas del hombre culto y del gaucho de la pampa.

Si fuéramos a juzgar el espíritu de sus producciones y de los pensamientos elevados de que están nutridas, no podríamos menos de reconocer, que campea en ellas el carácter de la poesía inglesa por lo profundo del concepto, lo meditado de la idea, exacta siempre en la expresión, y analizadora como el desarrollo de una investigación de la ciencia. D. Juan Godoy más poeta, más satírico que Moore, tiene puntos de conexión con Bloomfield, el zapatero intérprete digno de la poesía popular. Godoy no sucumbió como este a los desencantos, sino que cuando su nombre era conocido como cantor popular, y su fama de *payador* iba creciendo como la de los payadores del siglo XII, remontó más alto su vuelo, y en las elevadas rejiones del pensamiento cantó sus inspiraciones envueltas en la amargura de la situación de su patria, o en los preceptos intransijentes del arte en las altas concepciones del espíritu.

Enarbola el látigo de Juvenal y levanta a la moral ultrajada y contiene un desmán pronto a producirse, teniendo a raya los abusos en su provincia; canta desde el destierro a *los Andes* y no puede escapar a la descripción de la época primaria de la creación.

"En la edad primitiva de la tierra,
Cuando el fuego voráz que en lo más hondo
De sus senos recónditos se encierra,
Más a la superficie se acercaba;
Y cuando en cada una
De tus cumbres altísimas se veía,
Que en torbellinos de humo ardiente lava
El Cráter inflamado despedía,
De cien volcanes, cuyas erupciones
Nuevos montes y valles, nuevos lagos,
Dejaron por señal de sus estragos."

Se inspira recomendando la palmera, y revela en cada estrofa ese sentimiento íntimo que nos domina, al escuchar el manso murmullo del

arroyuelo o el ruido misterioso del follaje agitado por las brisas, sentimiento explotado diestramente por Chateaubriand en su lucha contra el escepticismo y los enciclopedistas y que ha hecho decir "que devolvió al cielo y a la tierra las armonías misteriosas que tienen con la existencia humana", Don Juan Godoy en la *La palma del desierto* describe, medita y deja en sus observaciones, un bálsamo purísimo que perfuma toda la composición, halagando sentimientos íntimos que despiertan con las armonías vagas de la naturaleza y de la vida.

Tomamos las siguientes estrofas de esa composición dedicada a don Carlos Bello.

"Palma altiva y solitaria
Que en los bosques te presentas
O en agreste falda ostentas
Tu gigante elevación.
Ese ruico misterioso
Que se escucha en tu ramaje
¿Es acaso tu lenguaje;
Es tu idioma, es tu espresión?
Respondes, quizás y no entiendo
Tu respuesta, palma bella
Por más que quisiera en ella
Lo que dices comprender.
Mas yo escucho tu murmullo
Y que tú me hablas sospecho.
¡Ay, no puedo satisfecho
Tus palabras entender!
De tus abanicos verdes,
Por el céfiro movidos,
Los misteriosos sonidos
Creo que palabras son.
Porque ¿qué es la voz humana
Si palabras articula,
Sino el aire que modula,
El hombre con precisión?
Si él espresa en sus palabras
Ideas y pensamientos,
Quién sabe si tus acentos
Ideas no son también?
Ideas que a tu modo
Espresas en tu lenguaje
Modulando en tu ramaje
El aire con tu vaivén?

Y más adelante en la misma composición agrega que quiere a la palma, por su aspecto, su belleza:

Más, sabiendo que a las naves
Do truena el bronce horadado
Jamás una tabla has dado
Ni a una lanza duro hastil.

Idea que más de una vez encontramos repetida en sus composiciones, bajo diversas formas: muestra de aversión profunda a esa laboriosidad del hombre empleada en buscar medios de destrucción y de luchas.

D. Juan Godoy tiene producciones eminentemente poéticas; *La llanura de mi patria*, *El Ciprés*, *La Campana*, digna del canto de Schiller, *El Sereno*, y otras más, entonadas al compás de la lira grave y majestuosa: sus cantos líricos a *Mayo* en el de 1849, notable por los pensamientos que encierra.

¡República! ¡República! es el grito
Que de un polo a otro, reproduce el eco;

esclama él, contemplando el movimiento de la revolución francesa de 1848, que parecía iniciar la vida de la democracia para la Europa; y luego dirige sus ojos a la patria y no puede dejar de decir:

¿Y el argentino que a este grito santo,
En ochocientos diez, se hizo guerrero,
El único será que no le escuche,
Y resignado encorbe al yugo el cuello?
Si esta es la suerte que el cielo nos depara,
En tierra esfraña queden nuestros huesos:

este último verso recuerda el anatema de Moisés a los hijos de Israel, tan solemne es su composición, tan bien expresado se encarna el último suplicio del hombre, la pérdida del hogar y del suelo natal.

Publicamos íntegros los cantos *la Campana* y *el Sereno* que aparecieron el año 42 en los periódicos de Chile:

EL SERENO (año de 1842)

Mientras que en sueño profundo
Yace el pueblo sosegado,
De un segundo a otro segundo
Anuncia el sereno al mundo
La hora que el reloj ha dado.

Cada calle está desierta,
Todo en silencio descansa:
Solo el sereno está alerta,
Como en el alma despierta
Está siempre la esperanza.

Pero este hombre misterioso
Que solo de noche vive
Que ni en tiempo borrascoso
Busca en el lecho reposo,
¿Por qué tanto se desvive?

Así la esperanza, amiga,
Es perpétuo centinela
Que en el corazón se abriga;
Y que nunca en la fatiga
Se cansa de estar en vela.

Cual de copioso raudal
Bajo la lluvia a torrentes
Y un silencio sepulcral
Está la plaza, el portal
Do suelen bullir las jentes.

Mas la voz estrepitosa
Que a la par del ronco trueno
Se oye en noche tempestuosa,
Cuando todo en paz reposa,
Esta es la voz del sereno.

Se divisan a lo lejos
Vislumbres de una luz vaga,
Cuyos destellos bermejos
Son los últimos reflejos
De un farol que ya se apaga.

Y al siniestro resplandor
Que arroja su luz rojiza
Por todo el alrededor
Cual espectro aterrador
Al sereno se divisa!

Como en lóbrego panteón
Marcando con pase incierto
A la estraviada razón,
Pinta la imaginación
La riste sombra de un muerto.

Viene el trémulo tañido
De la sonora campana,
Por el aire conducido
A decirle en el oído
Son las dos de la mañana.

Al instante arroja el pito
Un silbido prolongado;
Y en seguida anuncia un grito
Que en el abismo infinito
Otra hora se ha sepultado!

De la noche a la mañana,
Cada minuto de la hora,
Interpreta en voz humana
Los golpes que la campana
Arroja grave y sonora.

Pero este reloj viviente,
Retumbo de la campana
Buscaría inútilmente
En el instante presente
El de otra hora muy temprana.

Pasó para no volver,
Y eterna será su huida:
Que la hora que pasó ayer
Es una hora que el no ser
Cercena de nuestra vida.

No la detiene en su casa
Aquel de tesoros lleno:
Ni aquel de fortuna escasa,
Pues que para todos pasa
La hora que canta el sereno.

Porque junto con la voz
Que nos dice la hora nueva,
El tiempo que huye veloz
Se apodera de las dos
Y a la eternidad las lleva.

Pasa para la belleza,
Que nos encanta y subyuga,
La hora que va y la que empieza
Dejando sobre ella impresa
La línea do habrá una ruga.

No pasa con más despacio
Por la techumbre dorada
De las salas de palacio;
Ante sí, corre su espacio
Con rapidez duplicada.

Pasa para el orgulloso
A quien cupo por fortuna
Llevar un nombre famoso;
Para el viejo y para el mozo,
Y para el que está en la cuna.

Y en este eterno pasar
De una hora tras la siguiente
Caminamos sin cesar;
Sin que podamos parar
Aun el instante presente.

Porque al decir los serenos
El instante que entonces es,
Ya es uno de los ajenos
En nuestra vida de menos
El otro instante después.

Y en tanto que el tiempo vuela,
Y nuestra vida se estrecha,
El sereno es centinela
Que anuncia que el tiempo es tela
De que la vida está hecha.

Porque bien examinada
¿Qué es una hora vivida,
Más que una hebra bien delgada,
Que con otras enlazada
Forman el tejido *vida*?

¿Pero qué sirve este aviso,
Que por momentos tenemos
Cuando el tiempo escurridizo
Se nos pasa de improviso
Sin que una hora aprovechemos?

Sumidos en sueño incierto
Nos ve cada hora en su huida
Hacer de la vida muerte
Acortando de esta suerte
Los momentos de la vida.

Porque en suma ¿qué es dormir?
¿No es morir un tiempo dado?
Y si el dormir es morir
¿No es la vida disminuir
El tiempo al sueño entregado?

En vano canta el sereno
Las horas que van pasando,
Si tratamos como ajeno
El tiempo malo, y el bueno
Que el sereno va anunciando.

Asi en vano voltejéa
El cárauo taciturno,
Cuando con su luz platea
El astro de Citerea
El denso manto nocturno.

Igual resultado deja
El sereno en favor nuestro
Cuando nos canta en la oreja,
Que el vuelo con que se aleja
Aquel pájaro siniestro.

Asi con celeridad
De un instante en otro instante,
Sin valuar su brevedad,
Vamos a la eternidad
Tras otros que van delante.

Alli es donde todo para,
Y de donde nada vuelve
A pasar por do pasara
Desde que en su seno avara
La eternidad nos envuelve.

Triste aquel que solo espera
Respira el aire ajeno;
Para quien la hora postrera
Proscrita en tierra extranjera
Ha de anunciar el sereno!

Descubren estos versos la índole de las composiciones de Godoy. Domina en ellas la espontaneidad del espíritu pensador, y sin esfuerzo, desarrolla nuevas fuentes de meditación en cada una de sus estrofas.

Quien conozca algunas de sus producciones satíricas podrá medir cuán vasto es el campo en que ha ejercitado su plectro, cuan fecundo su ingenio.

La campana está tañida con mano maestra; y las escenas variadísimas arrancadas a su vibración, revelan un verdadero talento.

LA CAMPANA

¡Campana grave y sonora!
Cuando el martillo te ha herido
Del reloj para dar la hora:
Cuando viene hasta mi oído
Tu voz; fuerte y vibradora.

No es entonces una queja
Que el golpe le arranca al bronce,
La que retumba en mi oreja;
La voz del tiempo es que entonces
Me dice adiós, y se aleja.

Cuando tu voz por el viento
Parte desde el campanario,
Y anunciando va el momento
De concurrir al santuario
Para el sacrificio incruento,

Entonces no es tu sonido
La articulación o voz
Que el martillo ha producido:
Es esta la voz de Dios
Que a sonar viene en mi oído.

Cual el de la voz humana
Es el misterioso son
De la armoniosa campana,
Que en cada nueva inflección
Nuevo sentimiento emana.

En la noche torva, oscura,
Cuántas veces tu cadencia
A mi mente se figura
El grito de una conciencia
Que en la soledad murmura!

Si al alba, dulce y canora,
Acompañas la avecilla
Que hace el saludo a la aurora,
Eres la expresión sencilla
Del alma que a Dios adora.

Un repique estrepitoso
Dice que al mundo ha venido
Un niño tierno y hermoso
En que ve reproducido
El padre su ser dichoso.

Pero suena de otra suerte
Esta campana y anuncia
Que un joven robusto y fuerte,
Cual débil tallo de juncia,
Cayó al golpe de la muerte.

Resuena su triste acento
En la noche silenciosa,
Para avisar el momento
Que a una madre y tierna esposa
Le llevan el sacramento.

Cada uno desde su lecho,
Al escucharte, campana,
Dice dentro de su pecho:
Quizas sonarás mañana
Por mí anunciando igual hecho.

También en medio del día
Con acento lastimero
Y fúnebre melodía
Anuncias al pueblo entero
De un anciano la agonía.

En continua vibración,
En voz magestuosa y recia,
Convoca a oír el sermón
Que precederá en la iglesia
A la devota oración.

Con plañidero sonido
Das el aviso en compendio,
De que el fuego embravecido
En las llamas de un incendio
Una casa ha consumido.

Cual prolongado sollozo
Que arranca intenso dolor,
En retumbo cadencioso.
Que no envíe otro temblor
Suplica al ser poderoso.

Conmoverá tu sonido
Al corazón mas bastardo,
Cuando al viajero perdido
Le anuncia en el San Bernardo
Do será bien recibido.

Pero no solo es, campana,
La voz de la relijón
Ese son que de fe emana,
Es también la espresión
De la alegría mundana.

Y ¡cuántas veces ha sido
Talismán afortunado
Tu retumbante sonido,
Que en defensa del estado
A los hombres ha reunido!

Para unir la muchedumbre
Y resistir a la España
El indio sobre la cumbre
De una elevada montaña
Encendía una gran lumbre;

Y el antiguo Caledon
Despachaba mensajeros
Cada uno con un tizon,
Que citasen los guerreros
De los Clanes a reunión.

En la campana tenían
Un medio mas pronto y cierto,
Nuestros padres, si querían
Reunirse en Cabildo abierto
Y a su toque concurrían.

¿Quién será aquel que no estime
Conservar en su memoria
Un punto que le aproxime
A esos tiempos de gloria
En su recuerdo sublime?

Cuando esos héroes supieron
Vengarse de las injurias
Que los reyes les hicieron;
Y el yugo de tres Centurias
Tan animosos rompieron!

¡Para tí, Patria querida,
Ese tiempo es ya pasado!
Una turba envilecida
De esclavos ha reemplazado
Aquella jente escojida.

Ahora el tirano llama
Como a su perro el pastor,
Esa junta que proclama
Héroe, a un vil degollador,
Cuando más terco la infama.

Para defender sus fueros
Ha puesto ya la nación
En campaña sus guerreros.
Forzoso es que haya una acción
En que midan sus aceros.

Cada uno tira la cuenta
Del día en que debe ser
Esta batalla sangrienta:
Todos quieren entrever
Lo que el general intenta.

En un mapa aquel calcula
Con el compás la distancia
Do las huestes acumula;
Otro allá con arrogancia
Los movimientos regula.

Viene un posta a dar aviso
Que la acción está empeñada
Y anuncia que de improviso
Se principió la jornada
Y que el triunfo está indeciso.

Crece entonces la ansiedad,
Y las conjeturas crecen:
Inquieta la sociedad
Solo corrillos ofrecen
Las calles de la ciudad.

En sudoroso corcel
Cruza un militar la plaza.
Descubrir quieren en él
No un simple oficial que pasa
Y le siguen en tropel.

Rodeado de esta caterva
Llega a casa del Gobierno,
Y sin ver que se le observa
Penetra al recinto interno
Con afectada reserva.

Con más zozobra y cuidado
Todo el concurso se afana
Por saber el resultado,
Hasta que al fin la campana
Dice la acción se ha ganado.

En los rostros la alegría
Cual chispa eléctrica corre;
Ya ninguno desconfía
Desde que escucha en la torre
La bullisiosa armonía.

¡Triste el que en tierra extranjera
Desde su patria lejana
Alguna noticia espera!
Muda es para él la campana
Para otros tan vocinglera.

Tu alegre detonación
Recuerda el día grandioso
En que la revolución
Tendió a sus pies el coloso
De tres siglos de opresión.

Y en tanto que la alegría
Se espresa con tu sonidos,
El pié de la tiranía
Huella los lares queridos
De la dulce patria mía!

No quieras, por Dios, sonar
Saludando el primer rayo,
Que sobre el Plata ha de enviar
El próximo sol de Mayo,
Si al tirano ha de alumbrar.

Muera ese tirano atroz
Antes que llegue ese día;
Y si nó, calle tu voz;
No haya un eco de alegría
Ni aun fujitivo y veloz.

Entonce en mí último aliento
No sonará la campana
Que anunció mi nacimiento!
Proscrito en tierra lejana
No tendré ni este contento.

En la *América Poética* están reproducidas tres poesías eróticas de D. Juan Godoy; *Malvina*, que comienza:

Cuando ya tu voz, Malvina
Siguiendo cada inflección,
Del tierno armonioso son
Que esprime tu alma divina;
Cuando tu mano graciosa
Pulsa la trémula cuerda,
Sin que a su contacto pierda
Su blandura deliciosa:
Entonces, bella Malvina
Imposible es que haya una alma
Que se mantenga en su calma
En tu presencia divina.

Y las otras dos *A una dama que pasaba en su calesa*, y a *Una joven vestida de luto*, ambas notables como la anterior, por la armonía del ritmo y la suavidad de las imágenes.

D. Juan Godoy, poeta fecundo y de versificación fluída y fácil, ha tenido siempre una estrofa a la mano para el amigo, para el albur del viajero, y pocas personas hay de las que lo hayan conocido que no recuerden alguna improvisa suya. El *Constitucional* de Mendoza ha publicado en los primeros meses de este año varias producciones jocosas de Godoy, escritas en la última época de su vida. Ni los años, ni los achaques de su enfermedad al pecho han bastado para debilitar su vena.

El día en que alguien se encargue de compilar sus producciones, recojiendo las publicadas en los diarios de Chile y el Perú, y las que corren en Mendoza manuscritas y conservadas por la tradición, estamos seguros que asombrará el número crecido de sus poesías, suficientes para llenar volúmenes.

Diremos para cerrar estas líneas, trazadas con mano inesperta, que D. Juan Godoy es digno de ser llamado a juicio por nuestros literatos; y sus composiciones una vez conocidas, darán un nombre nuevo a nuestras letras, tan descuidadas y tan acreedoras a ser conocidas; que sus cantos patrióticos, sus actos y su vida revelan un alma bien templada, a prueba de infortunios, una intención sana que ha hecho decir a los que lo conocían "que en su vida había lo bastante para honrar la carrera mortal de muchos" y en fin, que su fama de poeta será inmortal cuando se abran para él las puertas del Parnaso, como uno de los representantes de la poesía inspirada en las verdaderas fuentes del pensamiento, en las musas inmortales que nominaron las generaciones poéticas del provenir: la Fé, la Relijión, y la Libertad.

NOTAS

Debemos al erudito autor de los *Recuerdos Históricos de las Provincias de Cuyo* algunas observaciones sobre hechos narrados por nosotros en el *Ensayo Literario* que hemos publicado en los números anteriores del *Correo del Domingo*.

Al escribir algunas líneas que dieran a conocer el nombre de D. Juan Gualberto Godoy, cumplíamos con un deber de conciencia, para con el hombre eminente a quien los sucesos o la casualidad habían aislado del movimiento literario, sorprendiéndole la muerte, ignorado de una generación entera.

Nuestro acopio de noticias estaba muy lejos de ser rico y casi todo lo debíamos a reminiscencias más o menos remotas o a datos adquiridos oralmente.

Lo único que teníanlos de positivo e innegable eran algunas composiciones suyas; y por ellas, y la lectura que habíamos hecho de las demás durante nuestra residencia en Mendoza, el año 62, juzgamos su mérito de poeta y la índole y el carácter de sus variadísimas producciones. Partiendo de esta base no era difícil que incurriéramos en algunos errores; pero siempre estamos dispuestos a rectificarlos, con tal que nuevos o mejores datos vengan a enmendar las faltas en que hayamos incurrido.

Tres rectificaciones se nos han hecho:

1° El lugar del nacimiento de Lafinur. 2° que *El Verdadero amigo del país*, fué publicado el año 22 en Mendoza y no en Buenos Aires. 3° el argumento del Corro.

Nosotros sosteníamos y sostenemos que Lafinur ha nacido en las minas de la Carolina, Provincia de San Luis. Los datos suministrados por su familia residente en Chile son los siguientes: Que Lafinur nació en los *Placeres* de la Carolina, provincia de San Luis, el 17 de Enero 1797. Su familia era de la ciudad de Córdoba y parece que su padre fué encargado de la dirección de algunos trabajos en aquellas minas. Nació entonces Lafinur. La circunstancia de pertenecer su familia a Córdoba y haberse educado él mismo en los establecimientos de aquella ciudad, puede haber influido para que se creyera que había nacido en Córdoba

La cédula declaratoria de 1783, sometía a la jurisdicción de Córdoba todo el territorio de las provincias de Cuyo. Lafinur sería cordobés, porque cuando nació estaba en vijencia la cédula arriba citada, y en iguales condiciones se encontrarían los habitantes de las provincias de San Luis de Loyola, San Juan del Pico, la Rioja y Mendoza, nacidos de 1783 a 1810; sin embargo no es esta una razón admisible, ni por esto dejaría de ser la Carolina el lugar de nacimiento. De todos modos interesa mucho saber donde nació este hombre eminente, cuya carrera mortal ha sido rápida como la aparición de un meteoro, dejando tras si una cauda luminosa e imperecedera.

Los que sostienen que es comprovinciano de Rivera Indarte, deben exhibir los documentos fehacientes en que se apoyan; prestando de este modo, un verdadero servicio a las investigaciones históricas.

El segundo cargo es justísimo. Ese dato se nos transmitió equivocadamente; y si hubiéramos podido consultar los *"Apuntes cronológicos para servir a la historia de Cuyo"*, publicados en Mendoza en 1852, no habríamos incurrido en semejante trasposición de lugares. El doctor Lafinur en sociedad de D. M. Delgado fundó en Mendoza *El Verdadero Amigo del País*, en

la época en que aquel prohombre hizo sentir su influencia benéfica en aquella localidad, fundando un colegio, y un Club con el nombre de "Sociedad Lancasteriana".

Respondiendo a la tercera observación, diremos, algunas palabras. El *Corro*, poesía de circunstancias, escrita en un momento dado para contestar a una tentativa de revolución ahogada en sus primeros pasos, es una de esas producciones que por su naturaleza misma, pasado el hecho determinado que les dio vida, decaen en interés, y desaparecen al fin dejando raros vestigios de su existencia.

Nosotros no conocíamos el *Corro*, y debimos a la memoria feliz de una persona que nos honra con su amistad, la primera décima de *Corro* con que comienza el diálogo:

Corro Hijo de un zambo platero
 llamado Teodoro Corro
 nací en Salta como un zorro
 en un miserable agujero;
 vil, ignorante y grosero,
 cobarde pero atrevido
 pedí el militar vestido
 para cacarear honor
 siendo todo mi valor
 el valor de mi apellido.

Era esto todo lo que conocíamos del *Corro*, cuando dimos comienzo a la publicación de nuestro ensayo. La descripción bibliográfica la obtuvimos en Mendoza, y desde allí ha venido el error de suponer a Corro autor de una revolución en Salta, en vez de San Juan.

Aprovechemos esta oportunidad para dar una lijera idea del *Corro*.

Tenemos a la vista un ejemplar del *Corro* perteneciente a la preciosa colección de poesías de D. Juan M. Gutiérrez. La impresión parece hecha en Mendoza, y la inmensidad de faltas ortográficas de que está plagada, indica que D. Juan Godoy no ha dirigido la publicación, o que ha sido hecha teniendo a la vista una copia muy imperfecta de la producción original. El título del folleto es el siguiente: '*Confesión histórica en diálogo que hace el Quijote de Cuyo, Francisco Corro, a un anciano que tenía ya noticias de sus aventuras, sentados a la orilla del fuego la noche que corrió hasta el pajonal, lo que escribió a un amigo*'. En Buenos Aires se publicó en una hoja suelta en la misma época por la *Imprenta de los niños expósitos* una letrilla de *Corro* tratando el mismo asunto; pero a nuestro juicio, no es producción de Godoy.

Comienza el *Corro* de esta manera:

Viejo Estando junto al fuego yo sentado
 sentí un tropel, que a mí se dirijía,
 el cual lo hacía un hombre que asustado
 diciendo: me persiguen! más corría.
 Llegó por fin a mí, todo embarrado;
 le invito a desmontarse, y no quería,
 pues tan grande es su miedo, tal su apuro,
 que solo cree a caballo estar seguro.

Por fin se desmontó, y no contento
teniendo su caballo de la brida,
sacó un par de pistolas e hizo asiento;
desenvainó una espada muy lucida,
fijando la vista y oído muy atento
al camino que traía en su venida;
preguntóle quien es; y él me responde:
que es Corro, el Coronel de no se donde.

El viejo pregunta a Corro los detalles de su vida y sus hazañas. Corro contesta con la décima que hemos citado ya. El diálogo sigue animado hasta el fin, haciéndose notables en el viejo muchos rasgos de ingenio. Citaremos algunos trozos muy curiosos a nuestro juicio, y que muestran perfectamente el carácter sencillo de lo que en nuestra poesía nacional llaman *relación* los cantores populares. Pregúntale el viejo:

V. ¿Y cómo con tal recomendación
lo admitió Alvarado entre su tropa?

.....
.....
.....

C. ¿Mas quisiera, señor, que me dijera
si tenia afición a la carrera?
De un mal soldado a teniente
ascendí por carambola,
y asombrado exclamé: Ola!
ya voy pareciendo gente.

Confieso, aunque no es decente,
que al verme con relumbrones
se me inflaron los pulmones
y la boca se me hizo agua
al ensayar de la fragua
el lustre de los galones.

V. ¡Que contento tendrá al encontrarse
libre ya del carbón y de la lima,
pudiendo con las gentes asociarse
y con vestido militar encima.

.....
.....

Cuenta Corro el motín que ha encabezado y la muerte de Zequeira, Benavente, Salvadores y Fuente, oficiales de su cuerpo, *que ha quitado del medio* para facilitar su proyecto de dominar a San Juan y erigirse en caudillo.

V. Déjeme preguntarle lo que hacía
gobernando vecinos y soldados?
porque esto no es tocante a platería
que si fuera esto, en esto se había criado:
y por fin, era cosa en que tenía
la mitad del camino casi andado;
pero pasar de un salto tal altura
embrolla la cabeza más segura.

C. Señor de vida y haciendas
en el pueblo de San Juan
yo no envidiaba al Sultán
de su gobierno las riendas;
a mis tropas en sus tiendas
proclamaba libertad,
cuando al pueblo sin piedad
le gritaba entre sus penas
horca, fusil y cadenas
sostendrán mi autoridad.

V. Pero en fin hasta aquí no había pedido
lo que llaman confites del Gobierno
de un unto que en las manos recibido
el corazón más duro pone tierno.

.....
.....

C. Viendo ya al pueblo en desmayo
temiendo grillos y muerte
le arranqué veinte mil fuertes
en un día por ensayo.
Tan rico sabor les hallo
a los dichosos doblones
que cayendo en tentaciones
de robarlos con frecuencia
impuse con exigencia
mayores contribuciones.

.....
.....

... y así por entretener
a mi corazón altivo
mandé tan ejecutivo
como estaba de borracho
se me estendiera el despacho
de coronel efectivo.

V. Oh! qué lujo y rango gustaría
hecho ya coronel, y con dinero!
En vestidos, qué pesos emplearía
qué arrogante cocina y cocinero!
qué muebles, qué casa y qué tapicería!
qué caballos, qué coche y qué cochero!
qué tertulias tendría tan famosas.

.....

Cuenta Corro su fausto, sus desmanes, su tentativa sobre Mendoza, su mal éxito, sus peregrinaciones; y concluye dejando el resto de su historia para referirla en tiempos más tranquilos para su persona. Toda la relación está salpicada de las observaciones picarescas del viejo; y sentimos que el objeto de este artículo no nos permita estendernos en otras consideraciones.

El Corro es una página de historia, y la narración que se desprende de su lectura está conforme con la verdad de los hechos que relata. Concluye la *Confesión Histórica* con un soneto a Mendoza por su conducta digna al rechazar a Corro, ahogando el elemento revolucionario.

Cerramos estas líneas agradeciendo las observaciones que se nos han hecho, y contamos con que ellas salvarán las faltas que se han deslizado en nuestro *Ensayo* sobre D. Juan Godoy.

Domingo F. Sarmiento (hijo)

Buenos Aires, Setiembre 4 de 1864.

CAPITULO XIV

AMERICA ANTECOLOMBIANA

o sea

Noticias sobre algunas interesantes ruinas y sobre los viajes en América anteriores a Colon

por D. Juan Mariano Lársen

(Publicado en el "Correo del Domingo" de Enero 22 de 1865).

El señor Lársen acaba de publicar un notable estudio sobre la América Antecolombiana, cumpliendo con la promesa que hace algunos meses hizo en el Circulo Literario.

Estos estudios muy de su natural inclinación, fáciles a su laboriosidad reconocida, son de una utilidad verdadera. Si ellos no adelantaran en nada las noticias ya adquiridas, servirían en mucho para el conocimiento general de una cuestión muy debatida ya bajo la forma científica, y por lo tanto poco accesible al comun de los lectores, en los tratadistas especiales. El señor Lársen estima en esto solo el mérito de su libro; pero el lector advertirá, por poco que fije su atención, que a cada paso el docto recopilador sale de su esfera para entrar en comentarios y observaciones que conducen a la clara percepción de los juicios emitidos por los hombres de la ciencia.

Nos permitiremos, antes de entrar en una descripción del testo de la obra, hacer notar la sencillez del lenguaje empleado por el Dr. Lársen: y como si se viera obligado a justificarse de haber emprendido un estudio que comienza en una época oscura e incierta, con orígenes que pueden indicarse, pero que no entran todavía en las fórmulas despejadas de la ciencia histórica, comienza así la introducción de su trabajo:

"La escasez de noticias sobre los tiempos primitivos de la historia de cualquier país, la poca solidez de los cimientos en que estriban, la oscuridad e indecisión que en ellas reina, no impide que los hombres las reciban con placer. Lo misterioso nos atrae. Mucho antes del descubrimiento positivo de cualquier verdad, los hombres sueñan con ella, embelesados en una ansiosa contemplación empeñada en penetrar a lo distante y a lo inexplorado. En virtud de esta fascinación, el espíritu quiere ver a toda fuerza, y lo quiere con tanta energía que, mas allá de la ciencia positiva como desde la cola de un buque, gusta de esplayarse hacia distintas regiones. El vigor de la inteligencia pretende luego dar unidad y forma a estas sombras, y este empeño viene a producir cierta fisonomía y lograr crearles un perfil indefinido en el que converge el dominio de la imaginación con el de la realidad".

Las líneas que anteceden son el conjunto de las manifestaciones del espíritu en la hora de la investigación de la tarea, cuando los elementos de estudio parten de lo cierto a lo desconocido, del hecho tangible a la época lejana y remota.

Bajo estos auspicios comienza el Dr. Lársen su estudio, escabroso y difícil como empresa de exploración en tiempos tan alejados, tan oscuros, y en

los que caben a la par de las conclusiones de la ciencia, los mitos de la tradición, los arranques de la inventiva, y las hipótesis mas o menos fundadas. Para emprender un viaje a través de las edades, parte de los restos que una época, perdida ya, ha dejado sobre la tierra. Las ruinas son el reverso de una vida que no existe ya, pero que ha vivido. Un capitel sobre un montón de rocas informes e indefinidas, una escalinata en un desierto, son tesoros inapreciables robados al tiempo para entrar en sus dominios. A las ciencias naturales bástales la articulación de un esqueleto, el fragmento de una roca, para levantar una especie olvidada o pintar una situación de la tierra en sus revoluciones geológicas. La historia puede aumentar sus anales y dar cabida en su seno a pueblos antiquísimos pero nuevos a su memoria, con un jeroglífico que se deje leer, con una manifestación cualquiera del arte o de la industria, encontrada sobre las regiones que se exploran. Así la *América Antecolombiana*, empieza por la descripción del viaje del Dr. Stephens en Honduras y Guatemala, a través de las ruinas del Copan y Palenque, Utatlon y Ocasingo; descripción amena que sigue con gusto el lector, porque en ese viaje no se olvida la belleza de la vegetación que roba a la vista los restos de naciones olvidadas, ni el continente magestuoso de las ruinas colosales que despiertan estos estudios e incitan al historiador y al anticuario a que lea en sus faces alteradas por el tiempo la vida de un pueblo que cobijaron bajo sus brazos de piedra, cuando se alzaban soberbios e imponentes.

Los españoles que dieron a la América la vida de que estaba animado el mundo antiguo encontraron a Uxmal, Cholula, Chichen, como a Mejiro, como al Cuzco en el imperio de los Incas, en un estado de civilización que se conoce hasta cierto punto, porque aquellos conquistadores de un mundo no venían a tomar una vida para aumentarla con su poder y vigorizarla con fuerza. Savia de otra savia, necesitaban esterminar un progreso que no respondía al suyo, para aclimatar sobre la nueva tierra los elementos completos de su vida y de su pueblo, y con ellos estender la Europa ahogando a la América. Así no se deben a sus investigaciones profundas observaciones sobre esos mismos pueblos, de que vieron todas sus manifestaciones, y menos sobre sus antepasados, ni sobre las fuentes de donde habían brotado aquellas naciones que rendían y dominaban.

Mas tarde ha venido el estudio sobre las razas americanas, los trabajos sobre la inmigración, a estas comarcas en millares de siglos que han precedido a la América habitable y habitada; la investigación sobre la historia de la navegación y de la empresa a esta rejión que parece haber sido sospechada en los tiempos antiguos y ser ella la Atlántida de Platón, visitada al acaso por los primeros navegantes del Norte, que más tarde trazaron su itinerario de las costas de Irlanda a Islandia, y de allí a la estremidad polar de la América, para recorrer después en los siglos X y XI sus costas setentrionales, justificando el nombre de *Terra Nova* a aquella comarca en la América del Norte.

Se une a estas investigaciones la historia de los esfuerzos de la voluntad humana para ensanchar los límites del horizonte siempre estrechos, y con ella, la generación de los pueblos, sus inmigraciones a nuestra comarca, su pasado y su presente. Los aborígenes dominados por la conquista, son los descendientes de pueblos a quienes solo recordaban por tradiciones envueltas en ficciones mitológicas, y los españoles pudieron ver a Copan y Palenque en los monumentos del Titicaca, como a las pirámides de Teolohuacan

abandonadas y arruinadas por el tiempo, como encontraron con vida a Uxmal, Cholula y tantas otras.

Hay pues, para la América, un pasado tan grande quizá como el que comienza para los pueblos del mundo antiguo en las primeras edades. Ha habido sobre su Continente tanta variedad de razas, como la que muestra el resto de la humanidad, y tan numerosos idiomas, de los que son muestra acabada al guaraní, el quichua, el aymará y el cora, lenguas perfeccionadas y de raíces definidas y completas como cualquier idioma vivo; y ellas son las depositarias del misterio del origen americano. Los sucesores de Humboldt y de D'Orbigny, encontrarán alguna vez la verdad posible en nuestros días, de sus primeros tiempos. La filología es la base del estudio de la historia antigua de la América.

Precede a la edad histórica de las ruinas que conservamos de la antigua América, otra edad más primitiva, más atrasada, y cuyo recuerdo está escrito en caracteres en los valles de las montañas Rocallosas de los Estados Unidos; y nosotros tenemos en la falda de los Andes, los primeros ensayos del arte de un pueblo primitivo, sin que podamos clasificarlos, y los que se suponen, a falta de otras noticias, ser seriales de civilización quichua en la época arte colombiana. Sentimos que el trabajo del Señor Lársen no abunde en consideraciones de este género, nacidas de las observaciones arqueológicas hechas por algunos de los notables viajeros que han visitado las ruinas de América, y entre los cuales, podemos citar, como más reciente, el estudio del Abate Basseur de Bourbourg, que clasifica por épocas los restos de esos pueblos asignándoles una sucesión y precedencia, fundadas en los progresos del arte en los monumentos.

En los límites vastísimos de esta historia del mundo americano, tiene cabida el estudio del descubrimiento de este continente para el antiguo mundo, en el tiempo anterior a la época en que Colón abrió a través del océano el derrotero fijo que conduce a él, ofreciendo sus senos al dominio de aquella parte de la humanidad. Los pueblos del Norte de la Europa son los que conservan datos fijos sobre la América de otros tiempos: ellos visitaron sus costas y levantaron las primeras poblaciones de una raza extranjera a su suelo. Esta precedencia en el descubrimiento, hija del acaso en unos, obra de la predestinación en otros, no disminuye en nada la gloria de Colón, que será siempre el jénio benéfico que dio a la civilización y al progreso de la humanidad, un campo inmenso donde ejercitar sus resortes.

Estas ligeras indicaciones bastan para mostrar la importancia de un estudio nuevo todavía, a pesar de los inmensos esfuerzos de los hombres de ciencia que le dedican su atención.

El libro del señor Lársen encierra las tres facetas que hemos recorrido ligeramente. De las ruinas visitadas por Stephens, sigue el lector en una pendiente de observación que lo lleva a formar una idea de la etnografía americana y de la antropografía para conocer el pasado de la antigua América y concluir conociendo a los huéspedes que llegaron a sus playas, traídos por el acaso y en busca de nuevas rejiones en siglos ya distantes.

La elección de las autoridades citadas en el libro, las observaciones debidas a la laboriosidad del Señor Lársen y el lenguaje enteramente fácil y sencillo de que hace uso en toda la extensión de la obra y del que hemos dado una idea en la transcripción que hemos hecho al principio de estas líneas, recomiendan el trabajo y hacen de la *América Antecolombiana* una producción

que favorece a su autor, y ofrece la ocasión de popularizar estos conocimientos instructivos a la vez que amenos.

Domingo F. Sarmiento (hijo.)

En uno de los subsiguientes números del *Correo del Domingo*, se encuentra una monografía de las Huacas peruanas escritas desde Lima por el entonces Ministro argentino, en el Perú; y ya que el espositor del trabajo del Dr. Lársen, recuerda "que tenemos en la falda de los Andes los primeros ensayos del arte de un pueblo primitivo, deplorando que el trabajo del Sr. Lársen no alcance a ellos", no se encontrará a mal que respondiendo a su deseo, llenemos el vacío, siquiera para traer el asunto que sirve de fondo, a la vista del lector.

LAS HUACAS DEL VALLE DEL RIMAC

Lima, Diciembre 6 de 1884

Las descripciones de monumentos por los contemporáneos de la conquista del Perú, registrados en recientes trabajos sobre las *antigüedades peruanas* abrazan tantos, tan asombrosos y colosales que apenas consagran una ligera mención a estas *Huacas* que yo puedo visitar. Ciertas nociones debo indicar sin embargo, para justificar el interés que a mi me inspiran, interés que no disminuiría el espectáculo de los templos, fortalezas y palacios de piedra, desparramados por otras partes del imperio de los incas. Hoy es un hecho conquistado por la arqueología e ilustrado por los geólogos, que nuestra cronología histórica es estrecha para encerrar en sus límites los hechos de que dan testimonio señales irrecusables de la acción y presencia del hombre en estas partes del mundo en épocas remotísimas. Las ruinas de Palenque, de piedra labrada y bordada de dibujos que ocupan ocho leguas, debajo de las selvas seculares que han crecido sobre la mas estupenda ciudad del mundo, son anteriores a toda civilización en el viejo mundo, sin escluir la del Egipto.

En el Perú los historiadores españoles sospecharon ya desde su conquista que había restos de una civilización anterior a los Eneas, cuya aparición e influencia civilizadora, solo cuatro siglos antes de la conquista española, es un contrasentido ridículo.

Todavía es un misterio el origen o procedencia de la raza india, haciendo inclinarse muchos hechos a creerlos un vástago de la tártara o asiática. El sol llamado *hite* en el idioma que hablaron los incas, tiene por radical en el sancrito *indh*, de que se forma Indra, *Dios sol*, y significa flamear, resplandecer. Los idolillos o amuletos colgados al cuello de las momias *peruanas* se llaman *canopos*; y los ejipcios llamaron a este mismo objeto, colocado del mismo modo en sus momias *canobis*. La momificación del cadáver es otra semblanza que responde al dogma antiguo de la resurrección de la carne.

Otros signos empero ligan los antecedentes históricos del Perú, no precisamente al Egipto o a la India, sino a una humanidad anterior que formaría lo que ya se conviene en llamar la época ante histórica.

El primer esfuerzo humano para perpetuar la memoria de un muerto ha debido ser el *montículo* de tierra amontonada sobre su sepultura para hacerla visible: pero la idea misma de perpetuar este recuerdo muestra ya un grado de desarrollo social y religioso.

El *montículo* se transformó mas tarde en *túmulo*, para cuya construcción se necesitaba el concurso de la sociedad. De los primeros vimos en Chile muchísimos, apenas sensibles a la vista; de los segundos está cubierta la América desde la del Norte hasta la del Sud, habiendo montañas cónicas revestidas de vegetación y arboles colosales, que una próxima inspección ha mostrado ser artificiales obras humanas. Herodoto describe los que habia en su tiempo en la Scitia, y han sido examinados recientemente por los viajeros, como sepulcros que contienen armas, vasos y esqueletos.

Viene mas tarde con la adquisicion de un metal duro para labrar la piedra, la Pirámide de Egipto que es el mismo túmulo, imitando en su forma necesariamente cónica, pero con faces y aretas requeridas por la piedra canteada.

Siguióle la Necrópolis escavada en el corazón de la montaña en lugar de la costosa montaña de piedra labrada que es una pirámide. De ahí al castillo de Sant Angelo que fué la tumba de Adriano en Roma, y nuestros mausoleos y cementerios, no hay mas que un paso.

Otro orden de ideas nos llevará al mismo resultado.

En el sepulcro antediluviano encontrado en Aurignac, en Francia, y a cuyo frente estaban sepultados bajo tierra, entre ceniza y carbón los restos del banquete fúnebre en que habían los dolientes comido elefantes primigenios, aurochs, caballos, etc., con los esqueletos humanos estaban depositados huesos enteros, restos de los *viveres* puestos a los muertos para su viaje al otro mundo, la idea religiosa primitiva de la especie humana, con ritos iguales en el Perú, como en Tartaria, como en la India de que queda la *Shutee*, y entre nuestros indios que depositan con el cadáver el caballo, las armas, viveres y demás que puede necesitar el alma del muerto.

El espectáculo de nuestras promiscuas adquisiciones de pueblos civilizados nos hace invertir el orden natural en que nos han sido transmitidos, y porque la tapia y el adobe crudo son pobres y bárbaros, creémoslos degradación del ladrillo y de la piedra canteada. El adobe es sucesivamente babilonio, ninivita, egipto, árabe, español y americano, que por manos de tan grandes naciones nos ha llegado hasta San Juan, y los pueblos españoles de la América. La tapia y el adobe se encuentran indíjenas en el Perú, con la momia y el *canopo*, no obstante las piedras canteadas del Cuzco, pues el ladrillo que es la invención que sucede al adobe fué saltada por estos pueblos, para llegar de plano a la piedra labrada, como en Fiezole en construcciones cíclopes, y como en Egipto en enormes cantos pulidos, aunque polígonos aquí, lo que hace más asombroso el esfuerzo.

En quíchua la palabra *huaca* significa ídolo, pero el uso la ha consagrado especialmente al montículo que revela la existencia de sepulturas indias, sin duda porque allí se encuentran entre otros objetos, los que sirvieron antes a la adoración de los depositados muertos. En Chile y del otro lado de los Andes, por donde pasa el camino del Enea, conservan este nombre los mismos montones de tierra, acaso por haberse extendido a aquellos puntos la conquista peruana, acaso porque la palabra se introdujo en el idioma español para señalar un objeto nuevo y americano.

El Valle de Rimac está circundado de cerros bajos, estendiéndose al pié de uno de ellos, Lima, adulteración de Rimac, nombre del río que la atraviesa (el que habla). El Callao está a una legua, mediando un pueblecillo de origen indio, Bella Vista, como al pié de otro cerro al Sur está Chorrillos, célebre lugar de baños de mar, y habitado por cholos descendientes de indios. La Pirámide que se divisa al lado es la Huaca Juliana.

Entre estas montañas, la isla de San Lorenzo y otros peñascos que asoman sus cabezas desnudas desde el fondo del Océano, elévanse en el centro del valle pedregoso, aquí y allí, diseminadas colinas aisladas de diversa extensión y altura. Estas son las Huacas de Lima, que no solo son montículos artificiales según la consagrada acepción de la palabra, sino que lo son mas todavía por la forma que asumen, afectando el perfil de montañas con sus sinuosidades naturales, a diferencia del túmulo que conserva en la pirámide su forma cónica originaria.

Muy solemne impresión deja en el alma del transeúnte por los ferrocarriles del Callao y Chorrillos, saber que son obras humanas estas que al principio tomó por colinas. Vistas de cerca, o subiendo a ellas, lo que se hace generalmente a caballo para ahorrarse fatiga, otro espectáculo aumenta, con la inmediata percepción de la magnitud de la obra, la admiración espectacular, confundiendo la primera noción de su aislamiento. De Huaca a Huaca discurren caminos cubiertos entre paredones, que las ligan entre sí. ¿A qué pudieron servir estas comunicaciones? Había en su tiempo procesiones religiosas en honor de los muertos de unas a otras Huacas, cantando himnos en alabanzas de los héroes en cuyo honor se erijieron?

Más natural es creer que existiendo desde antiguo estas prominencias del terreno, fueron más tarde aprovechadas para la defensa contra irrupciones de otras tribus guerreras, constituyéndolas en fortaleza y ligándolas entre si para auxilio o retirada de las guarniciones.

Confirmarían esta idea las ruinas que aun se conservan sobre las Huacas, visiblemente de fortalezas en unas, de palacios o moradas de Régulos en otras, con restos de numerosas habitaciones, y corralones fuertemente amurallados, como para encerrar tropas o asilados. De este carácter es la que está en San Isidro a unas veinte cuadras de Lima. Esta Huaca, no de las mas colosales, está formada de tapias piramidales, es decir, retraídas hacia adentro para mayor duración y resistencia, rellenos los intervalos entre unas o otras con ripio que cubre toda la estructura. Esta noción de arquitectura es como Vd.

* Propiedad del Sr. Paz Soldan, Ministro Plenipotenciario al Congreso Americano

sabe egiptia, hallándose en propilones ó portadas, y en las murallas de los templos. Ni griegos ni romanos la tomaron y de ahí viene que nosotros no la tengamos tampoco. San Pedro en Roma es construído a plomo. La tapia aplicada a la construcción del montículo es ya un progreso sobre el primitivo hacinamiento de tierra. La Huaca Juliana, mejor aun que esta y a poca distancia, es de adobe crudo en murallones cruzados, que sin duda forman en sus entrañas vastos salones donde están depositados los cadáveres, y el todo como las otras revestido del ripio que figura colinas naturales.

En San Isidro hay otra Huaca, de un género particular en forma de montículo, sin núcleo, de tapia o de adobe, y ocupando en su base una área de 11.000 varas cuadradas, exactamente media cuadra. Esta huaca es un cemento indígena flanqueado de calaveras desprendidas por el tiempo o la dislocación. Donde quiera que se remueva el ripio que la forma en la base o en la cúspide, aparecen las momias sedentes o acurrucadas, como era la práctica nacional de enterrarlas.

Fué, pues, el campo santo de los habitantes del valle, y cosa singular! no ha muchos años que se propuso en Londres construir un cementerio de nichos de ladrillos que principiando sobre una ancha base, concluiría un dia, a medida que fuesen depositándose generaciones sobre generaciones, en una colosal Pirámide de cadáveres. Esta simple idea la tenían realizada de siglos los indios de este Valle, trayendo quizá cada familia el ripio necesario para cubrir los restos de su deudo, a cuyo lado se colocaría el que venía en seguida en busca del reposo eterno, hasta concluir así una capa de cadáveres, para principiar sobre ella otra segunda, do a los costados las gradas piramidales necesarias para la conservación de la estructura, hasta terminar con la construcción del montículo sepulcral.

III

Algo de más práctico, ofrece a la consideración este hacinamiento de cadáveres, por lo general bien conservados, con sus cabellos, gracias a un temperamento seco exento de lluvias, pues admite que hayan conocido un arte de embalsamar como los egipcios, si bien en este cementerio mismo se han encontrado momias pintadas con bermellón, de que lo están igualmente las de Egipto.

Las momias de esta huaca cementerio son de jentes pobres, como puede conjeturarse por la rareza de objetos de oro que se encuentran con frecuencia en las que llamaríamos señoriales. Lo llama la atención y yace desparramado donde quiera que han sido removidas, es algodón en rama de que están rellenas, y llenan el cuenco de los ojos de que ha sido removido el globo.

No es raro encontrar una momia de muger cuyos cabellos sueltos, largos y abundantes la cubren toda entera, aunque de ordinario lo tienen trenzado. El atavio mortuario es ritual; tan uniforme es la manera con que están conservadas; las rodillas juntas con la barba, las manos cerradas sobre las mejillas, en postura análoga a la del feto de cuatro meses en el vientre de la madre. ¿Era casual esta disposición al depositar cadáveres en el seno de la

tierra? Una cuerda de lana da varias vueltas al cuello y sirve para amarrar las manos y conservar con cañas o un palo por detrás el empaquetado.

La momia así acurrucada toma con los envoltorios que sujeta una malla de esparto, en la forma de una pera. En las excavaciones hechas en el ferrocarril de Arica a Tacna se encontró una envuelta en una lámina de oro, que rompieron los trabajadores antes que pudiera ser rescatada por los directores que solo obtuvieron fragmentos.

Las antiguas leyes españolas prohibieron escavar huacas, a fin de preservar del pillaje tesoros que de vez en cuando se encuentran y de que hay constancia auténtica en los quintos reales percibidos por millares de pesos. Las leyes patrias espropiaron momias que reclaman los museos europeos.

Los envoltorios de la momia o lo que llamaríamos mortajas, se suceden de afuera hacia adentro en el orden siguiente: La malla que sujeta una estera de juncos o totora, una faja de algodón que envuelve la momia de abajo a arriba y sujeta las cañas o palos a lo largo de la espalda: un paño de lana rojo de varios colores que la cubren toda; en la parte inferior una o dos sábanas de algodón que se conservan en parte blanca, y cubren y aseguran vasitos, adornos, el *hualqui* de la coca, y en casi todas una *canopa*, el canopo egipcio de oro, plata o barro, según los posibles o dignidad de la persona. En fin, el sudario pegado a la momia, de una tela de algodón más fina que las otras, y la soga del cuello.

No he podido averiguar con certidumbre si en este cementerio se han encontrado *chaquiras* o avalorios de vidrio que hagan conjetura si ha estado en actividad hasta la conquista. Créese que en la cúspide se han encontrado cuentas de vidrio. La conservación y fecundidad del maíz nada arguye contra una remota antigüedad, pues con las momias egipcias se encuentra trigo que ha germinado. Si las Huacas no son de una época remotísima, pertenecen a un pueblo que conservó sin los progresos del Cuzco, Iraganaco, y Huancavélica los primeros instintos arquitectónicos de la raza humana anteriores a la Pirámide.

Por lo que a mi respecta, parado silenciosamente sobre la huaca de San Isidro, sobre aquellos millares de seres humanos que aguardan sentados la resurrección de la carne, en medio de aquel horizonte erizado de torres en Lima, terminado en bosques de naves hacia el Callao, en perfiles de montañas, hacia los demás costados y desde mis pies desprendiéndose callejuelas que se irradian en todas direcciones hasta encontrarse con las otras huacas, a fin de forzar la tensión y guiar la mirada a los extremos comparaba en las torres y naves, el producto de tantos progresos de la sociedad moderna, con estos y aquellos momentos de un arte primitivo.

Tres veces ha sido arrasada Lima por los temblores, y una tragado el Callao por el mar, desbordando en oleadas gigantescas al agitarse la tasa que lo contiene. Estas centenares de torres son sin embargo, simulacros para engañar la tradición católica, pináculos de cartón a prueba de temblores, mientras que las huacas, la primitiva construcción humana, sobre tapias piramidales, están ahí testigos de las vicisitudes del globo. Apenas dejan alzarse el polvo que las cubre, cuando la tierra de que son ya fracción prominente se ajita bajo de sus cimientos; trágaselas el mar y como el profeta Jonás tendría que devolverlas luego íntegras e inviolables. Si el poderoso Inca del Cuzco, apareció por las vecinas gargantas, después de vencidos en Ayacucho donde la tradición establece el campo de batalla, los adorados de

Pachacamac, Dios de este valle, las Huacas quedaron para presenciar el saqueo de los templos de ambos dioses aliados, Pachacamac, e Inti, Dios de los Incas hijos del Sol, como quedaron acaso Sabahot y Jehová entre los antiguos hebreos.

Los caballos de los españoles aparecieron mas tarde, llevando la desolación y el espanto por donde las pacíficas llamas conducían los tesoros del Inca, hasta que en reparación de agravios, desde las huacas debieron verse las naves que conducían a San Martín o la polvareda de los ejércitos de Bolívar y ambos colocaron sobre ellas sus cañones dirigidos al real Felipe y demás fortalezas del Callao.

¿Era aquella la primera invasión que del lado del mar venia a perturbar la quietud de este valle? Escavando unas sanjas en las calles del Callao nuevo, más vecino al mar que al arruinado antiguo, a cinco varas se encontró un inextinguible depósito de esqueletos y huesos humanos, esponjosos, denegridos, deleznable y pulvulentos, signos que acusan una remota antigüedad. Ninguna batalla sangrienta dieron los españoles en el Callao, ni los aborígenes se habrían replegado a la costa sin naves para huir de una invasión del interior de la tierra. ¿No será indicación aquel hacinamiento de huesos a profundidades, esplicables solo por el posterior crecimiento del terreno, con nuevas capas geológicas, como los ferrocarriles han puesto de manifiesto las armas de los hombres primitivos, monumentos de una gran batalla resistiendo en la playa, a invasores marítimos o a una de esas emigraciones que han poblado el mundo? Quien introdujo aquí la tapia piramidal, el adobe, la momificación y el arte de tejer? En el Perú puede el hombre vivir sin vestidos, más cómodamente que en centenares de países, donde aun viste de pieles o permanece desnudo.

La Huaca esconde todos estos misterios como un testigo mudo, o un armario que encierra documentos de lo pasado aun no descifrados. Primitivo ensayo del arte humano, imitando los imperecederos monumentos que la naturaleza puso ante sus ojos: la montaña con sus perfiles sinuosos, con sus declives piramidales, con el núcleo de tapia imitando la roca que le sirve de base para depositar los restos de sus héroes, creando un mundo a imájen, aunque en miniatura, del Grande Arquitecto para perpetuar un recuerdo en las futuras generaciones, y sentirse nación con pasado, presente y futuro en el ancho horizonte de los siglos, mansión de reposo de los cadáveres de cien generaciones. ¡Oh sencillas y solemnes Huacas, yo os saludo, al hollar bajo mis plantas revestidas con la bota europea la tierra que pisó la usuta u ojota india, o el pié desnudo del hombre primitivo!

D. F. Sarmiento.

CAPITULO XV

CLUB DE ESTUDIANTES

Presidente: Domingo Fidel Sarmiento.

Secretario: Eduardo Wilde.

Vocales: E. Martínez.

“ J. Damianoviche.

“ V. de la Plaza.

Uno de los vocales decía lo siguiente:

Domingo era de un curso inferior al nuestro.

Ni sé cómo lo conocí, ni cuándo, ni con qué motivo trabé relación con él.

Me parece que estaba muy atrás el tiempo en que el estudiante había dejado al muchacho en aquella confusa y difícil frontera en que concluye el *orégano* y empiezan los caminos de la vida.

El hecho es que la primera vez que oí hablar a aquel mocito simpático fué en su propia casa donde, con propósito de formar un Club de Estudiantes, había reunido un regular numero de estos, siendo no pocos mayores que él.

Recuerdo la impresión que me hizo su palabra serena, insinuante, hija del buen sentido.

¡Cómo esplicarme aquel cambio o aquella precocidad! No habí más sombra de un muchacho que la del naciente bozo.

Quedamos citados para otra reunión; la idea tomaba posesión tranquila de los espíritus, se estrechaban las distancias y se formaba la columna sin necesidad de proclamar al gefe.

Fué esto obra del sentimiento generoso de la juventud. Injusto sería negarle su parte. Pero esto es común en casos semejantes, siendo solo de notarse cómo se formaba la figura juvenil de nuestro gefe, llevando en alto la luz serena de la idea.

Y vino la acción y el gefe indicado fué el Presidente electo primero y aclamando después del Club de Estudiantes, de que formaron parte Plaza, Goyena, Beláustegui, Wilde y muchos otros jóvenes que hoy ocupan posiciones espectables.

El Club estuvo muy dividido en su primera sesión y hubiera concluido al principio, ó con el grito en el techo, ya que nuestra cultura estaba tan adelantada, que hacía posible un entrevero criollo, a no ser la actitud firme y resuelta de nuestro presidente.

Se sostuvo con calor por varios miembros del Club la candidatura Avellaneda para diputado al Congreso, y se significó a este el aprecio que ya hacían de su talento y patriotismo muchos de aquellos jóvenes que han figurado después.

El Club de Estudiantes, mandó a Domingo a la cabeza de sus delegados al Gran Club del Pueblo, donde fueron recibidos con entusiasmo por la concurrencia que llenaba el teatro de la Victoria, en cuyo proscenio se encontraban hombres como Ugarte, y Avellaneda, Fué en esta ocasión que éste pronunció un discurso que empezaba con esta frase, que aun resuena en

nuestros oídos; "Una ráfaga de las brisas del porvenir ha erizado nuestros cabellos"...

En una gran reunión del Club del Pueblo y en un momento muy difícil en la política de aquel tiempo, Domingo hizo con palabra fácil y sano criterio un discurso que fué escuchado con atención, aplaudido y apoyado por algunos de sus colegas.

A mi juicio, era más que orador escritor y escritor chispeante, y reflexivo, con marcadas tendencias a la originalidad.

Domingo estaba en la primavera de la vida y ésta no debía ser ajena a las brisas de la primavera.

Solía visitar a los estudiantes que se anidaban por el barrio del Alto desde su arribo del colegio del Uruguay. Allí hemos tratado algunas veces de cosas serias, alegres y risibles.

Hombre prematuro, tenía en su rostro y acciones una cierta mezcla de jovialidad y de tristeza, de franqueza y de reserva que detenían al observador.

Estalló de improviso para el pueblo la guerra del Paraguay y Domingo fué a probar en ella que era un patriota, muriendo por la patria.

Mientras el arte toma su puesto para honrar al mártir, miramos con respeto y con profunda melancolía las flores frescas sobre el sepulcro antiguo.

REUNIÓN DEL CLUB DEL PUEBLO

El PUEBLO (diario) Enero 18 de 1865 registra U siguiente noticia y discursos. Dos mil personas estaban reunidas y el Presidente declaró abierta la sesión.

El secretario Avellaneda procedió en seguida a hacer, en nombre de la comisión, una numeración prolija de las comunicaciones que se habían recibido.

Se leyó en seguida el programa del "Club de Estudiantes", siendo acogido con estrepitosos aplausos por el Club.

El señor Sarmiento, su Presidente, tomó en seguida la palabra y dijo:

"Estoy autorizalo para decir al Club el pensamiento que ha dominado en los estudiantes de Buenos Aires al adherirse al Club del Pueblo.

"Nuestra idea estaba bosquejada en el programa, pero no queremos dejar la menor duda acerca de nuestras convicciones.

"Los estudiantes de Buenos Aires nos hemos adherido al Club del Pueblo, porque creemos firmemente que la nacionalidad argentina está amenazada.

"Por que creemos haber llegado el momento decisivo, en que es necesario obrar y unir los esfuerzos de todos para salvar los trabajos de treinta años, atacados por los malos hijos de la patria. (Aplausos.)

"Nos adherimos al Club del Pueblo, porque él salvará las tradiciones del pasado, y luchará por las glorias argentinas.

"Nosotros, señor Presidente, queremos ser argentinos ante todo pero argentinos de la república nacida en 1816, hijos de la colonia que llevó la independencia al Pacífico.

"Queremos que la heredad de nuestros padres no sea dividida, y que mañana no se levanten naciones estrañas del seno de la patria común.

"No queremos que el pabellón argentino se despedace.

"Queremos la nacionalidad en la República, la conservación de nuestras tradiciones, la unión de los pueblos.

"Venimos al "Club del Pueblo", porque su programa sostiene estos mismos principios.

"Traemos nuestro contingente, débil quizá, pero decidido.

"Si nuestros esfuerzos triunfan, la obra estará consumada, con la salvación de la República.

El Dr. Avellaneda, como Secretario del Club del Pueblo, contestó con las siguientes bellísimas frases:

"Parece que un soplo de las brisas del porvenir ha erizado nuestros cabellos.

"¿Quién no siente en este momento conmovida su alma, y correr por sus venas el estremecimiento sagrado ante este himno de la esperanza y de la vida que se escapa como un cántico del alma de la juventud?

"Himno puro, como las brisas de nuestros ríos, azulado como los cielos argentinos, efusión purísima del corazón, por primera vez conmovido con la idea de la Patria, prenda de consagración que vincula a su culto la vida naciente... signo tal vez de terrible predestinación! Que él resuene en las almas de un millón de argentinos, y suba a los cielos!

CONFERENCIA PRELIMINAR

sobre Historia Argentina

Celebrada ante el Club de Estudiantes por su Presidente y fundador Domingo Fidel Sarmiento.

Se me ha encomendado el estudio de nuestras instituciones constitucionales, que será objeto de una serie de exposiciones que me permitiré desenvolver ante vosotros y de las cuales es ésta la primera.

Emprendo esta tarea, porque el espíritu que ha precedido en la organización de esta sociedad, pone a cubierto nuestros esfuerzos de la severa censura en la que incurriremos más de una vez, si nuestros trabajos son juzgados con inflexible ley, y no atendiendo a la buena voluntad y el deseo de aprovechar que los inspira y nos reúne aquí.

Necesito tal justificación para comenzar este estudio; permitiéndome antes de entrar al objeto de esta exposición, hacer una breve descripción del plan que, consultando algunas buenas autoridades, me ha parecido conveniente seguir.

Acostumbran generalmente los autores de derecho constitucional hacer preceder sus tratados de algunos estudios sobre los principios filosóficos de la sociabilidad y naturaleza del hombre como personalidad y como ser colectivo; y

partiendo de esta base entrar en la discusión de los diversos sistemas presentados por las diferentes escuelas para explicar el nacimiento de la sociedad humana y organización típica del pueblo, para proceder en seguida al estudio práctico de las leyes fundamentales de una nación.

Varias razones han militado en mí para no seguir este camino generalmente admitido. Aparte de las serias consideraciones que podían alegarse sosteniendo que todo el derecho humano descansa, moralmente hablando, sobre idénticas bases, sobre la naturaleza y condición humanas, cuyo estudio no es ya del resorte del derecho positivo, sino de la ciencia filosófica por excelencia, representada en la jurisprudencia por el derecho natural y la filosofía del derecho, base de la jurisprudencia toda y no privativa de una de sus ramificaciones. Así pues, no comenzaremos estudiando filosóficamente los atributos de la personalidad del hombre, ni las leyes de su instinto social; pero no por esto desconocemos la importancia de relacionar siempre los principios con las fuentes en que se apoyan, y vincular el precepto constitucional como la ley de la naturaleza humana que lo dicta.

Hay otro motivo además, que me justificaré ante vosotros. La brevedad del tiempo asignado a estas exposiciones nos obligará a recorrer someramente muchos de los puntos prominentes de la jurisprudencia constitucional; y, detenernos abundando en consideración es de un orden enteramente fisiológico, sería ocupar doblemente vuestra atención en una materia que ha sido especialmente confiada a la laboriosidad de uno de nuestros compañeros de tareas, en el estudio del derecho natural.

Apoyándonos en la ciencia histórica no hacemos más que hermanar en el estudio lo que está unido en los hechos; así, a cada paso tendremos que recurrir a aquella ciencia para seguir la generación de los preceptos constitucionales que han venido elaborándose lentamente en el tiempo como otras tantas conquistas de la humanidad en su libertad y en sus derechos.

Recurrir a nuestra propia historia es obedecer a una imperiosa exigencia lójica, porque es nuestra ley constitucional la que estudiaremos; pero nuestra historia es pobre y lamentablemente inconsecuente en antecedentes constitucionales; y si bien nos servirá para explicarnos las necesidades y los precedentes históricos en que se fundan los preceptos de nuestra constitución, no registra ella en sus páginas la sucesión coherente del desarrollo de un íntimo régimen de administración política, que haya venido, siempre único e idéntico, marchando a un estado de perfeccionamiento no lejano, y del cual el presente, parece ser una garantía. No se estrañará entonces, que, cuando sea necesario, recurramos a la historia constitucional de otros pueblos más adelantados que el nuestro en su régimen para explicar y mostrar prácticamente la necesidad de algunos preceptos, del mismo modo que para juzgar nuestra ley fundamental tenemos forzosamente que considerar nuestras propias necesidades, bajo la faz de como han respondido a ella los progresos prácticos de la ciencia en otros pueblos, y hermanar a este estudio el de los derechos inalienables del hombre en la Conservación de su libertad y en la prosecución de su felicidad.

Partiendo del reconocimiento del vínculo estrecho que ligan el estudio del derecho constitucional a la historia, y la necesidad de recurrir a la filosofía del derecho como base de investigación, me permitiré en las próximas reuniones esponer en un orden dado, el carácter de nuestras constituciones políticas, su valor, su importancia como derecho escrito, pasando en seguida a

estudiar las fuerzas activas delegadas por el pueblo para que sirvan de poder a su propio gobierno, las declaraciones de principios, derechos y garantías, y los poderes a quienes está encomendado su conservación y su cumplimiento.

A este conjunto obedecerán las cuestiones que se presentan en el estudio de los principios de gobierno; y al esponer analíticamente las diversas partes en que dividimos nuestra tarea, aprovecharemos la ocasión de manifestar la relación de los derechos naturales, con los constitucionales, lo mismo que de acompañar el testo de la ley con el precepto moral que la dicta y la exigencia a que él responde.

Sentados estos precedentes, me permito ahora llamar nuestra atención sobre el punto de que es objeto esta exposición.

Voy a recorrer someramente el estado político de nuestras colonias antes de la revolución, sus primeras manifestaciones como pueblo libre, sus ensayos constitucionales.

El Virreinato del Rio de la Plata que reunió en soberanía el 25 de Mayo de 1810 estaba compuesto de las actuales provincias argentinas, Montevideo, el Paraguay y las provincias del Alto Perú. Todas las poblaciones de este vasto territorio fueron establecidas por los Españoles, conquistadores del Nuevo Mundo, y la única diferencia que se puede hacer notar entre estas poblaciones en su fundación ha sido el diverso derrotero que traían sus fundadores. Unas han sido establecidas por las naves españolas, a las márgenes de los rios, otras por los conquistadores de Chile que cruzaron los Andes, y otras en fin por los Capitanes españoles del Perú.

Los indígenas del Nuevo Mundo que no reconocían al tiempo de su descubrimiento otro señorío que el suyo propio, y eran completamente estraños a la idea de una dominación estrangera, sostuvieron su derecho con las armas y solo cedieron a la fuerza de los azares de la guerra adversos para ellos. En suma —dice un notable jurisconsulto norteamericano— como todas las naciones de la tierra, los indios se consideraban legítimos poseedores, como soberanos, de todos los territorios en que estaban acostumbrados a cazar, a ejercer otros actos de dominio fundados en el principio común de que el uso exclusivo, dábales un exclusivo derecho al suelo, estuviera o no cultivado.

Continuando en el estudio del derecho de posesión originaria y el de conquista, agrega la misma autoridad los siguientes párrafos que me permito reproducir.

"Difícil es concebir por qué un título (el de los indígenas) no era a este respecto tan bien fundado, como el título de cualquier otra nación al territorio dentro de sus limites. ¿Cómo, pues, podría preguntarse, adquirieron las naciones europeas el título general que siempre han sostenido sobre todo el suelo de America, aun sobre el ocupado por los indios? La única respuesta que puede darse, es que les perteneció por lo que ellos sostenían (si satisfactoriamente o nó, es cuestión enteramente distinta) ser derecho de descubrimiento. Ellos establecieron la doctrina de que el descubrimiento es un titulo bastante para tener derechos al territorio. Con el fin de prevenir disputas, donde la misma tierra habia sido visitada por diferentes naciones, cada una de las cuales podría reclamarla como suya, no hubo entre ellos inconvenientes en admitir que el primer descubridor tenia derecho de propiedad, donde el territorio estuviere entonces desierto e inhabitado. Pero para las naciones que no habían adherido a la doctrina y especialmente respecto de los países habitados al tiempo del descubrimiento, parece difícil comprender el titulo legítimo que

podría conferir un descubrimiento. Nos parecería extraño que en estos tiempos los naturales de las Islas de Mar del Sur o de Cochinchina, por hacer un descubrimiento en los Estados Unidos fundasen en tal hecho derecho al suelo dentro de nuestros límites".

"La verdad es que las naciones europeas no tuvieron el menor miramiento a los derechos de los naturales. Ellos los trataban como bárbaros y jentiles, a quienes si no tenían la libertad de esterminar, podían considerar como simples ocupantes temporarios del suelo, que podían ser convertidos con su auxilio al cristianismo: y que si rehusaban la conversión, podían ser arrojados del suelo como indignos de habitarle. Afectaban ser impulsados del deseo de promover la causa del cristianismo y eran ayudados en este ostensible objeto por toda la influencia del poder del Papa. Pero su objeto real era estender su poder y aumentar su riqueza con la adquisición de los tesoros y terrenos del Nuevo Mundo. La avaricia y la ambición eran el móvil de todas sus empresas".

"El derecho de descubrimiento así sostenido, se ha hecho el principio reconocido, sobre el cual las naciones de Europa fundan su título al territorio de América; derecho que, bajo nuestros gobiernos, debe ser juzgado incontestable. Sin embargo, los indios no han sido tratados como meros intrusos, sino como lejitimos ocupantes del suelo, con derecho a una posesión temporaria del mismo, sujetos a la soberanía superior de las naciones europeas, que tuvieron el título de descubrimiento; pero no se les ha permitido, en verdad, enagenar su derecho posesorio, escepto a la nación a la cual estaban asi ligados por una dependencia limitada. Pero en otros respectos se les ha dejado el libre ejercicio de la soberanía interna, y su título al suelo por la ocupación ha sido constantemente respetado, hasta que ha sido estinguido por compra o por conquista".

Los párrafos anteriores tomados de Story nos muestran que las circunstancias del derecho de descubrimiento presidieron de igual modo en la América del Norte que en la del Sud, con la diferencia que entre nosotros la conquista sobre los naturales fué llevada con todo el estrepito formidable de la guerra; y que, cuando vencidos, entraron bajo el peso de una legislación bárbaramente pesada e injusta, la Recopilación de Indias, en la que solo una cosa llama la atención, dice un criminalista argentino, y es que "la América desde el principio tuvo una mala reputación en el ánimo de los soberanos españoles: los delitos son mas frecuentes que en ninguna otra parte; y las penas dobles o cuádruples".

La decisión del Papa era la garantía acatada universalmente por los poderes europeos; y como un monumento de este poder, tenemos la famosa bula de 4 de Mayo de 1495 en la que Alejandro VI dividía los dominios de España y Portugal, por una linea imaginaria tirada de polo a polo, a distancia de cien leguas al oeste de las Islas Azores.

Los límites de este trabajo no me permiten estenderme todo lo que deseara; asi voy a recorrer lijeramente la Epoca Colonial.

Descubrió Solís en 1515 el Río de la Plata, tomando posesión, en nombre del Rey de España, de la costa oriental donde pereció a manos de los indígenas en momentos que ejercía el acto que emblemáticamente simbolizaba el comienzo de la jurisdicción; en 1527 visitó Gaboto estas playas, fundando D. Pedro de Mendoza las primeras bases de Buenos Aires en 1535. Desde esta fecha comienza el dominio real sobre estas comarcas, aunque no tomó su

verdadera fuerza hasca 1580, época de la segunda fundación de esta ciudad, abandonada por sus primeros fundadores, durante este corto periodo.

Mendoza estableció un sistema especial para el sometimiento de los indígenas que prevaleció por muchos años, a pesar de las órdenes contrarias emanadas de la corona. Según este sistema, cada español podía emprender a su costa, la reducción de una tribu, y poseerla a título de encomienda. Cuando la reducción exigía mayores fuerzas, el gobierno dirigía la conquista y sometidos, los indios eran repartidos entre los soldados, en clase de Mitayos Yanaconas; los primeros estaban obligados al trabajo personal durante cierto tiempo en favor del encomendero; los segundos eran unos verdaderos siervos; pero su señor no podía venderlos, ni abandonarlos en su vejez o enfermedades, y estaba obligado a darles instrucción religiosa, a alimentarlos y vestirlos.

Dispuso después Irala, que la encomienda perteneciese al primer y segundo poseedor, entrando después los indios en el goce de su libertad, con la condición de pagar una contribución. Los encomenderos estaban sujetos a la inspección del Gobierno, que vigilaba sobre el cumplimiento de las obligaciones que tenían para con sus siervos. Este sistema destructor de las razas oprimidas, fué modificado más tarde por Hernando Arias de Saavedra.

En 1553 se fundó Santiago, en 1565 Tucuman, Córdoba en 1573, Salta el 1582, y en 1592 Jujuy. Desde 1580 a 1620, el gobierno de Buenos Aires dependió del Paraguay, y desde esta fecha a 1776 fué dirigido por gobernadores y capitanes generales.

Con Zeballos comienza el Virreinato que concluyó en 1810; y por la ordenanza de Intendentes se dividió el Virreinato en ocho intendencias a saber: La Paz, Cochabamba, Charcas, Potosí, Paraguay, Salta, Córdoba y Buenos Aires. Las cuatro primeras componían el Alto Perú y las tres últimas el territorio argentino dividido de este modo:

La Intendencia de Salta comprendía Tucuman, Santiago, Catamarca, Jujuy, Oran y Tarija.

Córdoba, a la Rioja, Mendoza, San Juan y San Luis, estas tres últimas recién entraban a formar parte del Virreynato, habiendo pertenecido antes a Chile.

Buenos Aires a Montevideo, Santa Fé, Corrientes y Misiones.

Este era el territorio de la jurisdicción del Virreynato.

Los intendentes de provincias lo mismo que el Virey de quien dependían en parte, recibían del Rey inmediata y directamente su nombramiento, recibiendo del soberano las diversas facultades de gobierno. Su poder era extensivo y llegaba a los ramos de hacienda y policía como a los de guerra y justicia.

Para formarse una idea de lo que era el gobierno colonial bastará citar algunos disposiciones del Código de Indias y algunos mandatos reales.

El Ministro Gálvez (1782) intimó el cumplimiento de las leyes de Indias que prohibían el cultivo de la viña y el olivo para dar mayor valor a los productos españoles; y el célebre Reglamento de Comercio libre, espedido por el Conde Florida Blanca en 1782, habilitaba algunos puertos de España al comercio americano, cargando sus productos de exportación a la madre patria con un 3 a un 15 % de impuestos. Hasta entonces el puerto de Cádiz era el único que podía comerciar.

La América era objeto de especulación y no una fracción del mismo pueblo que dominaba esparcido en el otro continente. El fisco era el fantasma de estas comarcas; y como ha dicho muy bien un constitucionalista argentino, el derecho colonial no tenía por principal objeto garantizar la propiedad del individuo, sino la propiedad del fisco. Las colonias españolas eran formadas para el fisco, no el fisco para las colonias. En esto obedecía la España al mismo espíritu que había dictado la exclusión del interior al extranjero bajo las más rígidas penas. El título 27 de la R.I. contiene treinta y ocho leyes destinadas a cerrar herméticamente el interior de la América del Sud al extranjero no peninsular. La más suave de ellas era la ley 7° que imponía la pena de muerte al que trataba con extranjeros, mandando la ley 9° limpiar el suelo americano de su presencia en obsequio del mantenimiento de la fé católica."

En 1791 se amplió la libertad de comercio en favor de toda bandera, con tal que los buques que llegaran a los puertos trajeran esclavos. Así una libertad que se iba a adquirir envolvía una carga tremenda; y los productos americanos podían servir al monopolio o cambiarse por negros.

Los derechos políticos no existían en América, que ignoraba el progreso del mundo social en el siglo XVII.

Como muestra de la libertad de imprenta, el primer periódico fué suprimido por orden del Virey, por la publicación de un artículo crítico; en la misma época, (1802) una escuela de pintura y otra de francés necesitaron de la autorización del Virey para poder funcionar.

La vida colonial está representada en dos palabras: opresión y monopolio. La vida política era desconocida, por eso hemos necesitado de cincuenta años de ensayos estériles y sangrientos para llegar a organizarnos.

Con el Virey Cisneros concluyó la época colonial, comenzando un periodo de la Revolución que tomó su forma definida con la declaración solemne de la Independencia, hecha por el Congreso de Tucuman el 9 de Julio de 1816.

Depuestos los Vireyes que dejaban de hecho y de derecho de representar al soberano español, prisionero del Gran Capitán, se organiza una junta popular a que se adhirieron los Diputados enviados por las provincias a quienes el Cabildo de Buenos Aires había notificado la augusta resolución del 25 de Mayo de 1810.

Del seno de esta diputación de representantes nació la organización de otra junta que asumiendo el título de Junta Conservadora de la soberanía de D. Fernando VII dictó el primer ensayo de Constitución el 12 de Octubre de 1819.

Esta asamblea estaba envuelta en la atmósfera atrasada que podía buenamente respirarse en aquel tiempo, sin idea grande que la dirigiera, asumía la conservación de la soberanía de Fernando VII fundándose en que "nadie ignora, que en las ocasiones en que el magistrado no puede venir en su socorro, se halla cualquiera investido de su poder para darse todo aquello que conviene a su conservación" estas son palabras del Reglamento. Parece que como subditos sumisos querían conservar esta joya del monarca para entregársela cuando adquiriera su libertad.

Su título debía responder a sus honores, y así por los artículos V y VI se da el tratamiento de *Alteza*, debiendo celebrar sus sesiones en la *real* fortaleza, asiste a la fiesta de San Fernando, como a las otras cívicas.

En los primeros del mes siguiente fué disuelta de orden del gobierno declarando atentatorio su dictado de conservadora de los derechos del Rey. El mismo gobierno instituyó para su propio régimen "el Estatuto Provisional del gobierno superior de las Provincias Unidas del Río de la Plata a nombre del señor don Fernando VII en que se comprometía solemnemente a tomar todas las medidas conducentes, para acelerar, luego que lo permitieran las circunstancias, la apertura del Congreso".

El cumplimiento de esta promesa reunió el 31 de Enero de 1813, la primera *Asamblea Constituyente de las P. U. del Río de la Plata*, que el Dr. Avellaneda ha definido en esta notable frase: "Su rasgo prominente es el de haber sido más que un Congreso del pueblo Argentino, la gran asamblea del pensamiento americano, agregando aquella su virilidad en las concepciones y la audacia intrépida de sus leyes, que se sucedían las unas a las otras siempre graves, imponentes, decisivas.

En efecto, fué ella la que alzó la revolución, haciéndola carne de los verdaderos principios, sacude y arroja lejos de sí el espíritu de la colonia y todo lo hiere, casando al monopolio con la libertad que vi a levantar al esclavo y al indígena de su condición...

"El esclavo es libre desde que pise nuestro territorio, la iglesia nacional es independiente, la nobleza y los mayorazgos que la ligan al suelo desaparecen como el tormento que fué roto en la plaza pública por la mano del verdugo, y ejerce con su propio derecho todos los actos que anuncian a un pueblo libre; ella selló la primera moneda y desplegó nuestra bandera. Los principios de nuestra revolución tenían vida; pero el régimen constitucional no fué establecido y la junta cesa, pasando el poder ejecutivo a manos de un Director al mismo tiempo que la Asamblea Constituyente desaparecía dominada por su propia anarquía. Como un recuerdo de su vida dejó instalada la Junta de Observación, que, el 15 de Mayo de 1815, *sancionó el Estatuto Provisional para la dirección y administración del Estado*, que servía como Constitución hasta la reunión del próximo Congreso. El *Estatuto* no legisló sobre la forma de gobierno que debía regir a la República dejando esta tarea al *Congreso de las Provincias Unidas del Río de la Plata*, que tampoco llenó esta imperiosa exigencia, en las sesiones de Tucuman que celebró en 1816, ni en las del 17 en Buenos Aires, hasta la promulgación de la *Constitución de las Provincias Unidas en Sud-América*, hecha el 22 de Abril de 1819. Documento que fué juzgado en su época diciendo que era un estatuto medio entre la convulsión democrática, la injusticia aristocrática y el abuso del poder ilimitado".

Várela, hablando de esta constitución dice que ninguna forma determinada de gobierno señaló para la República —dividió el Poder Legislativo en dos Cámaras; confió el Ejecutivo a un Director del Estado, y organizó independientemente el judicial; pero, por increíble que parezca, esa constitución no contenía un solo artículo sobre las Provincias, no decía una palabra sobre su régimen interior, ni sobre el modo de elegir sus autoridades particulares. Esta constitución no se cumplió y se perdió junto con el Congreso en el caos de 1820.

El Congreso redactor de la Constitución del 19, fué el que proclamó nuestra independencia, rompiendo los vínculos que nos ligaban a los monarcas españoles; él fué el que sancionó como una anticipación a la Constitución del 19 el *Reglamento Provisorio*, en que revocaba la parte del *Estatuto* provisorio, tomado para la parte que no estuviere comprendido en él.

En Córdoba en 1821 tuvo lugar una nueva tentativa de reunir un Congreso general, pero no tuvo éxito por no haber arribado a un acuerdo general en las sesiones preparatorias entre los diputados.

Hasta 1824 en que se reunió el *Congreso General Constituyente* en Buenos Aires, las provincias continuaron rijiéndose aisladamente, separadas las unas de las otras de todo vínculo.

En esta breve reseña de los diversos esfuerzos por continuar la república, no entro en otras consideraciones que las que nacen de los documentos que han quedado consignados, y en su respectivo lugar molestaré vuestra atención recorriendo las faces que han asumido los partidos de *federales* y *unitarios* en la constitución nacional; lo mismo que haré notar el desarrollo de la idea republicana en medio del deseo que de buena fé ha dominado en una época a hombres bien intencionados, de organizar la república bajo un régimen monárquico constitucional.

El Congreso que reunido en 1824 dio la constitución unitaria en 1826, aparecía bajo los más felices auspicios. La guerra de la independencia había concluido en Ayacucho, los disturbios interiores se habían dado tregua y llegaba el momento de constituir el país bajo una forma de gobierno dada. El principio republicano dominaba ya en todos los ánimos ¿a qué régimen debía ceñirse su ejercicio? esa fué la gran cuestión que tuvo el encargo de resolver el Congreso y para no precipitar los destinos del país respondiendo mal al espíritu que dominaría sancionó la ley de 20 de Julio de 1825 en que disponía se consultara el voto de las provincias, debiendo ser espresado por sus asambleas legislativas, y que esto no importaría quitarles el derecho de aceptar o no la constitución que fuera definitivamente sancionada.

Consultados Córdoba, Mendoza, San Juan y Santiago del Estero se pronunciaron por la forma *federal*, y Salta, Tucuman y la Rioja por la *unitaria*, declarando Catamarca, San Luis y Corrientes atenerse a la resolución del Congreso. Buenos Aires, la Banda Oriental, Santa Fé, Entre Rios y Misiones no respondieron en tiempo.

El Congreso sancionó la constitución unitaria de la República Argentina, declarando en el artículo 7° que la nación "argentina adopta para su gobierno la forma representativa republicana, consolidada en unidad de régimen". Los gobiernos de provincia dependían del Presidente de la República, las legislaturas provinciales eran sustituidas por consejos administrativos y toda la vida local desaparecía para obedecer a las fuerzas centralizadas del poder nacional.

Rivadavia renunció la presidencia, mientras las provincias casi en masa rechazaban la constitución y comenzaba de nuevo la guerra civil. Volvieron a romperse los vínculos nacionales y las relaciones de los poderes provinciales quedaban en el mismo estado que en 1810, cuando siendo iguales todos los cabildos después de derrocados los vireyes, cada uno participó en la revolución sin pacto espreso ni definido.

En 1827 cuando presidencia y Congreso habían desaparecido, se trató de reunir de nuevo a las provincias por medio de una convención en Santa Fé. Algunas mandaron sus representantes, otras se negaron, y otras como Buenos Aires, los retiraron después de incorporados.

Esta es la última reunión de la Nación en un cuerpo hasta la caída de Rosas.

En este largo periodo la libertad y la organización de la República han andado colgadas a la espada, y la representación del país humillada.

El nuevo periodo que comienza con la batalla de Monte-Caseros ha sido difícil pero fructífero; y hoy día todos conocemos la ley y la forma de gobierno que nos rige.

En otro lugar, cuando principiemos el estudio de nuestra Constitución, me permitiré historiar este periodo.

Ahora, creo haber terminado después de haber bosquejado lijeramente el carácter de nuestra vida colonial y nuestros primeros ensayos de organización política.

Nuestro Derecho Constitucional en la narración aparece informe, defectuoso, como si los hombres encargados de elaborarlo hubieran tenido encomendada una tarea superior a las fuerzas humanas; pero siempre ha dominado un espíritu recto en sus esfuerzos; necesidades no conocidas bien, sentimientos mal interpretados, la falta de preparación para la vida pública, la ignorancia hecha inveterada en el pueblo, la pronta transición de las tinieblas a la luz, todo contribuyó a retardar nuestra conquista interna de la libertad y del derecho, más lenta y dolorosa que la de la Independencia como pueblo soberano.

Marzo 2 de 1865.

CAPITULO XVI

INTRODUCCIÓN

PARÍS EN AMERICA

Por

DOMINGO FIDEL SARMIENTO

("Correo del Domingo", 23 de Octubre de 1864).

Los Estados Unidos están llamados a cumplir una alta misión para la organización política y social de las Repúblicas.

El espíritu de sus leyes, el carácter de su pueblo, todo lo que hace su vida y su fuerza, excepto su bandera y sus naves que han recorrido todos los puertos del mundo, era desconocido para la generalidad de los hombres de Europa; y los sud-americanos parecían pagar un tributo a su hermandad de raza siguiendo los débiles ensayos de organización política de la Francia en la que no se ha podido organizar la democracia, porque tras de la proclamación de la República, ya haya sido hecha con las agitaciones del 89, o con el movimiento popular del 48, viene la centralización del poder. Y en honor a la verdad, podemos decir que la Francia no ha encontrado en un siglo de ensayos, un hombre que quiera o pueda ser su Washington. Su hombre mas

grande ha sido el capitán del siglo, Napoleón; pero Napoleón es Júpiter, y la mitología no se presta a ese perfeccionamiento de la sociedad humana a que aspira Víctor Hugo desde el destierro.

Sin embargo, los Estados Unidos que se anunciaron al mundo con la voz de Franklin, atraen hoy día las miradas de los pueblos; y no será su menor grandeza, la de servir de modelo de la aplicación práctica de las leyes que rijen las sociedades, garantiendo el libre ejercicio de facultades humanas que están tan encarnadas en el individuo, como el derecho a gozar del aire y de la luz. La Europa que rendía homenaje a Franklin, a Fulton, a Morse y a Maury como representantes del progreso de las ciencias físicas; a Prescott, a Lothrop-Mottley que han escrito la historia del periodo más floreciente de España, sin que haya nada que enmendar a esos extranjeros que conocen la historia de las demás naciones, tan bien como la suya propia, escrita en las páginas sublimes de Bancroft, la Europa se sorprende cuando ve de cerca a ese pueblo, cuando estudia el sencillo resorte de esa organización tan poderosa, tan eficaz, en la que el ciudadano delega menos facultades y tiene más garantida su libertad.

Desde Tocqueville a Commetant, se ha ensayado la tarea de revelar los secretos de la fuerza propia que impulsaba a los Estados Unidos a salvar la valla ordinaria de los progresos humanos. Unos han hecho ese estudio dando a sus obras el carácter sistemático de una psicología de un pueblo, tratando bajo formas absolutas lo que es práctico y tanjible, cuando se conocían su modo de ser y el plan combinado de sus costumbres y de sus leyes. Otros han querido descubrir bajo las formas severas de la organización republicana, el jermen de una anarquía constante, y en la libertad llevados hasta el hogar los elementos de la vida licenciosa. Los que han querido revelar las costumbres del pueblo, bajo la forma amena de las lecturas populares, han tropezado con inconvenientes que se descubren a primera vista: hechos aislados que no entran en la vida del pueblo, prácticas que no están sancionadas en las costumbres, siempre que pinten algo nuevo, algo novelesco, forman el acopio de noticias con que escriben esos libros, como King ha escrito la historia de nuestra guerra civil o como Gustavo Aimard habla de los Guaranís.

No es estraño encontrar a cada paso descripciones en que el Yankee aparece como tipo y modelo de egoísmo, siempre dispuesto a disputar los derechos ajenos, siempre armado como los bandidos de la Calabria, e interesado como un fenicio antiguo. Así lo que podía haberse adelantado conociendo sus instituciones, se perdía con la lectura de cuadros tan cargados de sombra que parecían estar destinados a pintar la suerte de las naciones desgraciadas, como se distinguía en otros tiempos a los días infaustos. Era necesario que manos más espertas desarrollaran un tema tan digno de narración, y que al contar las escenas que componen la vida de los Estados Unidos, el narrador reuniera los conocimientos del jurisconsulto y del publicista a la descripción de las costumbres que la visto de cerca, adornando el conjunto con esos pequeños encantos que dan amenidad a la lectura y popularidad al libro. M. Laboulaye, bajo la forma modesta del seudónimo ha llenado estas exigencias en el *París en América*; y como lo anuncia el título, ha lomado las instituciones francesas, las preocupaciones europeas, la vida del viejo mundo desde el hogar al trono, y cada una vida sobre la otra, para hacer resaltar la felicidad de la una en el contraste de la belleza de la otra. El juez no es recusable, corre por sus venas sangre francesa, y nadie lo ha desconocido cuando muestra la magnitud de la libertad americana al lado de esa libertad

que la Francia anunciaba al mundo el siglo pasado, sin que haya podido servirse de ella hasta nuestros días.

París en América es un modelo de novela; así se debe escribir para las democracias, con la belleza de la forma, con el encanto de la narración, pero en el fondo enseñanza y muchas ideas rectas y fijas que cumplan el precepto del poeta, que deleiten a la par que enseñen y fortifiquen las percepciones no muy claras que a veces suele tenerse sobre la organización política y los derechos individuales en la República,

Cuando este libro apareció por primera vez, la prensa francesa le saludó con aplausos y admiración. El célebre economista Courcelle Seneuil descubrió en esas páginas "la obra más espiritual y más profunda de nuestro tiempo" y si fuera necesario agregar otra prueba a la belleza y verdad del *París en América*, nueve ediciones agotadas en Francia y dos versiones al inglés dicen mucho: prueban el entusiasmo que ha inspirado su lectura, que responde al movimiento eminentemente sentido de enseñar los resortes en que se agita ese pueblo, tan grande que asombra al mundo en sus luchas intestinas, cuyos ejércitos son tan numerosos que recuerdan los tiempos de Xerxes o de Alejandro, y tan libre, como no lo es pueblo alguno sobre la faz de la tierra.

Para trazar un cuadro que comprenda tan vastos horizontes, para que los detalles no escapen en conjunto tan multiplicado, es necesario que el escritor se confunda con el pueblo mismo a quien describe.

Debe abrigarse bajo el mismo hogar, sentir las palpitaciones de la vida íntima, tomar parte en el desarrollo de las ideas dominantes, y seguir a ese pueblo en el ejercicio de sus más insignificantes derechos, para poder acompañarlo en sus luchas en la tribuna o en el foro, en las columnas de la prensa como en las filas de sus voluntarios. Cumple con este precepto el autor de *París en América* y el Dr. Lefébvre, hombre cargado de todas las preocupaciones europeas, de todas las teorías sobre la libertad en el viejo mundo, aparece del día a la mañana en la ciudad de París de Massachussets acompañado de su familia, rodeado de sus amigos que solo cambian sus nombres por sus homólogos en la lengua inglesa. Un espiritista norteamericano le hace despertarse en Estados Unidos, cuando se ha acostado en su casa de la Chaussee-d'Antin en París. El Dr. Lefébvre conserva fresca la memoria y en el transcurso del libro, que puede decirse que es su diario de impresiones de viaje, se ve que está bien empapado en sus doctrinas, que no abandona sino cuando las ideas americanas lo abruman con su peso. No es el menor mérito del libro, el de demostrar, incidente por incidente, la lucha de dos principios bien definidos y que constituyen el uno la vida de la Francia, el otro el poder y grandeza de los Estados Unidos.

Lefébvre obedece a la preocupación francesa, el culto de la fuerza y del éxito, y se avergüenza al encontrar como dioses lares en su nuevo hogar, a Washington que se contenta con libertar a su país, y no aspira al imperio del nuevo mundo; a Penn, cuácaro pacífico, que trata con los indios y a Lincoln, pobre hombre que de peón de una propiedad llega a Presidente de los Estados Unidos, como para justificar que los altos destinos de la democracia son patrimonio del pueblo. Lefébvre comienza a notar la variación de horizonte. Todo le sorprende. En su casa misma encuentra un modo de ser que no le es familiar. Su esposa no es la parisiense entregada a las modas, que sigue las novedades del día como la mariposa a las flores, que no se ocupa de su casa porque eso le quitaría un tiempo precioso que es necesario emplear en buscar

trajes y ocasiones en qué lucirlos. Mme. Lefévre que en Estados Unidos es la señora Smith, está completamente entregada a la labor doméstica, cuida de todos los detalles del hogar y toma parte activa en la educación de sus hijos, empleando parte de su tiempo en congregar a la familia toda, que escucha atenta la lectura de algunas paginas instructivas y amenas. Sus hijos han cambiado también. Susana continúa adquiriendo conocimientos a pesar de sus diez y ocho años y Enrique a los quince quiere abrirse un porvenir elaborado por su propia mano sin esperar a que el padre le de posición y fortuna. ¿Qué era Enrique en París? El tipo del niño de la fábula que cuenta con la fortuna para no caer en el pozo a cuyo borde duerme. Sin cuidado por nada, vive del momento; el porvenir no le preocupa.

Hay tiempo para todo y en Europa más que en los Estados Unidos. Allá como entre nosotros, se llama trabajar seguir el lento programa de los estudios de un establecimiento oficial, contando con que al cabo de diez o más años estará uno espedito ¿para qué? para principiar a formarse una posición. Los norteamericanos en igual tiempo han adquirido cinco fortunas o han hecho avanzar las ciencias, a los progresos de su país, o han ensayado industrias nuevas. ¿Esa impulsión poderosa, esa actitud constante será una herencia de sangre o el resultado de la educación y de la experiencia propia? Problema es éste cuya resolución no se puede dar especulativamente. Los hechos hablan con más fuerza que los sistemas; y en los Estados Unidos el niño que abandona la escuela primaria se basta a si mismo, porque ha recibido suficiente caudal de conocimientos y porque su educación moral ha sido elaborada con el aliento dominador del hogar. En Francia, en iguales condiciones, a ese mismo niño no se le ocurriría nada que le diera alientos para obrar por si solo; y entre nosotros, andaremos afortunados si al cabo de dos años ha aprendido a leer en la escuela pública; esto en el caso en que sus padres crean que es útil aprender algo, cosa que es cuestión de opiniones algunas veces!

Lafévre, es decir Mr. Smith, es bombero porque en los Estados Unidos todo el mundo está alistado en esos regimientos de mutua salvación que más eficaces son mientras mas populares. Llegó al momento de prueba, asiste a un incendio, salva a una mujer y a su hijo; y la prensa repite durante un día entero su nombre acompañado de calificativos honrosos. El pueblo se apresura a premiar a los que hacen acciones dignas de alabanza. Smith es el objeto de tiernas solicitudes de parte de sus compatriotas de América. Sus camaradas lo felicitan en corporación y las sociedades de beneficencia le abren las puertas de sus asilos para que ejerza su profesión, porque Smith es médico. Mr. Laboulaye va así, paso por paso, descubriendo todas las manifestaciones de la vida de los Estados Unidos. Pero lo que más llama la atención de lector, son la libertad de la prensa, la educación popular y las formas del procedimiento judicial tan sencillas como conformes con la índole de las instituciones democráticas. Después de leído el *París en América* las ideas sobre el pueblo norte-americano se presentan más claras, más fijas, y no es difícil entonces comprender todo lo grande que hay en ese pueblo, cuya vida política puede reasumirse en esta espresion: *Sub lege libertas*.

La prensa es en los Estados Unidos una verdadera potencia, y sin embargo no es el cuarto poder social, como la definieron en el viejo mundo. La prensa no es una cátedra de doctrina, no es tampoco la encargada de dirigir la opinión pública. La prensa es el eco que repite las ideas de todo el mundo y

nada más. Esos innumerables diarios no tienen sino un objeto, acumular los hechos, las noticias, las ideas, multiplicar y esparcir la luz. El yankee traza su línea de conducta sobre los hechos que le son conocidos. La prensa es libre como el aire, expresión del pensamiento popular, no tiene más jueces que Dios y el pueblo. Los jurados solo tienen derecho a juzgarla; porque son los verdaderos delegados del pueblo en este mandato especial.

Las leyes generales garanten el ejercicio de este derecho; pero los tribunales ordinarios no están suficientemente investidos para juzgar los abusos de esta libertad.

Nosotros, que nos hemos constituido bajo iguales garantías que el pueblo norte-americano, estamos por saber si la prensa es libre, o está sujeta a la acción de los juzgados nacionales, como si quisiéramos crear una atmósfera pesada sobre punto tan luminoso. Entre Ríos constituye el jurado de imprenta; pero los jurados son elegidos por el gobierno. Así marchamos en muchas cuestiones por falta de sentido práctico, por no estar empapados en el espíritu de nuestra organización; y mucho hay que esperar del influjo que puede tener el libro que nos ocupa, en el desarrollo de las verdaderas doctrinas. Los Estados Unidos harán siempre maravillas en materia de libertades, porque son el pueblo más preparado a gozar de ellas. A la educación primaria que pone a todo hombre en actitud de juzgar por sí mismo, sigue la Mansfiel llamada educación política, el estudio de la constitución y de los principios de gobierno hecho al mismo tiempo que se aprende el Decálogo, puestos en un estilo sencillo, accesibles a todos. Acompaña a esta preparación para la vida del ciudadano ese respeto constante a la ley, respeto tanto más profundo cuanto que su valer nace de su conformidad con los preceptos constitucionales y el ciudadano es siempre bastante poderoso para oponerse a la acción de la ley que lo perjudica en el ejercicio de sus derechos garantidos. Así la libertad está garantida por la libertad de todo el mundo, y reducida a formas tan definidas y exactas que no hay miedo de que un yankee pregunte, qué es la libertad, como Platos pregunta a Cristo qué era la verdad.

La libertad un don del cielo que se adquiere desde el momento en que se cierra el último párrafo de una carta constitucional. No basta querer ser libre para serlo, aunque "querer sea poder"; es necesario hacer el aprendizaje de la libertad, aprendizaje tanto más peligroso cuanto menos preparado se está en él; es necesario empacarse en el espíritu de esa reciprocidad de respetos que constituye la garantía individual, para que se confunda con los movimientos espontáneos del hombre, se arraigue en las costumbres y pase a otras generaciones, como un elemento de acción y vida. En esta preparación para la libertad entra por mucho la educación del hogar. No se adquieren estos hábitos de respeto por la prescripción oficial, porque la moralidad del hombre está fundada en algo más que en el terror que inspira la sanción que acompaña a la ley prohibitiva. Muchas reflexiones podrían hacerse sobre tema tan vital para nosotros, pero no escaparán al lector cuando estudie basta dónde llegan prácticamente nuestras garantías individuales y hasta qué punto vá el respeto a las leyes que reglamentan nuestros derechos de ciudadanos.

El procedimiento judicial es otra faz digna de imitarse que presenta la organización democrática de los Estados Unidos. El procedimiento es rápido, no hay esas demoras enojosas y perjudiciales acordadas por nuestras leyes, es decir, por las leyes dadas el siglo XIII a la España. La justicia no supone criminal al acusado, éste puede hacer uso de todos los medios que presenta el

derecho de defenderse en juicio, y no se le va a sorprender con la declaración de los testigos, que son interrogados en su presencia y que tienen que probar la verdad de sus asertos al defensor del acusado.

Las leyes tratan siempre de no privar de la libertad al ciudadano a quien castigan. La multa pecuniaria se aplica con preferencia a la prisión; y los norteamericanos han tenido ocasión de notar que el sistema de multas es doblemente ventajoso, porque moraliza como cualquier otra medida represiva, y al mismo tiempo redundando en beneficio de la sociedad la aplicación de una pena que no es estéril en si misma.

Muy ligeras son estas consideraciones para dar una idea del libro que, bajo las formas amenas del estilo espiritual del novelista, encierra todo el caudal de enseñanza que podría exigirse de un publicista en una obra didáctica; pero ellas bastarán para que se comprenda que pocos libros están llamados a prestarnos un servicio tan importante como el *París en América* con sus revelaciones sobre la libertad americana, y sobre todo con la comparación entre las libertades de la Francia y las de la gran República.

El Dr. Lefébvre que vuelve a Francia después de haber vivido ocho días en los Estados Unidos, gozando de todos los derechos que aquellos acuerdan a los ciudadanos, se encuentra extranjero en su patria; nada ni nadie responde a sus ideas; y aquel hombre que con extrañeza oía decir en América "que el que no escucha la voz de las generaciones nuevas; que el que no sienta que la industria, la paz y la libertad son las reinas del mundo moderno, ese no es sino un soñador y un insensato. No es a la gloria donde camina, es al ridículo" encuentra a su patria en esa pendiente; y al pueblo francés perdido en la verdadera libertad, de la que lo separa la barrera de una administración gerárquica y millares de bayonetas que guardan el orden público, negación de las garantías individuales. El Dr. Lefébvre ha perdido el juicio, tan descabelladas parecen sus doctrinas en su país; y va a concluir sus días en una casa de orates.

En el encierro de su prisión sueña con días mas felices, como Asucena, la gitana del Trovador. El porvenir es la confirmación de su locura."La iglesia ha roto la cadena que le impusiera Constantino, y vuelta a su libertad primera, el Evangelio es la carta de libertad. Los pueblos siguen su moral; y la verdad, la justicia, y la libertad brillan en ese nuevo cielo, como astros pacíficos, ante los cuales se han eclipsado los flajelos de la vieja Europa: lo arbitrario, la intriga y la mentira."

Tal es la forma del libro, que rinde homenaje a los Estados Unidos en sus instituciones, que aspira a la democracia como la forma más acabada de la libertad social, como la libertad de la conciencia y de la palabra son los adelantos mas palpables del poder moral del hombre.

París en América enseña el secreto del libre ejercicio de la educación del ciudadano, de la laboriosidad constante del pueblo norteamericano. Los países que no se ajitan bajo resortes tan perfectos encontrarán en él los medios de llegar a ese grado de perfección; y a nosotros toca en mucha parte esta tarea imitativa, si queremos que la doctrina corresponda a los hechos, y nuestras costumbres sean un elemento de progreso en el orden de nuestras libertades.

Mr. Laboulaye ha hecho un libro que vivirá mucho tiempo, despertando siempre nuevo interés, tan profundas son las ideas que encierra, tan tenues las

formas de la frase, sencillamente conmovedoras en algunas escenas exuberantes de colorido y verdad.

Domingo F. Sarmiento (hijo).

Buenos Aires, Octubre 20 de 1864.

CAPITULO XVII

IN MEMORIÁM

de

DOMINGO FIDEL SARMIENTO

("Correo del Domingo", Setiembre 8, 1867.)

"Así de libertad sucumbe el hijo,
Sobre la Patria el pensamiento fijo
Abrazando las gradas de su altar."
B. MITRE.

"Despertad pueblos opresores
Porque viene el argentino
Derramando en su camino
Germen de renovación."
E. ECHEVERRÍA.

"Deja el guerrero escrita su memoria
En el rastro de sangre de sus huellas."
J. C. GÓMEZ.

Vistan de crespón las argentinas liras
Que el pabellón de Mayo está de duelo;
Un niño mártir convertido en héroe
Bañado en sangre derribóse al suelo.

Cayó sobre la arena del combate
Sin proferir siquiera un jemido;
Como el león que en arenal inmenso
Sacude al viento la melena, herido.

Y escarba el polvo, levantando nubes
Con su encornada garra, poderosa,
Y trémulo y convulso en su agonía,
Llamas exhala su pupila hermosa.

Atento el ojo a su inmortal bandera,
Huye su sangre por la abierta herida,
Y con la gota que postrera vierte
Al mundo da su cuerpo, a Dios la vida

Tres ángeles sublimes
Sobre su frente hermosa
Cernieron sus volidos
Al verlo agonizar.

Lloraron ! ... y en sus alas
El alma luminosa
Del mártir de la Patria
Se fué a inmortalizar,

El ángel de la Fama
Con ecos inmortales
El nombre del apóstol
Al mundo propaló;

El ángel de la Historia
Guardólo en sus anales,
Y el ángel de las Tumbas
Al cielo lo llevó.

Así muere el gigante
Que lleva a la pelea
Para salvar a un pueblo
De bárbara opresión.

Prendida a su conciencia
De libertad la idea
De amor y fe colmado
Robusto el corazón.

Los mártires no mueren!
En vano empuñan con airada saña
El contundente acero los tiranos;
Al derribar cabezas inhumanos
Poblando el mundo de dolor y duelo.

Olvidan que el Eterno
Desde su inmenso trono allá en el cielo
Les señala el camino
Del vengador inferno.

Infierno, cuyas llamas poderosas
No son cual las de hoguera que los vientos
Agitan en los aires luminosas;
Son los remordimientos
Que a la conciencia criminal asidas
Van inmortales de la tumba á Dios;
Son los recuerdos ay! de los gemidos
Que arrancaran al hombre sobre el mundo
Y van al mundo tan unidos
Como el éco a la voz,
Buitres sedientos, cuya horrenda saña
Solo en el llanto y el dolor se sacia,
Devorando la entraña
De la Patria querida
Que entregan al furor de la desgracia,
Exánime, sin vida,
Y en el cadáver que caliente humea
Vencido por el plomo en la pelea,
Todavía se ceban, lo hacen trizas.
Y su pico la ceniza husmea
Sin atreverse a devorarlo insano,
¡Es que no tienen sangre las cenizas
Y solo sangre al déspota recrea
Que sangre es la divisa del tirano!

El déspota se teje la diadema
Que en el futuro ceñirá su frente,
Único asilo a su memoria, un día
Tendrá del universo el anatema;
Y de manos de Dios, en la agonía
La imagen de sus crímenes presente.

En el alma del hombre está el inferno
Y la gloria también allí se anida:
Al crimen y virtud hay otra vida
De eterna dicha o de dolor eterno.

Cuando el eco de bronce de la Historia
El martirio promulgue de Sarmiento;
Tendrá un altar la popular memoria,
Y el corazón de un pueblo por asiento.

No muere el héroe en la sangrienta lucha,
Presta su sangre a fecundar la idea:
Su vida inmola de la Patria en aras
Y salva el pensamiento en la pelea.

Eterna trompa de inmortal desnudo
La patria Historia, te dará mil palmas.
Que es templo de los mártires la historia
Y asilo el cielo de sus grandes almas.

Derribada columna de mi Patria
Al férreo golpe de brutal tirano,
Sobre tus ruinas abatido llora
Un pueblo soberano.

Tiempos vendrán de redención sublime
Para la gente paraguaya un día.
Tiempos de libertad, ventura y gloria
Y bella poesía.

Entonces ay! resonará tu nombre
en los labios de un pueblo agradecido,
Por cuya libertad en la batalla
Tu sangre se ha vertido.

Tiempos vendrán de porvenir brillante
En que hasta el bronce acudirá a tu gloria
Y en que tu nombre lo promulgue el himno
Del pueblo en la victoria.

Y en tanto llega el venturoso día
En que la Patria te alce un monumento,
Duerme en la tumba y el clamor del pueblo
Mártir del pensamiento.

Que donde cae de los libres sangre
Brotó gigante, poderosa planta,
A cuya sombra el pensamiento libre
Su porvenir levanta.

Duerme, Domingo, tu glorioso sueño,
Que a los dinteles de esa tumba umbría
Una generación irá a llorarte,
Que tanto te quería.

Y si en el mundo para tanto duelo
Son necesarios el valor, la ciencia;
¡Ellos nos quedan en tu tumba, amigo,
Por inmortal herencia!

Hijo del pueblo que en pasados tiempos
Del vasto Plata hasta el Rimac lejano
Llevara victorioso la bandera
De libertad al mundo americano.

Por la mano de un déspota oprobioso
El pabellón del Andes vió ultrajado;
Ardió en su pecho el inmortal civismo
Y fué de libertad un gran soldado.

Le abrió una tumba el enemigo plomo
Mas con su sangre fecundó la planta
A cuya sombra el pensamiento libre
Su porvenir levanta.

Agustín P. Justo

Montevideo, 1886



Retrato del Capitán Sarmiento en las vísperas de Curupaity